UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

MAR DE FONDO

BORRADOR DE UNA NOVELA

R2926m

FRANCISCO REBOLLO PARRAS

1.85 - 93

MAR DE FONDO

BORRADOR DE UNA NOVELA

CORREGIDA Y CON UN PRÓLOGO

POR

H. GINER DE LOS RÍOS

MADRID
Establecimiento tipográfico de Lúcas Polo.
Calle de Relatores, 4 y 6.

1888

Es propiedad.

12842
33/2/91

PRÓLOGO

La novela de nuestro malogrado amigo el distinguido escritor Sr. Rebollo, no es, ni con mucho, la mejor obra salida de la fecunda pluma de aquel hombre de tantas esperanzas, y que fué arrebatado á las letras pátrias y á la política en el momento en el cual prometia dar sus más sazonados frutos.

Los mejores trabajos de tan claro ingenio se hallan desparramados en periódicos de Madrid y de provincias, en revistas y semanarios, donde colaboraba con el vértigo del periodista de profesión, que no sabe cristalizar su pensamiento en una obra que exija más labor que la de un día, ni más esfuerzo que el de unas cuantas horas de excitación nerviosa.

Rebollo, sobre todo y ante todo, era gran polemista y grande expositor. De aquí que, en ese género que los franceses han convertido en literario y que llaman

causerie, brillase como nadie; y en la charla del café ó en los pasillos del antiguo Ateneo, tenía un número de oyentes que lo estimaban en cuanto valía. Se hallaba dotado del don de la palabra, y de fijo que habría sido orador ilustre en el Parlamento.

Ya que las circunstancias no le llevaron á su asiento natural, en el pequeño círculo de sus amigos derrochó constantemente las luminosas ideas de su pensamiento. A una claridad verdaderamente pasmosa en el exponer, uníase en su mente la inestimable cualidad del juzgar, haciéndolo con tal acierto y tan certero golpe de vista, que siempre convencía á su auditorio, dominando con seguro razonamiento. Las palabras salían de sus labios aceradas, y sin embargo, no lastimaron jamás á las personas con las cuales contendía; porque en él se armonizaban en perfecto consorcio el culto intransigente de las ideas y la tendencia instintiva hacia la cortesía más refinada y la finura más exquisita. Y eso que en todas sus concepciones, así sociológicas como económicas, religiosas como políticas, era genuina y esencialmente demagogo.

Venido á la revolución de Septiembre de 1868 desde la educación del Seminario, en aquel estallido solemne en que España resucita á nueva vida para no volver á los respetos del hipócrita silencio ni al convenido excepticismo de las fórmulas sociales, Rebollo llega á Madrid desde su provincia (Extremadura), con todo el frenético entusiasmo del meridional y toda la reposada tranquilidad del castellano. En esa naturaleza híbrida, mejor dicho, extraña, de los hijos de Extremadura, se funden los elementos más heterogéneos de la península ibérica. Africanos por temperamento, que se re-

vela en el tipo, no hay pueblo del Norte que atesore mayor astucia ni reflexión mayor. Así se explica que los grandes poetas extremeños posean, á la par, la sublime intuición de la idealidad y los más tiernos movimientos de la pasión. Y es que la reflexión poderosa constituye el nervio de aquellas inteligencias y el sentimiento en sus manifestaciones geniales, ora templadas, ora avasalladoras, aparece siempre como virtud ingénita en dichos espíritus. Espronceda, Donoso, Ayala, pueden servir de tipo al carácter extremeño; y á decir verdad, en cada hijo de Cáceres ó de Badajoz se repiten los Ayala, los Donoso, los Espronceda, bien exagerando sus preeminentes facultades, bien rebajando sus debilidades características.

Indolente y sagaz, impresionable y reservado, indómito y bondadoso, atrabiliario y cuerdo, valiente y apacible, así es por lo general el tipo, y así era Rebollo: una naturaleza semisalvaje y semicortesana, simpática siempre, incubada en el romanticismo y desenvuelta en el naturalismo de la revolución, que formaba su credo y su ideal permanente.

Los estudios teológicos, los jurídicos y los literarios, desarrollaron aquel pensamiento, y en la triple concepción de Dios, del mundo y del arte encarnó aquella alma, brotando su conciencia con el horror al mal y el amor inacabable hacia todo lo puro, todo lo justo y todo lo bello.

Concluída su carrera de Derecho, Rebollo buscó ocupación al lado de un jurisconsulto de nota, y halló en el bufete del inolvidable D. Estanislao Figueras, no sólo el guía y el consejero, si que también el amigo benévolo, tolerante, graciable, de ánimo sereno, que ser-

vía con su dulzura habitual para templar aquella irritabilidad excesiva del joven pasante. No duró mucho, sin embargo, la medicina del trato suave de Figueras, pues el aprendiz no supo jamás adquirir las costumbres de la normalidad; y con nativa independencia volvió á la *bohemia* del trasnochador y á la irregularidad de la vida propia de Madrid, contraria en un todo al orden natural.

El primer presidente de la República española se acostaba á las diez, aun en los borrascosísimos tiempos de su gobierno, y se levantaba al amanecer. El pasante del bufete, cuando más madrugó se levantó á las diez de la mañana, y cuando más temprano reconcilió el sueño fué á las horas del alba, que invariablemente calificaba de mortales para él, pero que raro era el día que no le sorprendieran en la calle. Gustaba de hablar, como buen español, y para Rebollo no existía deleite comparable á derramar la fecunda vena de su facundia inagotable en charla sempiterna de sabrosa plática. Y lo hacía tan bien, que con dificultad encontraba uno medio hábil para sustraerse á la fascinación de su elocuencia, que se convertía de razonada en paradógica, tan pronto como vislumbraba en el interlocutor asomos de huída. Entonces era de ver la violencia con que discurría, retorciendo argumentos, exagerando teorías, acudiendo á fútiles recursos, empleando, en suma, cuantas armas le sugería su ingenio, no ya para convencer ni argüir, sino con el fin de interesar á su oyente ó á su víctima, y... no había medio, se engolfaba de nuevo en la conversación, hasta que la hora de los barrenderos le hacía emprender el camino de su casa, blasfemando del lucero matutino.

La muerte le sorprendió de un modo trágico. Acababa de dar su lección de literatura como profesor interino que era á la sazón en la Institución libre de Enseñanza, y encontrándose enfermo pidió socorro; estas fueron las últimas palabras que pronunció. Atacado de mortal síncope, fué trasladado en el acto á un lecho, precisamente al de quien esto escribe, y de él ya no se levantó. El Dr. Simarro, que se hallaba en el local, le prestó los primeros auxilios. Vuelto á la vida, no por ello recobró el uso de la palabra, y en los contados días que sobrevivió, no más de tres, en aquel mismo sitio, serviase, aunque también con torpeza, de lapiz y pizarra para comunicar sus deseos y sus pensamientos.

¿Cuál fué la causa de su mal? Esta ruda lucha por la existencia, mejor dicho, por la subsistencia de los suyos; pues de la propia ni se acordaba siquiera, y... así murió...

¡Pobre Rebollo! Pocos como él tan dignos de suerte; pocos espíritus más hidalgos han paseado la desgracia en los combates de la vida por los senderos de la corte. ¡Alma sana y sin hiel, no obstante la razón que le asistía para maldecir del mundo, jamás hirió con dardo envenenado á esta sociedad injusta, donde el diamante se desprecia, y el topacio, iluminado por el talco, se toma por brillante fino! Sus odios hacia la injusticia tuvieron constantemente en sus labios el lamento para la causa ajena, para el prójimo desventurado; mas nunca para el propio dolor.

Residía en el fondo de aquella conciencia algo semejante á Moreno Nieto (paisano también de Rebollo), hasta en las tibiezas de su racionalismo, las amargu-

ras de su falta de fe, las contradicciones de su corazón.

Los repliegues ocultos del sentimiento en ambos, cuando el calor de la contienda los desenvolvía, ofrecían curiosísimos fenómenos. Como si residiera en lo más profundo del alma éxtasis místicos y abnegaciones sublimes, aparecía Rebollo en lo álgido de las polémicas, á manera de apóstol, que para su propaganda se amolda al medio ambiente, pero que no se siente prosélito convencido del siglo en que lucha y vive.

Por todos estos misterios del espíritu humano y todas estas raras manifestaciones subjetivas, alguien que conocía, someramente la novela de Rebollo, é íntimamente al autor, ha creído que mejor que novela constituían sus páginas una verdadera autobiografía.

No profundicé nunca lo bastante la vida del que fué queridísimo amigo mío, para poder aventurar un juicio. Cierto que ese borrador escrito en sus primeros años, á trozos redactado, en plan sólo capítulos enteros, incompleto aquí y allá en el informe montón de cuartillas que recibí años há de manos de un hermano suyo (digno y modesto profesor de instrucción primaria), cierto, repito, que revela el deseo de pintar, con cariño esencialmente subjetivo, una personalidad, cuidando hacerla simpática, y describiéndola con la minuciosidad del que hace examen de conciencia, en lugar de copiar el natural mediante delicada observación psicológica. Pero si de tal hecho hubiera de inducirse que la novela *Mar de fondo* constituía la biografía misma del autor, escrita por él, igual achaque debería atribuirse á la mayor parte de estos poemas, donde se patentiza, por la misma índole poética de la novela, sello

personalísimo, no sólo en uno, sino en varios personajes; y sin embargo, no se ha de conceptuar por tales autobiografías la generalidad de tantos libros á los cuales pueda aplicarse idéntica observación.

En cuanto á la novela *Mar de fondo*, no he de ser yo quien la juzgue: sí diré que valía infinitamente más el autor que la obra.

Pero á fin de que se aprecie con acierto, me compete contar cómo y por qué sale á luz.

Tenía Rebollo escrita, de la manera apuntada, esas cuartillas, con decidido empeño de darlas un día á la estampa cuando se hallase con tiempo, con humor y con editor propicio. A su familia le agradó, como es natural, la idea de poder honrar de algún modo el recuerdo del que fué modelo de hijos y de hermanos, y á la justa idea de que obtengan honra, y acaso provecho, aunque exiguo, prestó su concurso el que estas líneas escribe, imponiéndose la ardua tarea de coleccionar las desparramadas cuartillas que fueron apareciendo poco á poco, pero ni todas ni legibles.

En la absoluta imposibilidad de completar la obra, muchos de cuyos capítulos se encontraban escritos repetidas veces, ora al principio, ora al medio, ora al fin, limitéme á recoger lo indispensable y prescindir de lo supérfluo para recomponer un todo, que no sé si satisfaría al malogrado amigo si lo viera, pero á mí, por ser el zurcidor de los retazos, sé bien que no me satisface.

Puesto en cierto orden ese borrador, donde estimo que algunos capítulos bastan para honrar, no sólo el nombre de Rebollo, sino el de afamados novelistas; donde muchas páginas suponen un análisis psíquico

MAR DE FONDO

I

Fray Martin

Fray Martin del Espíritu-Santo, vice-rector en 1868 del Seminario Conciliar de San Gervasio, es una de las tradiciones vivientes más conservadas que nos ha trasmitido la antigua organizacion conventual de nuestra España teocrática.

Dogmatista, severo y autoritario como los siglos teológicos que constituyen su más ardiente ideal, no ha podido transigir, ni aun despues de treinta y tantos años de exclaustracion, con lo que llama perturbaciones satánicas de una generacion descreida, y se ha encerrado, como en asilo de inmunidad en su querida vestimenta de monje benedictino.

Retirado allá en su celda vice-rectoral, que es la misma que habitó cuando inclaustrado, por estar hoy el Seminario en el antiguo convento, apenas podria sostener las amarguras é inconvenientes del

cargo, si no le permitiese éste vivir entre aquellos sus venerados recuerdos y vestir el hábito de la Órden, proscrito de otros parajes por las leyes.

En vano pretenden algunos convencerle de lo peligroso de su aislamiento y de la necesidad de atemperarse á las exigencias que la nueva civilizacion ha venido á crear. A todos invariablemente contesta siempre la misma frase:—«preciso será resignarse;»—pero jamás altera su sistema de vida, ni se ve por otra parte que modifique en lo mas mínimo sus opiniones.

Solo en la circunspeccion casi programatizada, si vale la frase, de su conducta, especie de protesta dolorosa, pero pacífica, contra una condicionalidad social que no es la suya, pudiera quizá vislumbrarse por algunos un síntoma de transaccion. Mas no hay tal. Consiste esto en que la intransigencia del Padre Martin no reviste ese carácter de hostilidad violenta y desordenada que distingue á las organizaciones atrabiliarias. Por lo demás, es una intransigencia perfecta, la del buen padre, sin vacilaciones, dura, tenaz, resistente.

Tan inflexible en puntos de doctrina, como el dogma canónico, que significa para él la solucion de todo el problema humano, no quiere dar otra importancia ni valor á las especulaciones científicas en cualquier órden, que el de entretenimientos inocentes, mientras no rebasen los límites de su moral tridentina y la regla de San Benito.

No hay más allá para él.

En la brava tormenta de 1834, que produjo más tarde la catástrofe final de los conventos, se hundió para siempre *el hombre*, y únicamente sobrevi-

vió la persona fantástica del fraile; pero el monje eliminado ya de los registros de la vida y del progreso; el fraile sin el claustro, sin el hombre y sin el siglo. ¿Qué es desde aquella horrible fecha el Padre Martin? Ni él mismo lo sabe: estátua, mómia ó fantasma, pero con organismo animado de este mundo ; lo más que puede asegurarse es que personifica y sintetiza el P. Martin toda una institucion; completa su historia con encarnacion y armadura viva.

Cuando se comtempla en la penumbra, bajo aquellas suntuosas arcadas verdaderas magnificencias del arte gótico de San Gervasio, la larga y flaca figura del benedictino, su palidez bronceada, aquel busto severo surcado de profundas arrugas que la inalterabilidad de líneas obliga á que aparezcan como esculpidas, y sobre todo, la fosforescencia periódica, casi fulmínea, de aquellos ojos languidecidos de ordinario por el infinito ponderar de sus inquebrantables pesadumbres, el alma se siente sobrecogida de religioso respeto, y uno no puede menos de preguntarse si en las desventuras del hombre no van ya suficientemente expiados los errores de la institucion.

—«Allí viene la estátua del P. Martin»— suelen decirse los seminaristas unos á otros. Y con efecto; su rigidez marmórea y la helada expresion de su semblante destacándose fantásticamente de entre los pliegues de su ropaje monacal, más que de un vivo, parecen propias de esas estátuas yacentes, que se ven en las capillas de nuestras catedrales, si fuesen levantadas de sus lechos y puestas en movimiento por invisible mecanismo.

Y habla, sin embargo, mucho la fisonomía del vice-rector: habla poderosamente; pero su elocuencia es del género apocalíptico, casi fúnebre. Habla como suelen hablar á las almas de mística y religiosa constitucion los perfiles sombríos de los sepulcros en las aterradoras soledades de un cementerio; como habla á los espíritus entusiastas por pasadas civilizaciones la desolacion en que yacen, cual desgarradora permanencia de grandes desdichas sociales, las ennegrecidas ruinas de los templos y monumentos antiguos; como suelen hablar las generaciones que han muerto, á los pueblos que solo las ven ya con la aureola refulgente de los siglos. Produce frio materialmente el P. Martin. Es una evocacion de otras edades, una especie de sarcófago antiguo en cuyo frontispicio estuviese indeleblemente grabado el *Mane Thecel Phares* de Daniel. Le ha sorprendido, en una palabra, otra civilizacion y se ha fosilizado su vida. Así se encuentran las víctimas del enterramiento en Pompeya.

Inspira quizás terror, pero un terror suntuoso, si cupiera decir esto en propiedad.

¡Qué desastre! El formidable guerrero de las heróicas Edades canónico-cesarianas llorando hoy sobre sus estandartes destrozados en el campo de batalla de la Historia! ¡El invencible legionario de aquellas épicas jornadas del derecho pontifical y divino, oyendo lanzar á sus huestes convertidas ya en largas filas de espectros, el último rugido de desesperacion; al esconderse para siempre en las inmensidades de lo infinito! ¡Y no poder reconstruir la inmortalidad del sistema! ¡Y haber llevado para esto millon y medio de mártires al coliseo!

La civilizacion actual es para el P. Martin el *In pace* continuado de su convento ya en ruinas.

A pesar de todo esto, se trasparenta bajo aquella armadura funeraria de su hopalanda monástica, la conciencia inmaculada, pero inflexible, el corazon puro y sin remordimiento, pero inxorable de un verdadero cataléptico social en plena crísis.

II

La Perla del Cabildo.

Don Victor Igual de Concha canónigo magistral de la Catedral de Gaudencia y Rector del Seminario, es conocido en la diócesis más que por su nombre, por el expresivo mote de «Perla del Cabildo.» La vasta multiplicidad de sus conocimientos, la amenidad de su trato, el porte distinguido de su persona y el tacto delicadísimo con que ha resuelto en más de una ocasion los conflictos ocurridos en la cámara episcopal, le han hecho sin duda merecedor de este título que trata de justificar aunque sin mostrarse jamás envanecido. Discreto, conciliador, templado, sóbrio de lenguaje, conoce perfectamente la época en que vive y la clase ó medio social en que se halla colocado, procurando apartarse con exquisito esmero de lo que él llama la doble repercusion de las extremidades.

No se le oculta que el siglo es de análisis y de discusion; que las teorías más atrevidas y los ménos verosímiles conceptos toman puesto de combate en

jornadas donde la ciencia congrega sus mejores y más aguerridas huestes y llegan muchas veces á dar la batalla con éxito á doctrinas y principios que las viejas sociedades consideraban indiscutibles; estudia con interés el movimiento científico de Europa en los últimos cincuenta años; investiga con anheloso afan las causas que han podido determinar decadencias visibles en instituciones para él queridas y respetadas; sigue paso á paso el desenvolvimiento de la crísis social, calcula su alcance y es en suma el Rector de San Gervasio un hombre tan estudioso y tan ávido de saber, que suele tener con frecuencia la siguiente frase en los lábios: «desgraciado el hombre que al acostarse, sabe lo mismo que cuando se levantó.»

Con esto y con añadir que el Rector de San Gervasio, es un hombre como de 50 años, de elevada estatura, de continente sério y distinguido, aunque dulcemente severo, tenemos bastante para trabar conocimiento con D. Víctor.

A la sazon en que presentamos á nuestros personajes, habia sido nombrado el segundo por el Obispo nuevo Rector del Seminario, y casi todos los eclesiásticos de la diócesis esperaban la dimision del benedictino, á quien parecia natural, despues de tantos años de vice-rectorado, que se le hubiese ofrecido la rectoral en la vacante. Equivocáronse, sin embargo, los anunciadores de novedades, porque el eterno vice-rector de San Gervasio no se movió de su sitio. El hombre fósil desbarataba todas las combinaciones. Visitó ceremoniosamente y sin abandonar su hábito benedictino al superior gerárquico que el Obispo le daba, recibió sus instruccio-

nes y abandonó incontinenti la celda rectoral para sepultarse en la suya. Desde este dia sus visitas al jefe del Seminario eran puramente oficiales. En una de ellas le encontramos.

Acababa de verificarse una solemnidad académica en el salon de Grados del establecimiento, y los Profesores se hallaban reunidos en el gabinete de estudio del Rector felicitando al que habia sido protagonista de aquella.

Era este un jóven de 24 á 25 años, de interesante figura y de cultos y distinguidos modales; habia concluido la carrera de Derecho en la universidad de Madrid, y por un gran motivo de familia, segun decian, se hallaba en San Gervasio cursando las ciencias teológicas para ordenarse de sacerdote. Sus relevantes condiciones de inteligencia y las prendas de carácter que le adornaban, le abrieron un lugar tan preferente en el Seminario, que sin haber recibido la Tonsura ocupaba la presidencia de la Comunidad y era auxiliar de la cátedra de hebreo.

En el dia que comienzan estos sucesos, le habian invitado los Profesores á una disertacion sobre pasajes de los libros bíblicos, y debió estar á grande altura á juzgar por los plácemes que le tributaban.

—Ha sido una verdadera inspiracion, señor Rafal,—decia uno de los catedráticos;—jamás he visto expresion tan brillante de los sagrados libros.

—Es un discurso magistral,—añadió otro.

—Sublime y digno del talento de V.—repetia un tercero.

—La Iglesia batalladora de hoy, está de enhorabuena.

—¡Y pensar—decia el profesor de Derecho canóni-

co,—que solo por un milagro de la Providencia se halla V. entre nosotros!

—En efecto,—contestaba el aludido:—nunca pensé en esta carrera.

—¿Usted tiene concluida la de abogado, señor Rafal?

—Si; pero graves motivos de familia me impusieron otros deberes, y por ellos curso el 5.° de Teología.

—Apresure V. las Órdenes de nuestro querido Cárlos, señor Rector,—decia el catedrático de física, estrechando afectuosamente la mano del jóven seminarista.

—Precisamente hoy—contestaba éste—he pedido al vice-rector con tal objeto la hoja de estudios y demás antecedentes del señor Rafal; ya debia estar aquí el P. Martin.

Como si estas palabras hubieran sido una evocacion, el vice-rector anunció su llegada. Los Profesores y el jóven Rafal saludaron, despidiéndose del Rector y del benedictino, y quedaron solos en el gabinete los dos jefes del Seminario.

Al salir aquellos de la celda murmuraba el profesor de Física al de Canónico:

—Este jóven será obispo sin llegar á viejo. ¡Qué talento!

—¡Y cuánto le quiere el Rector!

—¡Oh! es su ojo derecho: el niño mimado de la casa.

—Lo merece, por supuesto. ¡Qué distincion! ¡No se ha educado entre estos muros!

A este tenor continuaron hasta despedirse en la puerta del Seminario.

III

La primera conferencia.

—¿Qué me ordena el señor vice-rector?—preguntó Don Víctor al P. Martin luego que se hubieron quedado solos.

—Afortunadamente para el Seminario—contestó éste—es V. S. quien se halla en el caso de hacerlo.

—Por Dios, P. Martin—le dijo D. Víctor en el tono de cariñosa reconvencion familiar:—ya supliqué á V. en la primera ocasion que tuve el gusto de verle que suprimiera ese tratamiento oficial que da realmente á nuestras relaciones un carácter de sequedad que no deben tener entre V. y yo; y sin que esto quebrante para nada la integridad de nuestras respectivas obligaciones, deseo que haya una familiaridad cordial y bien entendida. El amigo no es incompatible con el Rector. ¿No quiere V. ser mi amigo, quizás?

—Honrárame mucho con la amistad de Usía.

—Vuelta al usía. Es V. incorregible, querido padre Martin, no hablemos, pues, de esto y llámeme

como quiera. ¿Trae V. las notas que le he pedido?

—Las correspondientes al rectorado del Sr. Cifuentes deben estar en la secretaría privada de esta Rectoral; las que V. S. me ordenó....

—Le rogué, P. Martin, le rogué.

—Bueno, señor Rector: en las que V. S. me rogó que cumpliera su órden....

Don Víctor hizo aquí un movimiento brusco de desagrado y murmuró algunas frases que terminaban con la de «doctrinarismo ritualista de los escolásticos impenitentes» que ó pasaron desapercibidas para el vice-rector ó hizo en realidad como si hubieran pasado. Este continuó:

—Las pedidas por V. S. aunque no completas, respecto de algunos seminaristas las tengo aquí á su disposicion.

Y puso sobre la mesa un voluminoso cuaderno con sus correspondientes casillas rigurosamente rayadas, entre las que se veian anotaciones manuscritas que eran sin duda las que le habia pedido el Rector. El magistral lo tomó en su mano, hojeó algunas páginas, pasó ligeramente la vista por otras y se fijó de repente en una que debió llamar mucho su atencion. Decia así: «Facultad de Sagrada Teología.»—«Piso 2.°»—«Celda número 7.» «Colegiales de ella:» «D. Cárlos Rafal y Tendilla y Don Beltran Escobedo y Manuel.» «Las observaciones pertenecientes á esta nota se dejan en blanco por gravísimos motivos en lo que dice relacion al señor D. Cárlos Rafal.»

—¿Qué es esto, señor vice-rector?

—¿Qué?

—La nota de la celda número 7.

—Lo que V. S. ve.

—¿Pero se refiere al Sr. D. Cárlos Rafal, P. Martin?—interrumpió D. Víctor con asombro.

—Al mismo ciertamente.

—¿Sabe V. bien de quien se trata?

—Del señor Rafal y Tendilla presidente de la comunidad, alumno de 5.° año de sagrada Teología y auxiliar de la Cátedra de Hebreo.

—Y del jóven notabilísimo—añadió D. Víctor—que tanto brilla en las academias y cátedras.

—¡La impiedad suele tomar formas muy engañadoras!

—¿Cómo la impiedad? ¿Qué quieren decir esas reticencias, más ofensivas todavía para el interesado que las mayores injurias?

—Perdóneme V. S. pero son realmente graves los motivos á que alude esa nota y una razon de varon prudente me ha obligado á escribirla, asi como me ordena callar. «*Prudentes sicut serpentes*»—comenzó fray Martin á recitar en voz baja.

—Perdóneme V. á mi vez señor vice-rector—contestó D. Víctor acentuando sus palabras con algunas severidad—que sea cualquiera la gravedad que encierran esos misteriosos motivos, ni ella autoriza para fijar los informes de la manera que V. lo hace ni se puede justificar la razon que le impone silencio para conmigo.

—He meditado mucho esto, señor Rector; he impetrado, además, los auxilios de la Gracia Divina, y no debo revelar á V. S. otra cosa.

El semblante de D. Víctor iba tomando por instantes un tinte más pronunciado de seriedad.

—Padre Martin—dijo despues de una pausa—

esto va pareciendo un poco anómalo. Aun cuando se proponga V. dulcificar el rigor de una falta declarada...

—No, á fé.

—No seria ciertamente el mejor camino. Porque dejar de estudiar la moralidad de un acto y los móviles que le determinaron, lejos de quebrantar su entidad, la agrava.

—Muchas veces, señor Rector; pero son otras las razones en la ocasion presente.

—¡Ya! V. pretende sin duda, y esto es loable, atenuar la correccion disciplinar, por la gerarquía que tiene en el colegio el Sr. D. Cárlos Rafal y en atencion á los honrosos antecedentes que le adornan.

—No tal. Pluguiera á Dios que el acto no fuese de índole tan pecaminosa y *vitanda* y no me viera entonces en la necesidad de proponer á V. S. la expulsion de ese desventurado.

—¿La expulsion ha dicho V., P. Martin?

—Así es. «Erubescent gentes, etc.» «se avergonzarán las gentes...»

—¿Una expulsion, al Sr. Rafal? ¡Una deshonra de tamaña trascendencia para ese jóven!

—La salud de esta santa casa, señor Rector, no puede consentir que los lobos se hallen confundidos con las ovejas. *Patet oves meas*: «apacienta mis ovejas:» ha dicho el Divino Autor.

—Señor vice-rector—interrumpió el magistral en tono casi imperativo—las cosas no pueden continuar de esta manera. O es V., el que dirige el colegio, en cuyo caso le dejo desde luego la responsabilidad de sus actos, dando cuenta, por supuesto, al Sr. Obispo de todos ellos, ó para decretar como Rector, ya que

en una forma tan inusitada me hace V. las propuestas de expulsion, necesito conocer la entidad y circunstancias del hecho, que justifiquen una medida de este género. Escoja usted.

—No debo hacer revelaciones—insistió el padre Martin inflexiblemente.

—Se niega V. por consiguiente.

—Me excuso.

—Está bien. Queda rechazada la propuesta de expulsion. Entre tanto corrija V. ese informe y preséntemelo más satisfatorio.

—Solo ordenándomelo V. S. *præceptum, non consilium* «precepto no consejo,» puedo poner de manifiesto un negocio que es ofensivo á piadosos oidos.

—Se lo ordeno á V.—añadió al punto y con cierta sequedad el Rector.—Todo, absolutamente todo, necesito saberlo Sr. vice-rector.

El P. Martin se levantó cogiendo el cuaderno y salió de la Rectoral con su solemnidad acostumbrada.

IV

El informe del Padre Martin.

Apenas habrian trascurrido unos diez minutos desde que fray Martin abandonara la celda del Rector, cuando el fámulo de éste pidió permiso para entregar la correspondencia del dia.

—Déjela V. ahí,—contestó D. Víctor.

El fámulo depositó tres cartas sobre la mesa de despacho.

El Rector las cogió pasando distraidamente la vista por sus sobres y las colocó despues sobre un legajo de papeles.

Su actitud era meditabunda. Así trascurrieron muchos minutos.

Volvió á tomar las cartas y á examinar sus cubiertas. De pronto abrió con precipitacion una de ellas, apartando á un lado las otras dos.

Mucha debia ser la atencion que prestara á su contenido ó muy grande tal vez la preocupacion que le produjera, cuando no advirtió la presencia del vicerector que se hallaba á tres pasos de él apoyado li-

geramente sobre el estante de la Biblioteca y como en actitud de esperar que concluyese aquella lectura.

Esta en realidad debia haber concluido, dadas las dimensiones de lo escrito en la carta (escasamente excederia de doce á quince líneas), pero el Rector continuaba leyendo al parecer como si hubiera tenido delante otros muchos pliegos.

¿Qué decia la carta? Sencillamente esto:

«Sr. D. Víctor Igual.

»Madrid... Mi amigo de toda la vida: Por razones que ya tendré el gusto de exponerle con más amplificados detalles, se hace necesario que active usted las órdenes sagradas de mi antiguo pupilo el señor D. Cárlos Rafal, y que le proteja desde hoy con toda la eficacia de su omnipotente influjo en esa Cámara episcopal.

»Ya sabe V. la mision que me confió el padre de Cárlos y la ansiedad de la madre de éste por verle sacerdote. Creo que se moriría la pobre anciana si no lo consiguiera; por lo menos, se debilita su salud cada dia, mientras no reciba su hijo el Subdiaconado.

»Mi recomendacion le será tanto más agradable y sencilla, cuanto que sus informes entusiastas del jóven Cárlos, reiterados en repetidas correspondencias, presentan desde luego términos hábiles para dar una satisfaccion de justicia á sus estimables condiciones.

»Su amigo de siempre, Fernando Serantes.»

Razon habia, en efecto, para que el Rector de San

Gervasio se mostrara tan preocupado, cuando de la persona que con tal encarecimiento se le recomendaba, habia el P. Martin pedido la expulsion precisamente.

Esto redobló, como era natural, el interés por conocer los motivos del vice-rector, y fué á tocar el timbre para avisar, cuando se encontró de pronto la severa figura del benedictino, que se hallaba en el gabinete, como hemos dicho, desde el comienzo de la lectura.

—Adios, señor vice-rector,—dijo inmediatamente Don Víctor entre respetuoso y afable,—no sabia que estuviese V. ahí.

—Díjome el fámulo que tenia la órden de V. S. para pasar cuando llegara...

—Sí, es verdad. Y D. Víctor levantó la mirada á la altura de fray Martin, como esperando que éste comenzara.

El vice-rector entonces adelantó dos pasos y entregó al magistral el cuaderno que se habia llevado.

—¿Me ordena V. S. algo?

—Le avisaré despues.

El Padre hizo una reverencia y abandonó el gabinete del Rector. Este se apresuró á abrir el cuaderno, hojeándolo hasta llegar al informe relativo á Cárlos Rafal.

El informe se habia redactado nuevamente en esta forma:

«Celda núm. 7.» «D. Cárlos Rafal y Tendilla.»

»En la visita de inspeccion del dia de la fecha dirigida á esta celda por el R. P. fray Martin del Espíritu-Santo, monje benedictino y vice-rector de este Seminario, se ha encontrado en una de las tablas in-

teriores de la puerta, un cuaderno manuscrito perteneciente al Sr. D. Cárlos Rafal, en el cual aparece dicho seminarista convicto de los delitos religiosos y estados pecaminosos siguientes:

»*Impiedad*, por combatir en un discurso contenido en el cuaderno las santas ceremonias del culto.

»*Cuasi heregía*, por dudar en otro del orígen divino de nuestra Sacrosanta Religion.

»*Heregia contumaz y vitanda*, por negar resueltamente los dogmas que se expresan á continuacion: el infierno, la predestinacion y la aplicacion de las penas y premios.

»*Estados pecaminosos:* Consorcio con uno de los enemigos del alma, la carne, por sostener correspondencias mundanales con una jóven.

»*Hipocresía*, por declarar en otra página que siente aversion al Ministerio sacerdotal, y horror invencible á esta Santa Casa.

»El vice-rector fray Martin del Espíritu-Santo.»

La lectura del anterior informe conmovió profundamente al magistral. El negocio era en efecto grave, dadas todas las circunstancias y el carácter del padre Martin.

Don Victor meditaba. Al cabo de unos minutos cogió uno de los volantes timbrados que se hallaban sobre la mesa, escribió cuatro líneas, llamó y se lo entregó al fámulo.

Este salió de la Rectoral volviendo á poco con un pliego lacrado que puso en manos del Rector.

El pliego contenia un cuadernito como de cien páginas de papel finísimo, elegante y satinado. Era el cuaderno de Rafal.

La mayor parte de la hojas estaban en blanco á ex-

cepcion de las veinte ó treinta primeras. Hácia las cincuenta ó sesenta y formando por consiguiente parte aislada del principio y final del cuaderno sobresalian tres ó cuatro que provocaban por esta misma irregularidad el deseo de examinarlas antes que las otras.

El Rector lo hizo así; pero palideció al instante. Estas páginas eran cartas escritas de letra de una sobrina suya, Adelaida, y estaban dirigidas al jóven Cárlos Rafal. Inútil es describir la emocion que experimentó D. Víctor, y la multitud de consideraciones abrumadoras unas, insolubles otras, que se proyectaron digámoslo así en su clara inteligencia.

Adelaida era hija de una hermana de D. Víctor, y vivia con su madre, viuda, D.ª Teresa, en una linda casa, no lejos del Seminario. Todo el pueblo admiraba en Adelaida su extraordinaria belleza y sus virtudes.

—¡Adelaida!—murmuró D. Víctor con tristísima amargura—¡Qué batalla tan ruda es la vida! Ahora veo la razon de los misterios en el vice-rector. Y se dispuso con calma simulada á leer el contenido de las dos cartas.

Decia así: «Viernes 24.» «Me das miedo Cárlos. Yo no sé qué pensar de tí cada vez que leo tus cartas. Mira: no quiero entrar en esas cuestiones tan peligrosas que me van á arrancar la poca tranquilidad que disfruto; pero si tú crees que faltamos á algun deber, dejémoslo desde luego, y evitémonos remordimientos. Felicidad que comienza amargada, debe ser una triste felicidad.

»Sin embargo, tú me querrás siempre. ¿Verdad Cárlos? Deja esa carrera... sigue otra; y verás que fácil es todo.—Tu Adelaida.

«Jueves 30.» He llorado mucho con tu carta, Cârlos. ¿Por qué dices eso sabiendo cuánto te quiero? Yo no veo las cosas tan negras como tú. Tu madre te quiere mucho, ya me lo indicas, y no permitirá que su hijo sea desgraciado. Díselo, por Dios, Cárlos. Cuando ménos habremos puesto los medios, ¿Quieres que se le hable; que se lo diga mi madre que llora la pobre por mí y por tí? No creas que me importa. Bien sé que no es correcto y que se censuraria con severidad este paso, si se supiera; pero como no cometo acto alguno indigno, estoy tranquila si tú me autorizas.

»Lo demás, ya se arreglará. No sé cómo decírtelo; mas, en fin ya verás, ya verás. Sucederá algo que arregle todo, déjame que lo piense y que combine planes. Quizás vaya á resultar ahora con más talento que tú, y eso que lo tienes portentoso segun dicen todos.

»¿Por qué no quieres que le hable á mi tio Víctor? ¡Es tan bueno y me quiere tanto! Y además tiene mucha más experiencia!»

Aquí llegaba el Rector en su lectura, cuando sintió llamar á la puerta de la Rectoral.

V

La visita del señor Serantes.

Un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, elegantemente vestido, aunque sin afectacion; de figura simpática, muy expresiva y de finos y nada comunes modales, se presentó en el dintel de la mampara.

Debia, sin duda, ser grande amigo de D. Víctor, porque se fué derechamente á abrazarle, sin más cumplimientos, revelando en todas sus demostraciones el interés afectuoso que le inspiraba el Rector de San Gervasio.

—¡Mi querido magistral!

—Carísimo D. Fernando—fueron las primeras palabras de afecto que se dirigieron.

—¡Usted por aquí, dándonos esta tan grata sorpresa!

—El tributo anual, amigo D. Víctor, á mis inolvidables paisanos. Es verdad que este año se ha anticipado algo por una causa que ya le diré.

—Bueno, bueno, querido cortesano. ¿Y qué hay por aquella encantada Babilonia?

—Usted lo ha dicho: encantamentos; sueños de las mil y una noches, y la agitacion febril por consiguiente, que tal estado produce. Mas, hablemos de...

—Por esto, sin duda,—interrumpió D. Víctor con la misma forzada naturalidad—pretenden algunos que los grandes centros de poblacion son defectuosas maneras de ser social y síntomas decadentes.

—Quizás—contestó distraidamente D. Fernando—no he pensado en esto con detenimiento. Ya diré á V. en otra ocasion lo que se me ocurre sobre tal punto, bastante complejo en mi sentir, y permítame entre tanto la libertad...

—Yo, sin embargo—continuó con una serenidad perfectamente fingida,—he creido siempre que la vida es allí más esplendorosa; que las ideas se levantan á mayor altura, y que aun la concupiscencia procaz de las pasiones innobles, se ve obligada ante el constante martilleo de la vieja y la nueva moral, á presentarse con pudorosas formas. ¿No piensa usted lo mismo?

Don Fernando estaba cada vez más contrariado. Le comenzaba á ser molesta tan extraña insistencia. Sacó el reloj como para significar que no le eran indiferentes las horas, y dijo al mismo tiempo:

—Sí, en efecto, la vida de esos centros y la alteza de ideales que se persiguen, suele dar, cuando menos, formas algo más delicadas á la ambicion. Y, antes que se me olvide, magistral,—interrumpió bruscamente, como el que se halla decidido á cortar una retirada,—V. habrá...

—Oh, indudable. Yo he meditado mucho en esto, y le aseguro que nunca me ha parecido muy sólida la moral en estas pequeñas ciudades; es una moral fun-

dada en el temor de cada cual, y subvencionada por el silencio de cada uno.

—Mucho hay de eso, en efecto, pero vamos á otra cosa,—dijo cortando la conversacion anterior sin gradaciones,—¿cómo está mi querido ex-pupilo? ¿Ha recibido V. ayer una carta mia?

La tormenta se aproximaba, sin que le fuera dado á D. Víctor detenerla. Hombre cortés, y de urbanidad exquisita, dolíale en el alma interrumpir á cada momento á su amigo y su situacion, no obstante, le obligaba á parar el golpe por tercera vez. No podia, ni queria hablar de Cárlos, que era el objeto de don Fernando.

El Rector tembló. La acometida no podia ser más violenta. Habia esperado inútilmente que álguien viniera á salvarle, y para su desgracia, la campanilla de la Rectoral estaba muda. Hasta el mismo padre Martin, excelente recurso en aquellos instantes, estaba imposibilitado por la órden que le dió el mismo Rector de no volver hasta que fuese avisado. Se decidió, por tanto, á capitular, aunque prometiéndose marchar con circunspeccion y tacto. El negocio, á la verdad, lo exigía, y no se le ocultaban á D. Víctor los peligros de tan espinosa é insostenible conversacion, conociendo el entrañable, el profundísimo afecto de D. Fernando á su antiguo pupilo Cárlos.

—No ayer, sino hoy,—dijo al fin el magistral,—he recibido la carta de usted.

—Pues es raro,—repuso D. Fernando,—debió llegar ayer. Dos horas despues de escribirla formé y puse en práctica la resolucion de venir. Era urgente, premiosísimo.

—¡Como! — interrumpió D. Víctor alarmado—Le ocurre á V. algo grave ó le...

—Se lo diré en dos palabras, mi querido amigo.

La ansiedad y agitacion de D. Fernando eran harto visibles, y el Magistral presentía que el asunto de su sobrina no era extraño á todo esto.

—Ya sabe V. magistral,—continuó D. Fernando cada vez más conmovido—que quiero á mi pupilo Cárlos, como si fuera hijo mio; tengo verdadero delirio por él; sus cosas me afectan; no me consolaría jamás de una desgracia, si le aconteciese; es el hijo de mi amigo Lorenzo, de aquel hombre generoso y grande que lo sacrificó todo, todo, por realizar un acto de abnegacion y magnanimidad sin ejemplo. No puedo serle más claro hoy, y acaso nunca; es horrible secreto. Pero lo que me importa, lo que envuelve para mi un interés capitalísmo y de primer órden, lo que nunca me cansaré de recomendarle bastante, es que Cárlos tome las órdenes sagradas, que se haga sacerdote cuanto antes. A esto vengo; por eso he recorrido tantas leguas sin descansar: me ha llenado de terror lo que he sabido de él.

El Rector no pestañeaba; temia saber demasiado, si cometia la más ligera indiscreccion.

—Oh, no,—continuó D. Fernando—la pretension de Cárlos es imposible. Desdichado de él, si persistiera; no sabe bien la catástrofe espantosa que sobrevendria; es preciso, á todo trance, mi buen amigo, que Cárlos reciba el Subdiaconado.

—Y está V. seguro—se aventuró á decir el Rector, quizás por decir algo — de la vocacion de Cárlos?

—Por desgracia estoy seguro de lo contrario; pre-

cisamente á esto aludí antes, al decir que me habia llenado de terror lo que he sabido de él. Figúrese usted que me escribe una carta, muy llena de filosofías, y tan bien escrita como todas las suyas, eso sí, para rogarme que interceda con su madre, á fin de que ésta le releve de la obligacion de hacerse clérigo, porque dice que se halla enamorado, y que las Ordenes Sagradas serán para él la muerte. ¡Interceder con su madre! ¡Transigir doña Lucía en esto! ¡Pobre señora! No lo intentaré siquiera.

—Sin embargo,—contestó D. Víctor—la falta de vocacion es una razon justificadísima; no hay motivo, por superior y elevado que parezca, capaz de determinar la conducta de VV. en oposicion á tan legítimos escrúpulos.

Como se vé, el Rector estaba haciendo la causa de Cárlos, y la de sus amores por consiguiente, no por otra razon que por la rectitud de sus deberes, contra los cuales acaso protestaría en el corazon, recordando á su idolatrada Adelaida.

—En cualesquiera otras circunstancias,—contestó Don Fernando,—serian muy aceptables las consideraciones que me hace Cárlos en su carta, y suficiente asímismo la razon que V. me opone; pero en las especialísimas, verdaderamente extraordinarias, y graves que rodean á este jóven, créame amigo magistral, su mayor desdicha seria apartarse de mis consejos. Desventurada,—continuó D. Fernando con pena—la mujer de quien se haya enamorado, si ha tenido ella la debilidad de interesarse tambien. ¿La conoce V. por casualidad? Y le hago esta pregunta porque sé de mucho tiempo el interés paternal que tiene V. por Cárlos, y no sería extraño en el carácter

de éste, que se lo hubiera consultado, como lo ha hecho conmigo.

El pobre Rector estaba atribulado, no solo por lo difícil de su situacion, sino porque la intervencion de su sobrina en este negocio le habia creado una excepcional manera de ver, que no era ciertamente la de su criterio ordinario. Todo lo que se relacionaba á su Adelaida, como el la llamaba, tenia el previlegio de afectarle de una manera profunda. Hubiera preferido en su carácter sincero y leal, referir á su amigo don Fernando todo lo ocurrido, é intentar con su auxilio la solucion de un conflicto que presentia, si no le contuviesen de un lado los respetos sociales debidos á su sobrina, y las pavorosas predicciones, por otro, que acababa de hacer el mismo D. Fernando sobre el destino de la mujer que se interesara por Cárlos. Su predilecto sistema de armonías, no le presentaba conclusiones muy detalladas en el caso actual. Hablar en crudo ó mentir: no existia medio. Se decidió por lo último, persuadido de que era lícito.

—No la conozco—dijo con una amargura que apenas pudo disimular.

—Yo lo averiguaré—repuso D. Fernando—Y hágame V. el favor entretanto de resolver favorablemente la solicitud que presentará Cárlos hoy mismo, pidiendo al Obispo las Órdenes Sagradas.

El Rector no pudo contenerse ya. La continuacion de su silencio, colocado el asunto en este terreno, le parecia una insigne deslealtad, ó por lo menos una hipocresía sin justificacion, y refirió á su amigo la escena habida con el P. Martin, indicándole al mismo tiempo la solucion probable, que en su sentir habria de tener el negocio.

Don Fernando quedó aterrado. Tan inesperada eventualidad no habia entrado en sus previsiones. Se levantó de repente, como el hombre que ha tomado una resolucion decisiva, y salió bruscamente del gabinete del Rector.

—Yo amansaré al P. Martin—decia al atravesar los pasillos que conducen á la puerta de la Rectoral.

—Empeño vano—contestaba el Rector, á quien llegaban estas palabras.—¡Pobre Adelaida mia!—añádió, sepultando la cabeza entre sus manos.

VI

La celda núm. 7.

La celda núm. 7, del piso 2.º como la mayor parte de las del Seminario tiene dos pequeñas habitaciones ó compartimientos separados por un grueso tabique que sirven respectivamente de dormitorio y gabinete de estudio á los dos seminaristas que las ocupan. No puede concebirse nada más modesto que el pequeño ajuar de estos singulares cenobios de la civilizacion. Allí jóvenes de catorce á veinte ó veinte y cuatro años por punto general con verdadera exuberancia de vida, van á sepultar los más esplendorosos dias de su juventud. Dos catrecitos de madera, separados una vara poco más ó ménos, y en cuyo espacio cuelga una pobre cortina de percal pendiente de una varilla de hierro; un par de usadas sillas de Vitoria á los pies para colocar la ropa, sillas que son las mismas de la mesa de estudio trasladadas por necesidad durante las noches, constituyen todo el menaje de estos microscópicos dormitorios. Una mesa de pino cubierta por deteriorado hule clave-

teado con tachuelas que fueron amarillas, un cántaro de barro con su vaso correspondiente de cristal cubriendo la boca, un velon de metal de dos mecheros, en un rincon y en otros de los rincones la escoba con que ha de barrerse el cuarto todos los dias por los mismos colegiales, forman el estrado del segundo departamento.

La de Cárlos Rafal, que estamos examinando, por pertenecer tal vez al presidente de la comunidad ó por instintos aristocráticos de su dueño, tiene además de los objetos referidos, una limpia estera de cordoncillo, un armario muy aseado y un gran baño de zinc, que utilizan todos los dias los dos seminaristas por haber obtenido permiso del Rector.

El recogimiento y silencio que se observa en esta celda contrasta notablemente en el bullicio habitual de las otras en las horas de recreo; diríase al notarlo que no tiene moradores. Conocemos no obstante sus nombres por el cuaderno del padre Martin: Cárlos Rafal y Tendilla y Beltran Escobedo y Manuel.

El primero hemos dicho que es un jóven de 25 años á lo sumo. Un observador cualquiera, especialmente si acostumbra formar sus juicios por la primera impresion, no encuentra cosa notable en la fisonomía de Rafal: es una buena figura para hombre, se le ocurrirá decir; las mujeres añaden que es un arrogante mozo. Pero cuando se le mira con analítico exámen, la cosa cambia de aspecto. Son tantos y tan diversos los puntos de vista que ofrece á la investigacion, que no pueden encerrarse por lo contradictorios en la unidad que se necesita para formular una conclusion uniforme. Dureza y dulzura, actividad é indolencia, expresion y vaguedad, debilidad y ener-

gía, todo esto se retrata á la vez en el semblante de Cárlos sin que se pueda determinar cuál es el órden predominante.

Habia venido á San Gervasio desde la Universidad Central, donde cursaba y tenia concluida la carrera de Derecho, y nadie pudo penetrar en los cuatro años que llevaba de seminarista, los pensamientos secretos del antiguo alumno de Madrid. Desdeñoso y glacial por temperamento y por hábito, paseaba constantemente solo bajo las sombrías arcadas de la antigua sala capitular del convento, desierta siempre por ser objeto de supersticiones para los colegiales; y muchas veces, al salir de allí, cuando la campana le obligaba á recogerse en su celda, le habian sorprendido sus compañeros con los ojos humedecidos por lágrimas recientes, que el se apresuraba á sofocar, apelando á una dureza de semblante que no era su estado ordinario. El salon de recreo, el gimnasio, el juego de pelota y los demas sitios destínados en el colegío para solaz de los seminaristas, casi nunca habian sido visitados por Cárlos Rafal. Su andar pausado, el abandono habitual de sus movimientos y una especie de vaguedad ó somnolencia que se dibujaba casi siempre en sus miradas, habrian acusado seguramente para el menos observador una de esas organizaciones gastadas, ó un temperamento linfático irrefractable, si á la par y como misterioso contraste, no se sorprendiera algunas veces en aquellas oscurecidas pupilas, una fulgidez ardiente que subyugaba, una irradiacion intensa que producia fascinaciones, una brillantez tan deslumbradora y tan pura, que dejaba adivinar sin gran esfuerzo las tormentas y contrariedades de aquel espíritu so-

segado en la superficie. Su actividad en tales momentos tenia mucho de vertiginosa; se levantaba del asiento, si estaba en la celda, y comenzaba á pasearse en aquel reducido espacio con indescriptible agitacion; su respiracion entonces parecia fatigosa, sus movimientos automáticos; sus ojos despedian centellas; se llevaba las manos á la frente, como si intentara contener una fuerza interior ya próxima á estallar, y en todo él, en suma, se dejaba sentir la exacerbacion nerviosa que le dominaba.

Los domingos, sobre todo, inspiraba piedad. Al volver de la Catedral, donde presidia y acompañaba á la comunidad de San Gervasio durante la misa pontifical, se dirigia presuroso á la sala de capítulo, y sentándose sobre un enorme leon de piedra situado en la plataforma, allí pasaba largo rato con la cabeza sepultada entre las manos; despues iba á encerrarse en su celda de la que no volvia á salir en todo el dia. Estas borrascas, sin duda, debian contribuir á templar su espíritu, porque una vez pasadas, se le veia en su normalidad ordinaria que era de dulce y semi-candorosa melancolía.

La mayor parte de los seminaristas sentia hácia él entrañable afecto y respeto, especialmente desde que en una insurreccion escolar provocada por cierta órden de fray Martin mal recibida, supo Rafal imponerse á los jefes del tumulto y dominar por sí solo el acontecimiento que habia tomado gravísimas proporciones. Desde entonces tambien databa la amistad íntima con Escobedo, su actual compañero de celda.

Sus rasgos físicos más salientes, examinados en conjunto denotaban inteligencia y carácter: frente es-

paciosa, nariz aguileña no muy pronunciada, ojos negros, rasgados, grandes, expresivos, y elevados por lo comun hácia el cielo, así como sus cejas; regularidad y casi dureza artística en sus líneas en fuerza de bien cortadas; barba redonda, labios algo gruesos y con cierta apariencia de desigualdad; color moreno, cabello negro ligeramente ondulado, y estatura algo más que mediana, constituian los principales y más característicos rasgos de su persona. Era en efecto una figura de belleza severa y grave, sin que digamos por esto que pertenecia al clasicismo estatuario.

La explicacion delicadísima que dá Escobedo de la cualidad de orgullo que supone en Cárlos, completa el retrato de éste:

—«Es un artista de la Moral, suele decir con frecuencia, y no la concibe sino en su forma más bella; su orgullo por consiguiente no ha de ser un orgullo vulgar, sino fastuoso, grande, así como el del hombre que tiene conciencia de su valia y encuentra muy disputado el terreno.»

Los juicios formados por consiguiente acerca de este jóven, venian tambien á tenor de la diversidad de manifestaciones. Todos convienen, no obstante, en un punto: en que Cárlos Rafal es un hombre de educacion esmerada y en que debe ó ha debido tener amargos pesares.

El jóven Escobedo alcanzaba apenas á los 22 años; es un temperamento de mansedumbre inalterable, de benevolencia espontánea, y quiere además entrañablemente á su amigo Rafal á quien dirige de vez en cuando cariñosas observaciones sobre lo que llama su defecto. Cárlos las acepta y discute sobre ellas.

La conducta de estos dos seminaristas, á juzgar por el libro secreto de notas que obraba en la secretaría de la rectoral, no presentaba blanco á la censura. «Conducta buena,» «conducta irreprensible,» «aplicacion y aprovechamiento,» «sobresalientes,» era lo único que se leía en la larga série de informes que de todas las clases y centros, incluso el vice-rectorado, llegaban á los libros de la secretaría general.

En una de las discusiones antedichas los encontramos.

—Es inútil, Escobedo,—decia Rafal á su amigo,—los caractéres no se forman ni se destruyen á gusto del que lo desea.

—Pero se modifican, Cárlos.

—Solo en ocasiones determinadas, y áun en estas es muy difícil.

—Sin embargo, la fuerza de voluntad. .

—¿Me crees sin ella?

—Al contrario; pienso que la tienes invencible, y por eso te exortaba á que la empleases.

—Pero, ¿cuál, ó cuáles son, en resúmen, los inconvenientes que señalas á mi carácter?

—Si te he de decir la verdad, no puedo concretarlos, á pesar de esa fuerza de análisis que me admiras, y que yo realmente pienso tener. Se refieren más á la forma que al fondo.

—Vamos, yo te ayudaré, y acaso nos entendamos así. Tú piensas que soy orgulloso, ¿no es esto?

—Orgulloso precisamente...

—Sí, orgulloso; no dulcifiques la palabra. Lo soy en efecto.

—Pero entiendo, Cárlos, que tu orgullo es digno, no interpretes otra cosa.

—Entonces no debes ponerle reparos.

—Es que á la vez de digno me parece... me parece...

—Dilo de una vez: te parece así... como el del hombre que tiene conciencia de su valía y encuentra muy disputado el terreno.

—Eso, eso es. ¡Qué franco eres y con qué claridad ves en todo!

—Ya te diré cuando tenga el espíritu más tranquilo lo que pienso acerca de los caractéres.

—¿Y cuándo vas á tener tranquilidad?

—Creo que nunca, Escobedo.

—Esos amores te han hecho algo difícil la situacion.

—Difícil ya lo era. Como la han hecho es insoluble.—Y Cárlos se puso sombrío, comenzando á agitarse nerviosamente.

—Me inspiras miedo algunas veces, Cárlos.

—Me lo inspiro yo mismo.

—¿Por qué no dejas la carrera?

Rafal levantó la cabeza súbitamente al oir esta pregunta.

—¡Que deje la carrera!—exclamó con el mayor asombro.

—¿Por qué no?

—Escobedo, amigo Escobedo,—añadió con una mezcla de amargura y horror,—¿sabes bien lo que me propones?

—No creo que sea delito alguno.

—Es más, muchísimo más, ténlo presente: es un crímen.

—¿Pero tan grave es la causa que te obliga á seguir la carrera sacerdotal?

—Ya te lo he dicho: la vida de mi madre y....

Cárlos se levantó como empujado por una fuerza superior y comenzó á dar grandes paseos agitadamente por la celda.

—Cárlos, por Dios, no te exaltes—dijo Escobedo con su dulzura habitual.

Rafal continuaba sus paseos. De pronto se paró.

—Óyeme bien, Escobedo,—dijo á su amigo—ahora vas á comprender de una vez la situacion en que estoy colocado. Atiende: tú sabes que yo estudiaba Derecho en la Universidad Central antes de venir á San Gervasio.

—Sí.

—Un dia fuí llamado apresuradamente de mi casa para asistir al acto más terrible de la vida: la muerte de mi padre. Cuando llegué se encontraba el infeliz casi expirando.

Cárlos se detuvo un momento. Dos gruesas lágrimas corrian por sus megillas.

—¡Oh! tú no sabes lo que es un padre.

—No lo sé, por desgracia, aun cuando le tengo.

—Mi padre era un honrado militar de la antigua época, que no tuvo en la vida otro norte que sus deberes, ni ambicionó más gloria que su idolatrado Cárlos. Para reunirme un escaso patrimonio que completara mi educacion, su único anhelo en el mundo, no sabes bien amigo Escobedo las infinitas amarguras que devoró el pobre. En su lecho de agonía, y dirigiéndome ya su última y triste mirada de moribundo, me dijo estas palabras: Cárlos, hijo mio: te he querido tanto, tanto, que nunca me atreví á turbar tu tranquilidad, exigiéndote un sacrificio que mi conciencia reclamaba: hoy mismo no lo haria, si el virtuoso y sábio sacerdote que me ha consolado en

estos momentos, no me impulsara á hacerlo en nombre de la religion. Sabe, hijo mio, que en un momento solemne de mi vida hice el voto de dedicarte á la Iglesia en justa expiacion, porque no cabia otra, de males que involuntariamente habia yo producido. El santo sacerdote de que te hablo, me exorta, para poder desligarme de mi voto, á que te excite antes á su cumplimiento. ¿Puedes realizar este sacrificio, hijo mio?—¿Lo desea mi padre?—le pregunté.—Lo veria con gusto.—«Seré sacerdote.» Las facciones de mi padre se animaron. Me exigió que lo jurara. Se lo juré. Era el testamento de mi padre, del hombre que todo lo habia sacrificado por su Cárlos. Moria tranquilo. Se me olvidaba decirte, que el sacerdote que le asistia era el P. Martin, que se hallaba á la sazon de misionero en Villapobril, mi pueblo.

—Terrible es eso Rafal.

—Atiende aún más. Mi madre mi anciana y santa madre que veneró siempre al hombre dignisimo que le embelleciera su vida por medio de una felicidad continuada, renueva con sus lágrimas en el sepulcro de aquel, en todos los dias que han trascurrido desde su muerte, el juramento sagrado que yo le hice y cuya violacion, qué digo violacion (esto no lo concibe la infeliz en su piadosa y sencilla inteligencia, esto la volveria loca), la simple posibilidad de que no se cumpla aun por causas agenas á mi, lo estimaría como un horrendo sacrilegio que sumiria el alma de mi padre en eterna detestacion por el mundo de las penas. Y mi madre, sin embargo, es la más buena y cariñosa de todas las madres. Adora á su hijo con delirante fanatismo, no piensa más que en él y en la memoria de mi padre que la ve á la par

perpetuada en mi. Yo la he sorprendido muchas veces dormida al recojerme por las noches y depositar en su venerable frente el ósculo filial de despedida, despertar sobresaltada al menor contacto, y exclamar con terrorífico pavor «hijo mio» como si alguien en aquel instante me arrancara á la fuerza de sus brazos. Es el paroxismo de la pasion maternal llevada hasta su intensidad infinita.

—Horrible complicacion murmuró Escobedo.

—Atiende un poco más. El pequeño capital, el escasísimo peculio, apenas suficiente para atender á las primeras necesidades de mi casa; aquel patrimonio fruto de tantos desvelos, de tan amargas contrariedades y sinsabores para mi pobre padre que tenia que librar una batalla por cada real que me proporcionaba, se ha consumido todo él en mi educacion, y yo mismo no podria estar hoy en el seminario sin una beca ó plaza gratuita que el nuevo prelado me señaló á su llegada, por mediacion de D. Víctor, y cuya circunstancia me permite no dejar morir de hambre á mi madre entregándole entera la gratificacion que como auxiliar de la Cátedra de Hebreo me pasan en el colegio.

—Gravísimo es todo Cárlos.

—Escucha algo todavía, lo último. Mi afan al estudio y mi decidida vocacion por la ciencia, unido al tetricismo que dán á organizaciones impresionables como la mia, las frias inmensidades de estos desiertos mundos teológicos que nos obligan á visitar en los seminarios, hicieron al fin de esto (ha ya mucho tiempo) que mi espíritu secuestrado, secuestrado hasta entonces en las heladas regiones de la Teología dogmática (sepulcrología del alma, la llamaria

yo) despertara con calenturiento fervor, y se lanzara á los infinitos espacios de la luz y de la vida.

Escobedo escuchaba atentamente.

—¡Oh! tú no sabes aún lo que es la Teología y la vida claustral en estas híbridas instituciones, que le dan forma sensible. Eres más moderno que yo. Aquí, amigo Escobedo, se conoce á Dios por decretos de igual manera, de igual manera que se conoce en el mundo político un gobierno, por la Gaceta. Si hay algun espíritu que procure levantarse algo más del nivel ordinario, y pretenda embellecer por las sublimes armonías de la razon y de la conciencia las antiestéticas angulosidades del Dogma preceptivo, inmediatamente le sale al encuentro una disposicion conciliar, un texto parabólico de los sagrados libros ó la austera figura de un Santo Padre.....

Cárlos Rafal de pronto sepultó la cabeza entre sus manos y quedó pensativo. Así permaneció algunos minutos.

—El despertar de mi espíritu, Escobedo, ha sido horrible: él me ha hecho ver en toda su desnudez el sacrilegio de un juramento, y desde ese dia sostengo una lucha espantosa que me anonada. ¿Cómo resuelvo esto, Dios mio, sin que el golpe mate á mi inocente madre?

—Concluye las relaciones con Adelaida, Cárlos, créeme; te evitará muchos disgustos.

—¡Pobre Escobedo! tu temperamento te lleva siempre á evitar las luchas. ¡Que concluya con Adelaida!...

—Tú tienes voluntad para todo.

Cárlos volvió á levantarse de su asiento y á continuar:

—¡Qué horrible perplejidad!—murmuraba de vez en cuando. ¡Pobre Adelaida! ¡Desventurada madre mia!

—Serénate, amigo Rafal. La terminacion con Adelaida se puede hacer poco á poco.

—Imposible;—exclamó de repente encarándose con Escobedo—la quiero como un insensato; estoy loco: no pienso á todas horas sino en ella: desprecio la vida si no la he de compartir con esa mujer. No me hables más, Escobedo: seguiré á Adelaida á donde quiera que vaya, y la seguiré sea cualquiera el precio que la conciencia ponga á mi rebeldía.

—¡Qué terror me inspiras!

—La seguiré, sí; el hombre que, como yo, se siente con fibra bastante para luchar con el mundo si fuere preciso; el hombre que sabe encontrar soluciones concretas, porque las ambigüedades...

Aquí llegaban del diálogo, cuando fueron interrumpidos por la campana de San Gervasio que tañía de una manera singular é inusitada.

—¡Una expulsion!—exclamaron los dos seminaristas.

—¿Quién será?—exclamó todo turbado Escobedo.

—No lo sé; pero desde luego compadezco al infeliz que vaya á ser la víctima, siquiera por lo brutal é ignominioso de esta clase de actos.

—Duros son, en efecto.

—Son depresivos y denigrantes hasta lo sumo.

—Hay cierto rebajamiento, al despojar de la beca en la forma que se acostumbra...

—Algo más que eso: deshonra y deshonra trascendental que sigue al expulsado aun más allá del seminario, con el sistema irracional, de no explicar la

verdadera causa, limitándose á la fórmula vaga de «un grave motivo.» Esto da derecho á pensarlo todo.

La puerta de la celda se abrió en este momento con estruendo y se vió aparecer por ella la figura estrafalaria y mal pergeñada de un nuevo seminarista que entró dando saltos y lanzando estrepitosas carcajadas. Era un jóven como de 19 á 20 años, de simpático y agraciado rostro á pesar del desaliño de su persona; y en lo raido y mugriento de su sotana que llevaba de cualquier modo, así como en el bonete colocado al azar en la forma que lo cogiera, se podia comprender sin más investigaciones, que no rendia culto artístico á su atavio.

—¿Estais oyendo la campana?—dijo despues que se hubo desahogado un poco en su descompasada hilaridad.

—Sí; ¿quién es?—preguntó Escobedo.

—Soy yo; pero no me rio de esto.

—Tú,—exclamaron á un tiempo Rafal y Escobedo.

—Es decir lo presumo, por el lance que voy á referiros.

—Pues una expulsion es grave, Eduardo, no lo tomes á broma—le dijo Rafal.

—Lo siento por mi padre, y por la humillacion que se pasa en el salon de Grados; pero por salir del colegio, me alegro. Yo no he de ser cura jamás: volvió á decir á Rafal, mi vocacion es de Ingeniero, y lo seré.

—Entonces sigue mi consejo: no vayas al salon de Grados y márchate del colegio antes.

—No puedo hacer eso último, porque fray Martin es mi encargado; pero no concurriré al acto de expulsion

—¿Y qué cosa tan grave te ha acontecido con el Padre Martin para que se haya decidido una medida que solo se emplea con los que tienen cierta conducta?

—Ya sé, ya sé con quienes se emplea; por esto lo siento. Quizás alguno vaya á creer otra cosa.—Y se mostró algo pensativo.

—Cuenta en fin lo sucedido.

—Pues os diré: ya sabeis que fray Martin se ha encargado momentáneamente de la Cátedra de Historia y Disciplina eclesiásticas, que yo curso.

—Sí; hasta la venida del Profesor.

—Hoy me mandó que diera la leccion y yo le contesté que no la sabia.

—En lo cual por cierto, añadió Escobedo con cariñosa broma, no le contestaste ninguna novedad.

—Bueno; no hablemos de esto, replicó el otro al punto con extremada volubilidad é indiferencia. Él tiene la culpa de que yo no dé bien las lecciones. Nunca le agrada la manera de comenzar, y además se mete á preguntarnos cosas que no son de la leccion. Pero en fin esto no me importa; que ponga las faltas que le dé la gana. ¡El no nos ha de examinar, porque no es el Catedrático!... No sabia la Conferencia; sacó en el acto la lista y el lapiz y me puso una falta. Yo dije entonces para mi, corriente; ya salimos del paso. Pareció que lo habia adivinado: me preguntó en seguida si tenia libro: le dije tambien que no, y en esto no le mentia porque se lo vendí á Monter hace dos semanas por treinta chocolates.—Me clavó otra falta. Tuve despues la mala ocurrencia de cruzarme de brazos, como si la segunda me fuese ya indiferente y me preguntó á renglon seguido si lleva-

ria el libro para la clase venidera. Le añadí que no, de igual modo, porque estaba dispuesto á contestarle lo mismo hasta el dia del Juicio. Sin más explicaciones me apuntó otra falta. De pronto me dice con el tono grave que acostumbra y ¡delante de todos los condiscípulos!:—«Y pongo la cuarta porque siendo usted mi recomendado, tiene doble obligacion de estudiar.»—Amen, repuse entre dientes; y me puse á contar los balaustres de la plataforma.

—Sí, fray Martin es algo excéntrico, dijo Cárlos.

—Pero lo gracioso del lance estuvo en que me pagó las cuatro faltas con el salero del mundo. Ya vereis: siempre fray Martin acostumbra preguntar todo lo que está en el libro, incluso las notas, aun cuando se hallen escritas en francés ó tengan iniciales; y si uno no le contesta, los recorre á todos, hasta que dá con álguien que lo sepa, ó se convence que ninguno lo sabe:... al acabar yo de contar los balaustres, despues de lo que os he referido, estaba él pasando revista por unas iniciales que venian en la nota, y que no habia quien las descifrase. Ya se acercaba á mí la tormenta, cuando tomé el libro, al que estaba inmediato, y ví que las iniciales eran «C. de G. á J.» probablemente correspondencia de un escritor á otro. Me parapeté para recibir la andanada, y llegó en efecto, preguntándome fray Martin:

—«¿Usted lo sabe? Desde luego que no, añadió él mismo.»

—Pues, sí lo sé; le contesté de pronto.—«Hombre, qué milagro; al fin nos tendremos que congraciar con usted. Dígalo, pues, y avergüence á estos malos estudiantes.»—«Pues esas iniciales, repliqué con la mayor seriedad, quieren decir: Cartas... Justo,—re-

puso en el acto fray Martin.» Cartas de... continué yo... Muy bien, muy bien, volvió á decir el padre entusiasmado con mi erudicion. «Cartas de... acentué nuevamente, recalcando las palabras. Fray Martin me hacia un signo de aprobacion con el dedo que apuntaba hácia mi cada vez con más interés. Cartas, dije yo entonces de una vez, *de Garibaldi á Jesucristo.*»

Esta vez no fué solo el atolondrado seminarista; Cárlos y Escobedo, tambien sin poder contenerse, soltaron la carcajada.

—Hombre, hombre, muy chistoso ciertamente, dijo Cárlos casi sin haber acabado de reir, y celebrando con naturalidad el lance de la clase. Pero me parece, Eduardo, que la broma es un poco dura, no ya para fray Martin, que de seguro la ha encontrado exorbitante, sino para cualquier otro profesor más benévolo, que habria visto, con razon, en atrevimiento de ese tamaño una irrespetuosidad de mal género.

—Mira Cárlos, ya me vienes con tus sermones; voy creyendo que tienes mucha más severidad que fray Martin, aunque no llevas la cara tan adusta, Tú hablas muy bien y me convences siempre. No quiero discusiones contigo.

—Bien: ¿y fray Martin no te ha expulsado en el acto de la Cátedra?

—Eso pensé yo segun lo fulminante y tremendo que se levantó de su asiento, y hasta creyeron los otros que me iba á pegar; pero nada. Se acercó á mí con mirada terrible y amenazadora, extendió las manos en la direccion que yo estaba y gritó con estentórea voz: «Impío, no profanes el sacrosanto nombre de nuestro Redentor asociándole al de ese... desventurado.» Despues se calmó algo y me impuso de peniten-

cia que llevase mañana una disertacion sobre el tema siguiente: «La Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo es evidente,» leyó Eduardo sacando un papel, y entregándoselo á Cárlos.—Dice el padre Martin que ésta proposicion, es en desagravio de la injuria que hice ayer al Redentor.

—¿Y cómo crees que te expulsará si te ha puesto un argumento para mañana?

—¡Toma! es que fray Martin las gasta así; y mientras no sea expulsado me considera su discípulo.

—Pudiera ser, porque es formulista el tal padre,—dijo Rafal.

—Veremos qué sale de aquí,—añadió Escobedo.

Los tres seminaristas continuaron hablando sobre la disertacion que habia de llevar Eduardo, y la campana de San Gervasio no cesaba de tocar.

VII

Las amarguras del Rector.

Difícil era en verdad la situacion del Rector de San Gervasio despues de lo ocurrido viéndose obligado á resolver un asunto de tan enmarañada complejidad para sus deberes de jefe de seminario y hombre de sentimientos apacibles.

En efecto: la sorpresa que fray Martin habia hecho del cuaderno del seminarista; la inflexibilidad del vice-rector en negocio de tamaño bulto; la pasion de su sobrina, cuya inocencia y bellísimas condiciones le hacian idolatrarla con el entusiasmo de un padre, pero cuyo carácter é impetuosidad le inspiraban sérios recelos; la crítica situacion de Cárlos Rafal; la apremiante recomendacion de su amigo, antiguo tutor de Cárlos, y más que nada el estado de ánimo en que suponia á Rafal, verdadero temperamento de fuego, que ocultaba la efervescencia ígnea de sus exaltadas pasiones, con una férrea voluntad que todos sus amigos le admiraban, pero de las que no podia preverse racionalmente el alcance natural el dia que es-

tallaran; los peligros consiguientes para Adelaida de tan difícil estado de cosas si continuaba Cárlos en el colegio ó tomaba las Órdenes Sagradas; todo esto en fin decimos presentaban á D. Víctor la situacion, punto menos que insoluble, agobiando su recto espíritu y su bellísimo corazon con carga abrumadora.—¡Qué hacer, Dios mio!—se preguntaba á cada instante sin encontrar términos hábiles.

—Ganar á fray Martin en este negocio me parece indigno y depresivo, aun juzgándolo sin la vulgar preocupacion de la mayoria de las gentes. Es imposible por otra parte en carácter tan ritual y tan duro. ¡Y qué conseguiria además! ¿Habria curado con esto á Cárlos, ó alcanzaria que mi sobrina dejara de quererle? Si yo le ordenase, enviándole muy lejos inmediatamente,—se dijo de pronto como si se le ocurriera un medio de salvacion—pero, ¡cá! de ninguna manera,—añadió al punto, contristado de haber tenido aquel pensamiento.—Esto seria una indignidad, un pobrísimo recurso de padre despechado. Y las Órdenes no serian tampoco muy fáciles, con la actitud del P. Martin. ¡Dios mio, Dios mio!—volvió á repetir... ¡Y el vice-rector va á llegar de un momento á otro!... Poner el caso en conocimiento del Obispo es seguramente empeorarlo. El Prelado es una bellísima persona: me quiere con sincero afecto: está prendado de lo que él llama superioridad de mi espíritu; no haria tal vez otra cosa que la que yo le propusiera, pero no sirve en el negocio actual. Está colocado, á pesar de sus buenas prendas, á una temperatura de civilizacion que no es la mia, y no puede sustraerse del todo en su manera de ver á la influencia especial que imprimen los de su Cámara... ¿Y qué le habia de proponer?...

Don Víctor meditó aún largo rato. Era un espíritu fuerte, templado para las tormentas de la vida; no se desalentaba por tanto fácilmente; y levantó la cabeza como si hubiera tomado una resolución.

—Avise V. al señor vice-rector que le espero,—dijo al fámulo que arreglaba en aquel momento los libros de una estantería. Este marchó á cumplir la órden, y la inmóvil figura del fraile apareció á los cinco minutos en el despacho de D. Víctor.

—¿Qué tiene que ordenarme el señor Rector?—preguntó con su ordinaria impasibilidad.

—Tenga V. la bondad de tomar asiento, padre Martin.

El vice-rector se sentó.

—Me ha de permitir V.,—dijo D. Victor despues de una pausa,—que al resolver el asunto del señor alumno Rafal, comience por extrañarme de que su manuscrito haya llegado á las manos de V. Intento y no puedo alejar la sospecha de una infidencia muy reprensible en este negocio.

—Señor Rector—contestó fray Martin con amargura,—mis años y mi conducta me vedan, se lo digo «*toto corde*» (de todo corazon), la comision de acciones que no sean perfectamente honestas.

—No lo digo por V., P. Martin, á quien desde luego atribuyo la más piadosa intencion, pero el cuaderno seguramente no habrá llegado á sus manos por conducto del Sr. Rafal.

—No. Ya sabe mi tema: los caminos de que se vale la Providencia son infinitos. «*Inescrutabilia sunt judicia Dei*» *(impenetrables son* los *juicios de Dios).* ¿Quiere V. S. que le ponga de manifiesto este camino?

—Lo deseo.

—Pues nada más sencillo. Debiera yo girar una visita de inspeccion á las celdas, cumpliendo los reglamentos de esta santa Comunidad, para recoger las obras prohibidas, y los objetos obscenos, y como fuera avisado por denuncia de conciencia timorata y escrupulosa que en una de las tablas interiores de una hoja de ventana en el cuarto de ese desdichado, habia una obra de impiedad condenada por el Índice, del registro, en ausencia del sin ventura, encontré eso.

—¡Denuncia! ya lo sospechaba—dijo D. Victor,—está bien. ¿Y ha meditado V., P. Martin, en lo grave que es una expulsion y en las consecuencias que puede traer para ese jóven?

—Ya tuve la honra de poner de manifiesto ante V. S...

—Sin embargo; el asunto no debe estudiarse en mi entender con criterio tan exagerado. La misma Iglesia abre siempre los brazos con infinita misericordia, al pecador.

—Pero rechaza con horror al hereje.

—Tampoco en absoluto, P. Martin. Le amonesta, le exorta, le ruega muchas veces hasta con humildad, porque todo eso merece un alma extraviada.

—Y siempre la mansedumbre ha ensoberbecido más al hereje: ejemplo el corrompido Lutero y sus infames secuaces.

—Usted lo dice, *el corrompido* Lutero; cierto: su pasion desenfrenada por una parte, su soberbia y la política de algunos Príncipes por otra, dieron aquel resultado. Pero aquí no existe ese caso; se trata de un jóven de educacion distinguida, decente, respetuoso, buen hijo, estudiante modelo, y que no lleva

sus dudas á otro espíritu; que investiga las supremas verdades de la revelacion, con intencion, recta sin duda, para que salgan más acrisoladas, y se limita entre tanto, á exponerlas en el misterio de su conciencia.

—Esa investigacion sobre el dogma está prohibida por los Sagrados Cánones.

—Está prohibida la declaracion contraria á ellos. Además, P. Martin, este camino de intolerancia me parece siempre funesto. De un enemigo tímido ó débil, se suele hacer por punto general un acérrimo adversario que protesta muchas veces por amor propio y da la batalla en todos los terrenos.

—¡La Iglesia es más fuerte que todos ellos!

—Pero la Iglesia no provoca luchas; las acepta.

—Esto mismo hacemos en el presente caso.

—No lo hacemos por cierto, supuesto que la herejía de Rafal, aun siéndolo, no nos consta de una manera auténtica, oficial, digámoslo así, como prescriben los Cánones.

—Eso será para la declaracion de hereje; mas para la expulsion, que es un acto reglamentario y de conciencia, existen motivos sobrados.

—En suma, P. Martin, ¿V. no ve otro medio que la expulsion?

—El cumplimiento del deber, señor Rector.

—El cumplimiento del deber, segun V., si no pretende darme una leccion de Moral.

—¡Líbreme Dios de intentarlo con persona tan docta y tan probada!

—¿Y si yo no lo entendiera de este modo?

—Tendria un verdadero dolor, y cumpliria con lo

que me ordenan los reglamentos en los casos de disidencia con el señor Rector.

—Lo consultaría V. con el Prelado; ¿no es esto?

—Usía lo ha dicho.

Don Víctor sufria lo que no es decible.

Carácter sincero y leal, pero enérgico é impetuoso por temperamento, habia adquirido por educacion de su voluntad, desde que recibió las Ordenes Sagradas, una flexibilidad de trato y una benevolencia de conducta que era el encanto de cuantos le conocian. Hartas ocasiones, por desgracia, habia tenido en su ministerio y en las Cámaras episcopales para poner á prueba su mansedumbre, conteniendo la indignacion que le rebosaba; pero en todas habia salido triunfante con su dulce y habitual sonrisa, que ocultaba tempestades rugientes en su alma; y con tal sistema habia concluido por ganar todos los corazones.

El único que se le resistia era el P. Martin, y ya vemos, sin embargo, cómo lo intentaba.

Meditó aún algunos momentos, como si pesara los inconvenientes de llevar el asunto al Obispo.

¡Qué ruina van á traer á la Iglesia estas intolerancias!—murmuró para sí.

—Conforme, P. Martin,—añadió en voz alta, —el señor Rafal saldrá del Seminario.

—No podia ser de otro modo,—contestó el benedictino.

—Sí, en efecto; pero no por lo que V. cree ni en la forma acostumbrada.

—Respeto, como siempre, los pensamientos de usia; en lo demás, los reglamentos superiores á nosotros y con los que debemos ser uno en ellos

«*unum in illis*» nos pautarán la línea de conducta.

—¿Cómo, señor vice-rector? ¿Pretende V. acaso expulsar ignominiosamente al señor Rafal al frente de la Comunidad, por una causa, que, sea ó no justificada, llegó á nosotros de una manera irregular? Dejo á la consideracion de V. pensar si hay motivos para una ejemplaridad tan severa.

—No soy yo,—contestó con tristeza fray Martin,—son los reglamentos que no consienten privilegios.

Don Víctor no pudo contenerse.

—Muy bien, señor P. Martin; será expulsado el señor Rafal,—contestó en tono estridente y seco—convoque V. en el acto la Comunidad en el salon de Grados. Una última palabra: ¿Piensa V. no prescindir del oficio que en estos casos se envía al alcalde del pueblo del expulsado para que dé cuenta á su padre ó tutor?

—Es de regla ineludible.

—Perfectamente bien—añadió D. Víctor todo nervioso,—esto terminará de una vez. Mande V. tocar al momento de mi órden.

Fray Martin salió sin inmutarse, al parecer. El Rector cogió la pluma inmediatamente y escribió las siguientes líneas con letra disfrazada:

«Señor Rafal. Un amigo que le quiere y que acaba de ver extendida en la Rectoral la órden de expulsion de V., se lo avisa apresuradamente para evitarle esta vergüenza ante la Comunidad. Pase V. sin perder un minuto al cuarto del señor Rector y despídase del colegio, anticipándose... No muestre V. á nadie este aviso.» Encerró el papel en un sobre y se encaminó á la celda núm. 7.

Las celdas del Seminario están cerradas solo con

un picaporte. Se abren por punto general sin necesidad de anuncio por los superiores, y suelen avisar los demás colegiales con dos ó tres golpecitos para distinguirse de aquellos. Cuando no se llama, pues, en una celda, ya sabe el habitante de ella que es el Rector, vice-rector ó un Director cualquiera.

Don Víctor llegó al núm 7, dió dos ó tres golpes con los nudillos de los dedos que fueron contestados por un «adelante» que se pronunció en el interior, y el Rector levantó el picaporte, tirando la carta en la celda. Acto contínuo dobló el cláustro y se entró en la Rectoral.

Media hora despues de lo referido tocaba la campana de San Gervasio con una especie de tañido siniestro que hizo extremecer á los colegiales del Seminario, segun vimos en la celda de Cárlos Rafal.

¡Una expulsion, una expulsion!—exclamaban en todas las celdas.

—¡Quién será!—se preguntaban unos á otros.

—Será Eduardo, por lo que contestó á fray Martin en la Cátedra—decian los condiscípulos de aquel.

—Será Vernueldo porque lo han sorprendido jugando al *monte* en el patio de novicios con otros tres ó cuatro.

A tal tenor hacian todos sus conjeturas, hasta que llegaban á la puerta del Salon de Grados donde iban penetrando con hipócrita compuncion.

VIII

Una justicia de Seminario.

Momentos despues se hallaban reunidos todos los seminaristas de San Gervasio en el vasto recinto cuadrangular del salon de Grados, que podria contener en su doble fila de asientos hasta 500 personas, por más que el número de internos á la sazon no excediese de unos 125. A medida que iban entrando, se colocaban por órden riguroso de antigüedad y de cursos académicos, en las distintas numeraciones de los asientos respectivos, sin faltar ni una línea al órden de antemano preceptuado: diríase al notar el recogimiento de la Comunidad, que el salon estaba desierto.

—¿Quién será y porqué?—se volvian á repetir interiormente, escudriñando sin duda, en estos angustiosos instantes de pavorosa meditacion, los pecadillos secretos que cada cuál guardaba sepultados en su conciencia.

La puerta del salon de Grados se abrió por fin y se destacó en su fondo la imponente silueta del bene-

dictino á quien seguían como en funerario cortejo otros siete profesores con sus hopalandas negras, á excepcion de dos que eran seglares (el de Física y el de Matemáticas). Una palpitacion unánime y simultánea agitó en aquel instante todos los corazones.

El momento supremo se acercaba. Se apresuraron todos á levantarse saludando con profundo y reverencial respeto al P. Martin, y éste se adelantó majestuoso y solemne á ocupar el sillon presidencial, colocado en la parte más elevada de la plataforma.

Los profesores ocuparon los suyos respectivos. El Rector no se había presentado; el Presidente de la Comunidad faltaba tambien de su asiento, señalado con el número 1.

El P. Martin no se habia alterado en nada. Su rigidez formaba singular contraste con las miradas llenas de viveza y agitacion, aunque tímidas por el momento, de la mayor parte de los colegiales.

Todas las miradas se habian concentrado tenazmente fijas en el P. Martin como lo estarán en Dios las generaciones convocadas á juicio por la trompeta del Apocalípsis, cuando un ligero movimiento que se notó hácia la puerta de entrada, las volvió instantáneamente con irresistible espontaneidad, hasta el sitio de donde el ruido procedía.

La puerta se abrió en efecto con lentitud pausada y apareció ante los concurrentes la pálida y noble figura de Cárlos Rafal, que se adelantaba con una majestad y arrogancia verdaderamente provocadoras.

Un sentimiento de asombro se pintó en todas las fisonomías. Debia estar muy desconocido.

Los seminaristas se pusieron de pié, era regla, á

la presencia de su Presidente, y éste atravesó el salon con paso firme y sereno.

Era el último homenaje que tributaban á su jóven jefe, aún cuando ellos no lo sabian. Al llegar Cárlos á su asiento saludó con triste sonrisa, pero con su afabilidad acostumbrada al vice-rector y demás superiores, todos los cuales le devolvieron el saludo con singular expresion de cariñoso afecto, excepto Fray Martin que contestó con una simple inclinacion de cabeza.

—Puede V. pasar lista—dijo el vice-rector, dirigiéndose á uno de los profesores que hacía de secretario.

El aludido fué nombrando en alta voz á todos los colegiales y concluido que fué el acto, volvió á ocupar su sillon diciendo:

—Están todos los que comprende la lista.

—Lea V.—volvió á decir fray Martin, los artículos del reglamento que se refieren á este acto.

El secretario leyó lo siguiente:

«Art. 12.—La expulsion supone un motivo grave.

»Art. 13.—Esta se hará siempre en nombre del señor Obispo y de órden del Rector.

»Art. 14.—La fórmula de expulsion se ceñirá extrictamente á lo preceptuado en el anterior artículo, añadiendo tan solo que se verifica por haber infrinjido los reglamentos el expulsado, sin permitirse nunca el encargado de cumplimentarla, consideraciones ó comentarios sobre la conducta del que ya está al amparo de una sentencia. Todo esto por la máxima piadosa de «que no se ha de aumentar afliccion al afligido.»

»Art. 15.—Inmediatamente despues, se procederá,

con el ceremonial prescrito para estos casos, á despojar de la beca al expulsado, para mostrar que perdió su cáracter de seminarista, y se dará por terminado el acto».

—En cumplimiento, por tanto,—dijo fray Martin levantándose, con las manos extendidas y en voz lentamente graduada,—de los artículos que acaban de leerse; en nombre del Ilmo. y Rmo. señor Obispo de esta Diócesis de Gaudencia y de órden del Ilmo. señor Rector del Seminario Conciliar, tengo el triste deber de anunciar que queda expulsado de esta Santa Comunidad, el alumno D. Cárlos Rafal y Tendilla.

Una bomba fulminante que hubiese estallado instantáneamente en el salon de Grados, no produce el efecto que causó la inesperada expulsion de Cárlos Rafal. Los profesores se miraron como poseidos del mayor asombro. Sólo Cárlos Rafal y el P. Martin permanecieron inmóviles: el primero ni pestañeó siquiera; únicamente cuando despues de algunos segundos se comenzaron á oir en el salon ciertos murmullos sordos que partian de todos los bancos, levantó Cárlos sus negros y rasgados ojos con una profunda expresion de sentimiento infinito. Pasó la mano por su frente sudorosa y volvió á permanecer inmóvil.

Sin duda esperaba algo más del P. Martin.

Este se levantó en efecto por segunda vez, y anunció que se iba á despojar de la beca al expulsado.

La actitud de Cárlos Rafal cambió súbitamente al pronunciar el vice-rector estas palabras. Todas las miradas se dirigieron á él como arrastradas á su pesar por un impulso magnético. El mismo Padre Martin no fué dueño de ocultar un movimien-

to de oscilacion en la suya, tan cavernosa, al ver al alumno.

Cárlos se levantó erguído. Clavó durante un segundo con profunda fijeza sus penetrantes ojos que centelleaban en aquel instante, en los inmóviles y sepulcrales del marmóreo benedictino, se llevó por segunda vez su temblorosa mano á la frente que manaba copiosísimos raudales de sudor, y adelantó un paso desde el sitial en que estaba colocado hácia la plataforma donde se hallaban los superiores.

—Padre Martin... gritó con voz estentórea y prolongada que resonó lúgubremente en las inmensas concavidades de aquellos cláustros sombríos...

Una expresion de espanto se dibujó como por proyeccion instantánea en el semblante de todos los concurrentes al acto.

Separaron instintivamente la vista de Cárlos Rafal: les inspiraba terror.

—Se vá á proceder—repitió con entonacion fatídica el vice-rector,—á despojar de la beca al expulsado.

Esta vez todos se levantaron; veían sin duda con aterradora evidencia aproximarse por instantes las peripecias de un espantoso drama.

Cárlos Rafal estaba lívido. Su aspecto se había hecho formidable. Avanzó cuatro pasos más hasta tocar el primer peldaño de la plataforma, desde donde contempló un segundo con calenturienta mirada la penumbra casi fantástica del imperturbable vice-rector y...

No sabemos lo que habria sucedido sin la inesperada y súbita presentacion del Magistral que llegó al salon con todo el aspecto febriginoso del hombre

que en una hora ha recorrido un inmenso calvario de amarguras.

—Se dá por terminado este acto—dijo con voz doliente pero concisa y enérgica.—Lo mando yo—añadió en seguida dirigiendo sus fulminantes ojos al padre Martin.

Cárlos Rafal se contrajo todo, como si saliera de su terrible sonambulismo; miró con espantadas facciones al Rector, se llevó despues las manos á sus sienes, como si intentara contener una explosion inminente, y comenzó á verter lágrimas, murmurando á la vez:—¡Me ha salvado!—Y se despojó él mismo apresuradamente de su beca y balandran que abandonó en el asiento. Acto contínuo desfilaron todos los seminaristas. D. Víctor permaneció de pié mientras iban desalojando el salon los colegiales.

Cuando todos hubieron salido menos los profesores se dirigió al vice-rector que continuaba inmóvil y le dijo con majestuosa solemnidad.

—Señor vice-rector, ha desgarrado V. hoy abrumándola con el fanatismo de siete generaciones, un alma bellísima é inmaculada. ¡Que Dios no le pida á usted cuenta de esta inmensa tribulacion!

Y abandonó en el acto el salon de Grados.

Cárlos Rafal dejó aquella misma noche el Seminario y se instaló provisionalmente en una modesta casa de huéspedes. El P. Martin se retiró á su celda, donde hizo venir al momento á su fámulo á quien entregó un oficio, y dió otro encargo.

El oficio decia así: «Ilmo Sr. Obispo de Guadeucia.—Habiéndose expulsado en el dia de la fecha al alumno de San Gervasio, D. Cárlos Rafal, y desempeñando el que suscribe las funciones de Presiden-

te en dicho acto, ha llegado antes de su terminacion, el Ilmo. Sr. Rector y ha infringido los reglamentos, ordenando que se suspendiera.

»Lo que en cumplimiento de mi deber, tengo el honor de participar á V. S. I. acatando, como siempre y entretanto, las órdenes de mis superiores gerárquicos.

»Dios guarde muchos años la vida de V. S. I.

»Gaudencia, etc. El vice-rector, fray Martin Vela, Monje Benedictino.»

IX

Otro género de Cánones.—Metafísica del amor.

La familia del Rector, compuesta, como ya dijimos, de su hermana doña Teresa y de la hija de ésta, Adelaida, ocupaba una linda casa en una de las más concurridas calles de la ciudad. Elegante y confortable á la vez, habia procurado D. Víctor, al realizar la instalacion, que no faltase un pequeño jardin para su sobrina.

Una doncella de la edad próximamente de Adelaida, llamada Margarita; una cocinera entrada algun tanto en años; una criada que compartia con éstas las ocupaciones de la casa, y un anciano sirviente, ordenanza antiguo del difunto general, colocado allí, más por generosidad, que por prestar un servicio necesario, constituían toda la servidumbre de la casa seglar, digámoslo así, del Magistral, que en su calidad de Rector habitaba en el Seminario.

Hemos dicho antes que Adelaida era celebrada por su extraordinaria belleza, tanto como por su talento

y virtudes. Y ciertamente: todo producia entusiasmo al contemplar á la jóven sobrina de D. Víctor. La placidez candorosa, pero expresiva de su semblante; la dulce melancolía de sus rasgados ojos azules, que formaban un precioso conjunto armónico con sus rizados cabellos rubios; la blancura trasparente, delicada, mate, de su finísima tez; la regularidad artística de sus contornos; lo perfectamente modelado de sus formas; y más que nada la expresión infinita de sentimiento puro y elevacion de alma, que se exhalaba, por decirlo así, de tan acabada armonía, justificaban la fama con que Gaudencia y sus contornos ensalzaban á la bella Adelaida.

Todo el tiempo que le dejaban libre los cuidados que prodigaba á su idolatrada madre doña Teresa, los tenia dedicados por igual al jardin, al piano y á leer los escasos, pero bien escogidos libros, que la solicitud de su buen tio había reunido para ella. Desde que habian comenzado sus amores con Cárlos Rafal, principio cuyos detalles referiremos más adelante, añadia á sus ocupaciones la de escribir á éste, en quien habia depositado todo el sentimiento de su alma entusiasta y pura.

En vano doña Teresa le solia hacer algunas veces cariñosas observaciones sobre el incierto porvenir de Cárlos. Adelaida contestaba siempre con afectuosísima dulzura, procurando convencer á su madre de lo infundado de sus temores; y la discusion sobre este punto terminaba así, porque doña Teresa, antes que nada, queria entrañablemente á su Adelaida.

En una de estas las encontramos en la tarde del

dia, á que se refieren los anteriores sucesos. Adelaída decía á su madre:

—Mira, mamá, no te canses; te quiero mucho y siento que te mortifiques. Yo amo á Cárlos, pero ¿crees tú que no son buenos esos amores?

—La situacion de Cárlos es oscura.

—¿Piensas tú que no debo tenerlos?—añadió con volubilidad.

—Eso es difícil de contestar, Adelaida. Atendiendo á las consideraciones sociales, á tu porvenir y á otra multitud de razones, desde luego que no.

Adelaida se mostró triste y pensativa.

—¿Y en qué falto yo—dijo de pronto á su madre,—por sostener amores con Cárlos? ¿Puede ser malo nunca lo que se siente tan espontáneamente y con una intencion tan pura como la mia?

—Recuerda que diciendo eso mismo en general, te reprendió tio Victor y te dijo que te fueras con cuidado en tales cuestiones.

—Que fué lo mismo que no decirme nada.

—Adelaida, chiquilla, ¿cómo hablas?

—No me riñas, mamá; ya sabes cuánto quiero á tio Víctor.

—¿Por qué no entras con él en estas discusiones?

—¡Ay que boba!—exclamó riendo,—¿si creerás tú que no las tenemos, cuando te duermes en el comedor por las noches?

—Adelaida, hija mia, déjame que estoy fatigada.

—No, no te irás; ven acá, *rebeldilla*,—dijo sujetándola por el vestido, y dándole un beso, que convenció más que nada á doña Teresa.

—Vamos, habla, siempre concluimos por hacer lo que quieres.....

—¿Y por qué no le das cuenta—continuó—de tus amores con Cárlos?

—Mamá, por Dios—dijo con cierta tristeza, no me hagas esos cargos. Ya sabes que Cárlos me ha suplicado que no lo cuente ahora; que lo haré pronto. Y sigo á Cárlos en este punto, así como le quiero, porque tengo la seguridad de que es tan bueno, como tio Víctor. Dime que no lo es y dejo de quererle. Pero esto es imposible; Cárlos es muy bueno. ¿Verdad, mamá?

—Si, pero no sé porqué me causan intranquilidad estos amores. No puedo avenirme á ellos á pesar de lo simpático que me es Cárlos.

La situacion de doña Teresa era en verdad difícil. Bellísima señora que idolatraba á su hija, á quien por nada en el mundo se disponia á dar el más pequeño disgusto, presentia con ese instintivo temor que tienen todas las madres, el amargo camino que las nacientes relaciones podrian hacer recorrer á su Adelaida, si ésta, como era natural en su carácter y condiciones, se decidia á continuar á todo evento. La situacion especialísima de Cárlos, además, contribuia no poco á aumentar la intranquilidad de la atribulada madre.

—Dime Adelaida,—preguntó doña Teresa despues de algunos minutos de silencio—si Cárlos se decidiera á dejar la carrera, que lo dudo, ¿cuáles son sus medios ó recursos? Él mismo te dice que ningunos.

—¡Ay, que empeño tienes en martirizarme!—Siempre que Adelaida daba esta contestacion consistia en que se dejaba vencer por los mismos te-

mores con que la objetaban; es decir, que ella estaba haciendo iguales reflexiones. No quiero discutir contigo—añadió con infantil enojo. Y se fué á una ventana comenzando á tocar suavemente los cristales, en actitud distraida pero meditabunda.

Doña Teresa que la conocia, y sobre todo que se preocupaba con el más insignificante disgusto de su hija, se levantó al punto dándole broma, para que volviera á la conversacion.

La jóven se sonrió, tomando á la vez una de las manos de su madre, y miró á ésta con especial cariño.

A tal estado llegaban de la conversacion cuando se presentó Margarita, la doncella querida de Adelaida, y su confidente en los amores con Cárlos, diciendo á su señorita con gran apresuramiento:

—¿No sabe V.? Acabo de ver en la plaza al señorito Cárlos, de paisano, y con otro caballero que yo no conozco.

—¿A Cárlos?—exclamaron á un tiempo asombradas doña Teresa y su hija.

—Al mismo, sí señorita, no lo he confundido. Tanto, que yo le iba á hablar si no hubiese ido con la otra persona que digo.....

—Pero Cárlos de paisano.....—interrumpió extrañada doña Teresa.

—De paisano, señora, de paisano. Repito que es el mismo, tengo seguridad. Y si alguna duda me hubiese quedado, al verle tan triste como siempre, qué digo como siempre, muchísimo más, señorita, la hubiera desechado al momento. Por cierto que al pasar yo junto á él, que ni siquiera

me ha visto de lo preocupado que iba, le decia el otro señor. «Y sabiéndolo anticipadamente, Cárlos, por qué has consentido la expulsion.»

—¡Una expulsion!—exclamaron unánimemente doña Teresa y Adelaida—¡Una expulsion!—Pero..... Y bien;—se interrumpió Adelaida cambiando de idea—¿qué dijo él entonces?

—Nada.—contestó la doncella—movió tristemente la cabeza y continuó andando. Yo no pude oir más.

—¿Adelaida, qué piensas de esto?—preguntó al cabo de un rato doña Teresa con cierta ansiedad.

—No sé, no sé que decirte, mamá. Y aun cuando la salida de Cárlos deberia alegrarme, siento no obstante, sin poder explicármelo, una pena que me hace daño.

Adelaida en efecto habia visto en un instante con su delicada penetracion, que la salida violenta de Cárlos, por mucho que ella deseara verle fuera del Seminario, no significaba lo mismo ni podia tener igual alcance en las consecuencias, que una retirada gradual, prevenida y salvados cuando ménos los primeros resultados. Su corazon de mujer amante, la inclinaba además á vislumbrar que no era ella agena á tal solucion. Y aun cuando esto por un lado le halagase, como era natural, porque representaba el sacrificio por la persona querida, tambien le entristecia el considerar que Cárlos, tremendo é impetuoso si tomaba una determinacion cualquiera, podria arrollar en esta ocasion los límites debidos, cuando ya había saltado, (así al menos aparecía ante ella) por el juramento hecho á su padre y por el cariño filial, que era en él una espe-

cie de religion. ¿Qué vá á ser de nosotros?—se preguntaba á cada momento la inocente y amorosa niña, al contemplar el nuevo rumbo que presentaban las cosas.—Quizá realmente estaremos hoy mejor que ayer—se añadia procurando encontrar un asidero.—¡La tranquilidad aun cuando sea ilógica, da una calma tan dulce!... Seguramente es cobardía esta clase de calma—continuaba en su monólogo,—porque ello al fin habia de tener una resolucion; cualquier dia se hubiera sabido y no me hacian gran favor por cierto las relaciones con un seminarista. ¿Y á mí qué me importaba?—replicaba de pronto cambiando en sus pensamientos.—¿Trato yo de casarme con alguien, si no es con Cárlos? ¿Pero y si la expulsion fuese por otra causa? ¡Ay Dios mio, no quiero pensarlo; no puede ser tampoco!—y si la hubieran fundado en otra causa que en que me ama y tiene relaciones conmigo... Cárlos es inocente. Aun cuando él me dijera otra cosa no lo creeria—exclamó por último poniendo término á sus reflexiones.

La campanilla sonó en aquel instante y Margarita corriendo á abrir, gritó al punto:

—Es el señor.

Don Víctor era, en efecto, que se adelantó procurando sonreir para recibir el abrazo que su sobrina le ofrecia; mas no podia ocultar la profunda emocion de que venia poseido.

—¿Qué tienes tio?—le preguntó Adelaida con cariñosa pena—parece que vienes triste.

—Estoy preocupado en efecto hija—contestó el Magistral luego que se sentó.—Ha habido en el colegio una escena, que me ha afectado.

Y D. Víctor miró como al descuido á su sobrina para estudiar el efecto que esperaba produjeran sus palabras.

No se engañó en verdad, porque Adelaida se puso pálida en vez de preguntarle como siempre lo que habia ocurrido en el Seminario.

—¿Qué es eso, Adelaida? ¿Te sientes mal?

—No, tio, no; es un ligero mareo que me suele acometer algunas veces; ya pasó.

—¡Válgame Dios, Adelaida mia, válgame Dios! ¡Qué poca confianza tienes en tu tio Víctor, á quien tanta le inspiras tú! ¿No lo quieres ya como á tu segundo padre?

—Pero tio, si yo no..... no sé lo que me dices, —balbuceó al fin la infeliz, completamente turbada.

—Adelaida, hija de mi vida,—se apresuró á añadir D. Víctor al ver la palidez de su sobrina—no te turbes ni te preocupes por Dios; que no has cometido ninguna accion reprensible, siento, sí, que no me hayas dicho esto, como me cuentas todo.—Y luego añadió cambiando de tono:—conozco tus relaciones con Cárlos Rafal.

Adelaida mostró la mayor sorpresa en su semblante, pero apareció mucho más repuesta y tranquila con las últimas palabras de su tio, como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

—Tio, te lo voy á contar todo,—dijo por fin.

—Sí, te lo vamos á contar,—añadió doña Teresa.

—Bueno,—replicó el Rector—me vais á dar esos detalles. Os diré antes que Cárlos Rafal...

—Ha sido expulsado del Seminario.—concluyó Adelaida.

—¡Cómo! Sabíais...

—Sí, ¿pero por estas relaciones?—preguntaron á la vez las dos señoras.

—No,—contestó con aplomo D. Víctor que midió en un instante la inconveniencia de despertar en el alma de Adelaida una sospecha de infidencia de Cárlos Rafal:—no,—volvió á decir—ha sido una intolerancia de fray Martin por cuestion de reglamento. Ya conoceis el genio de este buen padre... Nada deshonroso.

Adelaida vió el paraiso.

¡Así es la juventud: á veces la enagena aquello que está llamado á ser la primera piedra de su calvario!

Y el Magistral se dispuso á oir las revelaciones de su hermana y su sobrina.

X

El fámulo de fray Martin.

El fámulo del vice-rector, llamado entre los colegiales de San Gervasio, fray Toronjo el Mosquildon, desde que á Eduardo, por no sabemos qué travesura inventada contra aquel se le vino á las mientes bautizarle con tan singulares nombres, es un tipo poco conocido en la sociedad, pero que abunda mucho en colegios de esta clase y en sacristías.

Figuráos un hombre de 34 á 36 años, de abotagada cara, de ojos mortecinos y parecidos como decia el mismo Eduardo, á los de las ovejas moribundas; de abultado y prominente abdómen; con una boca descomunal constantemente abierta que dejaba asomar desigual, larga y súcia hilera de dientes del color del hollin; con dos ó tres asquerosos mechoncillos de pelo grasiento y lácio; de frente pequeña deprimida como á fuerza de martillazos en la parte de las sienes y empujada hácia adelante; de nariz angulosa, torcida un poco

á la izquierda, y de figura, por último, grotescamente contrahecha, y podreis tener una idea de la persona *física* de Raimundo que tal era el verdadero nombre de este desventurado engendro de la diosa fealdad.

De su *moral* no diremos nada, porque el desarrollo de los acontecimientos se encargará de pintárnoslo. Anticiparemos solamente que estaba reputado en el Seminario y entre las personas piadosas de Gaudencia como modelo edificante de compuncion seráfica y de sentimientos cristianos.

Tanto por esto como por ser fámulo del padre Martin, obtenia mil consideraciones entre los seminaristas, excepcion hecha de Eduardo, que descargaba sobre el pobre sendas lluvias de patatas cogidas para el caso en los descuidos del jefe de cocina, para ser arrojadas cautelosamente desde las encrucijadas de los cláustros.

Raimundo en efecto multiplicaba sus prácticas místicas de tal manera, que en las horas de recreo y en las que le dejaba libre su cargo de fámulo, no se le encontraba en otro sitio que en la capilla. Confesaba, además, y comulgaba semanalmente; marchaba siempre con los ojos bajos tanto en la ciudad como en el colegio, y era en suma por sus encomiadas virtudes un seminarista del agrado de fray Martin, con lo cual está dicho todo. Es verdad que no tenia igual altura en las cátedras donde cursaba *la carrera breve*, porque sus años y su anterior oficio (barbero de su lugar), no le permitian más ambiciones; pero esto se le podia dispensar como decia el vi-

ce-rector porque en siglos de impiedad, hacen más falta los santos que los sábios.

Dijimos que habia sido llamado á la celda vice-rectoral, luego de concluido el acto de la expulsion.

En cumplimiento de tal mandato se presentó, pues, con su mirada baja y las manos cruzadas como siempre.

—¿Qué desea Vuestra Paternidad?—dijo adelantándose y dando al vice-rector un título que sin duda reverdecia en éste sus antiguas ilusiones de convento.

—Como Raimundo—contestó fray Martin—haya sido el instrumento de que se valió la Providencia para descubrir la conducta nefanda y por todos conceptos digna de vilipendio, del señor Rafal, alumno expulsado, es preciso que con cautela exquisita, vaya tambien Raimundo á entregarle al desventurado esta carta y este encargo. La compasion y la caridad nunca se ejercen de modo más acepto á los ojos de Dios que cuando van á recaer en persona á quien hemos herido, aunque por su bien mismo.

—Cumpliré lo que me encomienda vuestra Paternidad, con la cautela conveniente—murmuró el famulo.

—Que nadie le vea ni él sospeche.....

—Creo adivinar que se trata de un consejo y de una limosna; y estas precauciones van encaminadas á evitar una humillacion... ¿Y si se niega á admitir?...

—Con tacto y disimulo...

—En último caso habrá que aumentarlos para que

no sospeche la procedencia...—Está bien, padre reverendo. ¿Iré anochecido?

—Sea; ya que tan cristiano empeño tiene de huir las miradas del siglo en las horas de movimiento.

Y Raimundo salió de la celda.

Una hora despues de haber tocado en San Gervasio la oracion, atravesaba las calles de Gaudencia con paso inquieto y presuroso, que estaba poco en armonía con el sosegado y tranquilo que le era habitual. Llegó, despues de haber recorrido varias calles y callejuelas, á la en que vivia la familia de D. Víctor, y se paró frente á la casa de éste. Miró primero con receloso afán á todos lados, como si temiera que le siguiese alguien, y cuando se hubo convencido de que la calle estaba desierta, tosió dos ó tres veces de manera significativa. A poco se dibujó una sombra en el espacio oscuro que mediaba entre la casa y el sitio que ocupaba el fámulo. La sombra fué aproximándose poco á poco hasta tocar á Raimundo.

—Crei que no venias, Juanilla—le dijo éste á la criada de D. Víctor, pues era ella misma.

—Quiá—respondió ésta con chocarrero desenfado —¡faltar yo! Primero...

—Ya lo sé, Juanilla, ya lo sé. Por eso vas á ser pronto el ama de un cura.

—Digo—si tú me cumples la palabra. ¡Ay si no me la cumplieras, Raimundo! Ya verias tú quién era la hija de mi madre. Porque de Juana Berruezo no se ha burlao...

—Bueno, mujer: no hablemos de eso. ¿Me traes algo?

—Mira, Raimundo, dinero no te traigo, porque

ya hasta que no cobre el mes, no hay un cuarto: pero te traigo algunas cosillas.

Y Juana entregó al fámulo algunas viandas que éste sepultó bajo su capa.

—Está bien, picarona. Hoy te quiero yo convidar. Vámonos á casa de tia Anastasia mi paisana, y anda de prisa, porque es tarde y no tengo ya más que tres cuartos de hora de que disponer.

Diez minutos despues estaban comiendo y bebiendo alegremente en una de las habitaciones más reservadas de la tia Anastasia.

—¡Cuánto dinero tienes hoy, Raimundo!—le decia Juana á éste que pedia á cada momento nuevos manjares.

—Sí, cuando hago bonetes en el colegio y afeito, la cosa va bien; pero ahora se malea la cosa.—Y dime—añadió con gran misterio al oido de Juana.—¿Cuándo contamos esas monedas de doña Teresa?

—Raimundo, Raimundo,—contestó la criada con viveza,—que estás siendo un diablo para mí.

—Es que ahora tengo un plan seguro. Ya te lo diré. Procura contarme todo lo que sepas de tu señorita.

Y siguieron discurriendo un poco. Luego cada cual tomó su direccion, despidiéndose en la puerta de la casa de tia Anastasia.

Algunos momentos despues entraba Raimundo en la celda del vice-rector con su aire sacristanesco y taimado, y le decia á éste:

—Reverendo padre, he cumplido el encargo de Vuestra Paternidad con toda la diligencia que la Gracia Divina me ha sugerido.

—¿Y qué?—preguntó el vice-rector.

—Le dije al Sr. Rafal que el dinero era de una persona que le queria mucho y no podia dar su nombre. Primero pareció asombrado, pero despues, y pensándolo aún algunos instantes, añadió con resignacion:—¡Dios lo quiere! No dejaré morir á mi madre. Y lo tomó agradeciéndolo mucho.

—El espíritu del Señor comienza á vivificarle,—exclamó fray Martin.

—Cuando me despedia de él—continuó el fámulo,—me dijo con mucha tristeza, que sentiria tener que molestar más á un alma tan caritativa; pero que acaso las circunstancias le obligasen alguna vez, y que para entonces me encargaba que le pidiese perdon á esa persona.

—Ójala pueda yo hacerlo y ayudar por camino tan inexcrutable á la redencion de un pecador. *Inexcrutabilia sunt*...—murmuró fray Martin...

XI

El punto negro para Cárlos.

Cárlos llegó á su celda en un completo estado de sobrexcitacion despues de las escenas ocurridas en el salon de Grados. Encerrado en su cuarto con su compañero, se negó á recibir á todo el mundo.

Su amigo Escobedo, á fuerza de razones é imponiéndose por su energía y tenacidad, consiguió calmarlo, no sin agotar los recursos de su lógica.

La situacion se le presentaba frente á frente con bravura, y Cárlos era hombre que podia quebrantarse un poco, pero doblar su cabeza, jamás.

—Esto es horrible, Beltran, me vuelvo loco—decia á cada momento,—dando grandes y precipitados paseos por su celda, que debia abandonar dentro de algunas horas.

—Grave es tu situacion, lo reconozco,—le contestaba Beltran Escobedo procurando calmarle,—pero no la considero desesperada, Rafal. Tienes talento, grandes condiciones, medios de relaciones en Madrid, multitud de recursos en tu edad y en

tu carácter, en fin... ¿qué quieres que te diga? Casi estoy por alegrarme de que las circunstancias te hayan colocado en la precision de seguir otra carrera.

—¡Otra carrera! ¿Qué has dicho?—contestó con el mayor espanto, como si esta palabra le recrudeciese el tormento de alguna idea tenaz que él procurara en vano desechar.—¡Otra carrera! ¿Pues no sabes, Beltran, que firmo la sentencia de muerte de mi madre?

—Acaso la convencieras, Cárlos.

—¡A mi madre en este punto!...

—Pues en otro caso firmas la tuya.

—¡La mia, la mia! Y áun cuando así fuera, Beltran,—añadió con exaltacion,—entre su vida y su madre, dime, ¿qué hijo vacila?

—Verdad. Pero óyeme, Cárlos—añadió despues de una pausa, como si hubiese encontrado nuevo asidero,—si tu madre supiera cuánto sufres.... quizá...

—No sigas, la mataría. Mi situacion, Beltran, es terrible, como la de un condenado á muerte que tiene la evidencia de que no hallará gracia. Conozco á mi madre, y te voy á decir con claridad la alternativa espantosa en que me colocaba, si yo intentase lo que me propones. Escúchame: Mi madre es una santa, pero sencilla señora, á quien, como á otras muchas en este desventurado país, ha extraviado en los primeros años de su educacion la perniciosa y oscurantista moral, de eso que han dado en llamar las prácticas de nuestros abuelos, y que no es otra cosa sino la mixtificacion más imprudentemente hipócrita de la pre-

ciosa doctrina del Crucificado. Piadosa y crédula, sencilla y confiada, jamás se le ha ocurrido meditar si el mundo marchó siempre de esta manera, ó si la moral tiene asientos más fundamentales que la autoridad de tal ó cual religion; y ha creido, como la mayor parte, que la palabra de un sacerdote condensaba las últimas conclusiones en esta materia por mandato expreso de Dios. La teoría del juramento de nuestros rancios teólogos; las ofrendas en propiciacion sobre materias y cosas que la sana razon proclama como inoferibles; las peregrinaciones expiatorias por la region de las penas, de las almas que mueren invindicadas, y otra multitud de engañadoras consejas, con las que se ha pretendido encadenar por una institucion gastada los nacientes entusiasmos de generaciones que presentian su mayor edad; todo eso vale, Beltran, para mi madre, y tú sabes muy bien que vale de igual manera para el número mayor de las mujeres en nuestra España, como un santuario inviolable de verdades que se hallan fuera de toda discusion. Pretender convencerlas en esto, es pretender encontrar la palanca de Arquímedes. No te oirán siquiera; más todavía, te compadecerán y hasta rogarán á Dios por tu alma extraviada. Diles que el juramento en esa forma, más que pacto con Dios, á quien suponen aceptando tan extravagantes delirios, es una apreciacion injuriosa que se hace de los atributos de la Divinidad, y se apartarán de tí con horror. Diles tambien que las ofrendas hechas sobre conciencia agena, son el producto de un robo con que pretenden aplacar los rigores de una justicia á que se han hecho acreedores por sus

propias culpas, y te contestarán que estás maldecido. Procura convencerles de que esas expiaciones de ultra-tumba computadas en absurda desproporcion por los méritos ó deméritos de los que quedan en esta vida, son un atentado sacrílego al atributo más hermoso de la justicia divina, y te dirán con profunda lástima que ya no existe remedio para tí. ¡Oh, querido amigo Beltran, es inútil, conozco un poco el terreno! Este es el verdadero campo de batalla: la mujer. Mientras no la emancipes, no emanciparás un país. Y que no se emancipa con facilidad, lo prueba más que nada, el hecho frecuente y ordinario de llevar un orador entusiasta la reforma al corazon de las muchedumbres y no poderla hacer en su casa.

—Tienes razon.

—Pues bien, amígo Escobedo; mi madre que es una de tantas en este terreno, podria ser vencida con un arma; pero yo no quiero esgrimirla ¿sabes cuál es? La del sentimiento. Ella es fanática por obcecacion; pues yo la haria fanática por sentimiento. Si mañana, pongo por ejemplo, la hiciese ver alguien, y esto es bien fácil, te lo aseguro, que su hijo iba á ser desgraciado por cumplir el juramento á su padre, óyeme bien Beltran: mi madre tendria la pena más infinita; sufriria (dado caso que lo resistiera) los más espantosos horrores que haya podido sufrir alma alguna, mas seria capaz de permitir la condenacion de mi padre, hasta la suya propia!... A la hoguera su marido; á la hoguera ella misma; á la hoguera toda una generacion. ¡Que se salve su hijo! Esa es mi madre. ¿Comprendes? ¿Me aconsejas todavía?...

—Confieso francamente, amigo Cárlos, que no tengo por el pronto nada que oponer... Quizás pensándolo.....

—¿Qué hora es, Beltran?—añadió de pronto como asaltado por un pensamiento súbito.

—Serán las seis.

—Pues no puedo perder tiempo. El correo llega mañana á las once á mi pueblo. Voy á tomar el primer tren. Tú te encargarás de hacer llegar á su destino la carta que voy á dejarte.

Y escribió en la misma celda lo siguiente:

«Adorada Adelaida mia: no te asustes ni te preocupes por lo que voy á decirte. Me han expulsado del colegio. No tengo tiempo para darte pormenores. El asuntò no afecta á mi honra. Salgo para mi pueblo en el acto, con objeto de llegar antes que el oficio notificando la expulsion á mi inocente madre, y parar el golpe. Intentaré allí por último nuestra salvacion con el ardor entusiasta del que te adora como yo. Mas, si no la consigo..... si no la consigo..... ¡que Dios tenga piedad de nosotros!

CÁRLOS.

En via esta carta á mi lavandera con un fámulo, valiéndote de cualquier pretesto. Beltran... me voy á escape á una casa de huéspedes.

Acto contínuo salió del seminario á donde no debia volver más. Ya sabemos por la doncella de Adelaida, por Margarita, que atravesaba la plaza con un caballero, que no era otro que Fernando Serantes.

Y hé aquí lo que hablaban al encontrar á Margarita.

—¿Y de quién sospechas que seria el aviso anónimo?—le preguntó Serantes.

—No lo sé; acaso de algun profesor que lo oyó en la Rectoral.

—¿Y el cuaderno te lo han devuelto

—Me lo llevó despues en un pliego cerrado el fámulo del Rector.

Cárlos habia hablado á Fernando de los asuntos contenidos en su manuscrito, pero no de las cartas de Adelaida, cuyas relaciones no se consideraba autorizado para revelar.

—En lo que no puedo estar de acuerdo contigo, es en que te debieras presentar en el salon de Grados despues de saberlo.

—Era preciso, Fernando. La expulsion se habria publicado en otro caso en el Boletin Eclesiástico de la diócesis y el escándalo hubiera sido mayor. Mas si te he de confesar la verdad, no era esto lo que más pesaba en mi ánimo: al fin les doy escasa importancia á todos los lectores del Boletin, que ya pueden pensar cuanto se les antoje. La verdadera razon estuvo en mi carácter. Te lo digo con ingenuidad: las injusticias de la vida me han amargado: lejos de empequeñecerme, cuando tropiezo con una de éstas, me sublevo y protestó con más energía. Dejar de concurrir á una lucha, donde me provoquen, es imposible.

—Sin embargo, en esta ocasion te batias con desventaja.

—Mi propósito, mi locura sí quieres, era decir ante todos la causa de la expulsion, y ver si lograba con tal procedimiento despertar un poco

aquellas inteligencias atrofiadas de los semi-salvajes seminaristas, que están educándose para perdicion de ellos y de la sociedad en que vivan mañana. Tú no sabes lo que es el Seminario y la influencia de lo que sale de allí un dia. Yo te referiria cosas curiosas. Pues como digo, ese era mi pensamiento; pero el fanatismo ciego del P. Martin, me enardeció y.....

—Dices que llegó D. Víctor.

—Que me salvó.

—¿Pues qué?.....

—Estaba loco en aquel instante y... habria matado al vice-rector. Y cuidado que al considerarlo sereno el asunto, y pensar en el P. Martin, veo claro que es éste más desgraciado que otra cosa. Ahora ya pasó, ya ves que estoy calmado, y no sé si hasta contento.

—Estas gentes son muy intolerantes.

—Y se perderán no lo dudes. En el siglo XVI eran un Erasmo de Rotterdam y un Lutero los que protestaban; en el siglo XIX será la sociedad entera la que se les vendrá encima.

—¡Qué audaces!

—En esto hacen bien. Ojalá hubieran comprendido á la época en otras cosas tan perfectamente. El débil amigo Fernando es triturado en esta civilizacion. El período que comenzamos es de educacion de voluntades, de caractéres.

—Cierto.

—Evidente. La exaltacion del sentimiento en Grecia produjo el arte; la educacion de la inteligencia en Roma formó los códigos; el despertar de uno y otro despues del largo sueño de la Edad feudal

y de la barbárie tormentosa de los siglos medios nos trajo el Renacimiento, mas por no haber tenido el auxilio de la voluntad, nos trajo á la vez el escolasticismo pedantesco de los siglos XIV y XV; y la Revolucion del espíritu humano y de las sociedades desde 1789 nos ha inaugurado el período de los caractéres. La epóca es de los hombres de coraje... Pero dejemos estas filosofías; voy á tomar el tren para mi pueblo con el objeto que te he dicho.

—Y yo voy á saludar á la familia de D. Víctor. ¿La tratas tú?

Cárlos se vió contrariado. En su carácter franco y leal, supuesta la amistad que le unia con Fernando, su amigo de antes, su tutor á pesar de ser jóven, le costaba trabajo callar la verdad; pero comprendió al momento que no le pertenecia el secreto.

—Poco—contestó con aparente indiferencia: he ido á comer dos ó tres domingos...

—Sí; ya sé que el Magistral invita en esos dias á los colegiales más distinguidos.

—Hay una especie de turno: cuando me ha correspondido he estado allí.

—¡Qué mujer tan hermosa y tan elegante es Adelaida!

—Es guapa.

—Guapísima; y sobre todo su inocencia y su talento. Yo... estoy *casi* enamorado perdido, y se lo voy á indicar á D. Víctor. Si me quisiera, pronto caeria!

Cárlos no pudo resistir más.

—Hasta la vuelta, Fernando—dijo separándose de

su amigo para ocultar su turbacion.—Vá á salir el tren.

Seguramente le hubiera dado cuenta de todo á Serantes, si la conversacion continúa. Le dolia que un amigo sufriese un desengaño por no habérselo avisado.

Cuando vuelva del pueblo se lo diré—añadió para sí.

—Que vuelvas pronto, porque hemos de ver qué camino emprendes.

XII

El Alcalde D. Bruno

El alcalde de Villapobril, pueblo natal de Cárlos, es uno de los muchos tipos que el caciquismo municipal en mal hora desarrollado por nuestras rebajadas contiendas políticas, ha venido á perpetuar como para entorpecimiento de nuestra regeneracion, y para castigo en el presente caso de los habitantes de Villapobril. Egoista y ambicioso, depravado é hipócrita á la par, considera en su *parda y labriega filosofía* la cosa más natural del mundo, servir á todas las situaciones políticas, bajo el pretexto de qué los pueblos necesitan antes que nada administracion; siempre tiene la habilidad de eliminarse oportunamente del campo de los vencidos. Enriquecido con la desamortizacion, que representa para él una série no interrumpida de fraudulentas y escandalosas depredaciones, por haber alcanzado con sus amaños que los bienes de aprovechamiento comun del pueblo excluidos, como se sabe, de la venta, se tor-

naran enagenables, dándoles carácter de propios, hace ya treinta años que no paga género alguno de contribucion; para lo cual se ha creado un sistema especial de amillarar la riqueza.

Pleitista, agitador incesante, servil eterno de los diversos diputados del distrito; recorre cuando le conviene, con una prodigiosa actividad la distancia que le separa de la capital de la provincia, ó se traslada á la córte, si los asuntos no pueden resolverse en aquella, y no descansa ni un segundo, haciendo humildes y denigrantes bajezas con su sistema de visitar siempre lo mismo á los que apoyó, que á los que haya combatido en elecciones, hasta conseguir la resolucion favorable del asunto que traiga entre manos, que por cierto nunca tiene nada de limpio. Esto no obsta para que á su vuelta al pueblo ponga como ropa de Pascua á los *pillos* señoritos que se comen en Madrid el sudor de los pueblos; y diga en pleno casino ó círculo de recreo de los labradores, que la verdadera pureza é inocencia está en las pequeñas ciudades. No referirá seguramente que alguno de estos *pillos* cortesanos, se escandalizó de la ímpudente moral del campesino, que viene á ser la de la mayor parte de estos regeneradores de cortijo y ovejas; pero sí continuará asistiendo á todas las ceremonias religiosas de la villa; comulgará el Jueves Santo con el cabildo municipal; gritará mucho en la plaza sobre lo exorbitante de los impuestos que no paga; recibirá y hospedará en su casa al Prelado y al Gobernador civil cuando se les ocurra ir al pueblo; dirá siempre «buenas tardes» con afabilidad á las sen-

cillas aldeanas que se enorgullecen al ver un señor tan llano, y continuará, sin embargo, prestando con mucha naturalidad, como un favor distinguido, al cuarenta por ciento sobre las mieses no recogidas, y procesando á su convecino por haberse quejado sin razon de que D. Bruno le arrebató tantas hectáreas de terreno, variando los linderos de su finca. Es verdad que el integro don Bruno puede decir á cambio de estas pequeñas menudencias que no ha sido procesado jamás, ni pidió cinco duros prestados: con lo cual ha de tener en buena lógica rural, patente de hombre de bien.

Ya conocemos, pues, á D. Bruno. Solo nos resta decir por lo que importa á nuestra narracion, que tenia un hijo estudiando en la Universidad de Granada, de quien solo recibia disgustos y pérdidas de curso, y que con tal motivo envidiaba cordialmente á su convecino Cárlos Rafal, porque éste era citado en el pueblo como modelo de estudiantes y de buenos hijos, y porque en las conversaciones que se suscitaban en el casino, se producia siempre con circunspeccion, con recto juicio y finura, lo cual hacia crispar los nervios á D. Bruno.

Apenas Cárlos hubo descansado algunos momentos, y tranquilizado del mejor modo que pudo á su querida madre, sobre la inexperada visita antes de terminar el curso académico, se encaminó con precipitacion á la morada de D. Bruno y solicitó de éste una entrevista á solas.

—¿Qué es esto, Carlitos? ¿Tú por aquí antes de Junio?—le dijo D. Bruno luego que se hubieron que-

dado solos, llamando á Rafal con este diminutivo en prueba de hipócrita cariño como acostumbraba.

—Circunstancias extraordinarias, señor D. Bruno.

—¿Qué es ello?—contestó éste afectando el mayor interés.

—Señor D. Bruno: voy á hablar á V. con la lealtad de un hombre de bien, que está persuadido de que se dirige á otro que lo es asímismo.

—Caramba, caramba, Carlillos, me ofenderias si lo dudases.

—No lo dudo; y prescindo de preámbulos. En el correo de hoy, amigo D. Bruno, recibirá V. un oficio del Rector ó vice-rector del Seminario de Gaudencia dándole cuenta de mi expulsion para que lo notifique á mi madre.

—¡De tu expulsion!—dijo D. Bruno con el mayor asombro, pero con la más satánica complacencia en su interior.

—Sí, de mi expulsion—añadió con triste severidad Cárlos—pero no me juzgue V. mal por eso. No hay nada en ello que empañe mi honra; son de otro género los motivos.

—Hombre, ya lo supongo. Tú eres un chico muy *modosito* y bien educado.

—Pues bien, D. Bruno: yo deseo de V. y se lo agradeceria con toda mi alma, que no diese cuenta á mi madre de esto; á los demás, le estimaria por el peligro de que llegase á ella, que lo callara por unos dias, si le parece bien; pero esto, en fin no me importa tanto. Lo de mi madre, sí.

—Pero Cárlos—dijo D. Bruno meditabundo al parecer y rascándose la oreja—me pides un imposible. ¡No dar cuenta de un oficio!

—Y si en ello no perjudica V. á nadie, sino que favorece por el contrario. Y además el Rector del Seminario no es una autoridad oficial para V. como lo es el Gobernador civil.

—El Rector, Cárlos, representa al Obispo.

—Tampoco el Obispo es autoridad oficial.

—Tienes razon en eso: no es mi superior gerárquico; pero ya ves: una autoridad católica, como yo, aun cuando no sea eclesiástica, daria pruebas de poco respeto hácia su Prelado... y esto, como comprendes.....

—Señor D. Bruno,—dijo Cárlos suplicante—ya conoce V. á mi madre; va V. á matar á la infeliz con la noticia: yo le ruego á V. por el amor que tiene á su hijo, por lo que más quiera en el mundo, que tenga compasion de una virtuosa anciana que es inocente de todo. En esto no tiene V. compromiso ni existe la obligacion que se pinta.

—No puedo Cárlos, no puedo: es mi deber de alcalde, cumplir lo que se me ordene. Créete que siento no poder servirte.

—Señor D. Bruno, por Dios,—volvió á repetir Cárlos cada vez más angustiado—por la memoria de su madre. Piense V. bien lo que es una madre.

—Imposible, Cárlos, imposible te vuelvo á decir.

Rafal parecia cada vez más atribulado. Insistió aún, cerca de D. Bruno con todas las razones que le sugeria su cariño filial, pero inútilmente. D. Bruno parecia inexorable.

Cuando se convenció de la ineficacia de sus esfuerzos, tomó otra actitud más severa y enérgica y dijo á D. Bruno con respetuosa y firme dignidad, pero en la que se traslucia un reconcentrado furor:

—Señor alcalde, va V. á cometer un atentado contra la más inocente de todas las mujeres. Que Dios se lo perdone; pero no olvide V. que esa mujer tiene un hijo.

Y salió de casa de D. Bruno con imponente actitud.

Dos horas despues de esta escena atravesaba don Bruno las calles del pueblo y decia con misteriosos ademanes á cuantos encontraba:

—Un triste deber, un triste deber; este es el oficio de alcalde que todos envidiais; Cárlos Rafal ha sido expulsado del colegio, pero no lo hagais público. Voy á preparar á la pobre doña Lucía, como me ordena el Obispo. A poco entraba en casa de la madre de Cárlos y saludaba á ésta con su sonrisita de siempre.

—¿Qué hay, señor D. Bruno?—dijo doña Lucía con el tono afectuoso que le era familiar.

—Ya ha visto V. que tenemos aquí á Cárlos, señora.

—Sí; viene á arreglar los papeles para las próximas Órdenes.

—¡Hum! Malo, malo. Cuánto siento.....

—¡Cómo, D. Bruno! ¿Qué siente V.? ¿Lleva á mal acaso que se ordene mi Cárlos?

—No, no es eso, doña Lucía. Es que..... Cárlos..... Cárlos..... caramba qué comisiones estas.

—Señor D. Bruno, señor D. Bruno—exclamó la infeliz anciana juntando las manos y en el colmo del mayor sobresalto,—¿qué le pasa á mi pobre Cárlos, al hijo de mis entrañas?

—No es gran cosa, porque al fin nadie se muere por esto.

La desventurada señora quiso balbucear algunas palabras, pero no le fué posible y comenzó á agitarse como presa de la convulsion de un epiléptico.

Cárlos se presentó entónces en la puerta de la habitacion con los ojos inyectados en sangre, contemplando como en arrobamiento caliginoso el cuadro que se ofrecia á su vista.

—Acaba de asesinarla, miserable—gritó rugiendo cavernosamente y queriendo devorar con la mirada á D. Bruno.

Éste se acobardó y dijo precipitadamente tomando el sombrero:

—Señora, han expulsado á Cárlos del colegio y yo he cumplido con mi deber.

La desdichada anciana cayó pesadamente sobre el pavimento al recibir golpe tan inesperado. Cárlos se precipitó con la rapidez del rayo sobre D. Bruno, é hirviente de fuego como la pantera que se lanza sobre su presa, lo asió del cuello con ferocidad y lo arrojó al suelo con una rabia infinita precipitándose acto contínuo sobre él.

El ruido que produjeron los muebles al derrumbarse, atrajo como por ensalmo á multitud de vecinos que olfateaban en la puerta presintiendo una escena perecida, y despues de incomparables esfuerzos, lograron separar al magullado alcalde de entre las garras de Cárlos que le tenia ya casi extrangulado. Lo llevaron á su casa en una camilla, colocaron en el lecho otras vecinas caritativas á la infeliz doña Lucía que permanecia aún sin sentido, y Cárlos fué conducido al mismo tiempo á la cárcel del pueblo por el jefe del destacamento de la guardia civil que habia sido avisado.

XIII

Las primeras lágrimas.

Al dia siguiente de los sucesos narrados en el anterior capítulo, se supo en Gaudencia, divulgándose en el acto por toda la ciudad, que el alcalde de Villapobril, perteneciente ésta al distrito judicial de aquella, habia sido víctima de un atentado incalificable en el ejercicio de sus funciones; que el autor de tal atropello era un seminarista expulsado hacia dos dias, de San Gervasio, y que el reo estaba preso é incomunicado en la cárcel.

Inútil es pintar el sentimiento que produjo entre casi todos los colegiales de San Gervasio noticia tan inesperada. Beltran y Eduardo sobre todo, se hallaban inconsolables. D. Víctor y Fernando Serantes que lo supieron tambien por la voz pública, comenzaron, cada cual en su terreno, y con la circunspeccion debida, á practicar cuantas diligencias les sugeria su cariño al jóven Cárlos, para ir preparando, ya que no fuese dado otra cosa, el ánimo de los jueces á una calífica-

cion benévola. Solo Adelaida ignoraba todavía la desgracia de su infortunado amante, cuando entró en el gabinete que ocupaba aquella á la sazon, su doncella Margarita, la cual venia llorosa y atribulada.

—¿Qué tienes, Margarita? ¿Qué te ha ocurrido?—le dijo Adelaida con cariñosa solicitud.

—¡Ay señorita de mi alma no se asuste V. por Dios; pero es una infamia muy grande, si señor; es una picardía!

—Margarita, Margarita—exclamó Adelaida toda sobresaltada—¿Por qué me habia de asustar? ¿Qué ocurre? Habla pronto: que la duda me hace sufrír más que cualquiera desgracia.

—Pues mire V.—dijo la doncella sollozando, porque tenia en efecto una verdadera pena—acabo de oir en la tienda al escribiente de D. Fulgencio el escribano, que el señorito Cárlos está preso en su pueblo porque ha pegado al alcalde de allí.

El semblante de Adelaida se cubrió de una mortal palidez y se levantó de repente como empujada por una violenta impulsion, saliendo apresuradamente de la estancia. Magarita al ver ésto temió con fundamento haber dado la noticia con demasiada crudeza, y se precipitó á seguir á su señorita á quien halló algunos instantes después en la habitacion de doña Teresa con el rostro oculto entre las manos, apoyada la cabeza en el pecho de su madre, y llorando con el mayor desconsuelo.

—Adelaida, vamos, hija mia: serénate por Dios; ya veremos lo que se ha de hacer,—le decia á

cada momento doña Teresa que tenia tambien arrasados sus ojos en lágrimas.

—Señorita, señorita Adelaida—exclamaba al mismo tiempo la pobre criada que no se perdonaba haber dado este golpe:—el mismo escribiente me dijo con referencia á D. Fulgencio que la cosa era muy leve.

En esto mentia la caritativa doncella por consolar á su atribulada señora. La cosa se presentaba realmente grave, por haberlo ya calificado el escribano D. Fulgencio de «atentado contra la autoridad en el ejercicio de sus funciones, y conato frustrado de homicidio.» Y ya sabemos que en este país y en tales materias, la calificacion de un escribano, es respetabilísima por muchos conceptos.

Adelaida continuaba sollozando, y en la misma posicion que decimos antes, rodeada de su madre y de la doncella, y momentos despues de su tio Víctor, que conociendo á su sobrina habia venido con apresuramiento á prevenir lo que temia.

Los consuelos de todos y el desahogo que habia tenido su corazon con las lágrimas vertidas, lograron al fin serenar un poco á la angustiada niña, que enjugando sus ojos y revistiéndose por instantes de una serenidad y firmeza de espíritu de que no se la hubiera creido capaz, dijo por fin como si se dirigiera á sí misma por resultado de alguna meditacion.

—Ya no lloraré más. Ahora sabrá si le quiero.

Y fué ella misma á consolar á su madre y á dar un beso en la frente á su tio Víctor.

—¡Pobre Adelaida mia!—murmuró éste con profunda pena.

—Dime, tio:—preguntó como sobreponiéndose á su dolor y enjugándose los ojos,—¿por qué has expulsado á Cárlos?

—Hija mia, ya te he dicho que no he sido yo: fué una intolerancia del P. Martin.

—¿Y tu autoridad no es mayor que la suya?

—Cada cual tiene sus atribuciones.

—Bien; pero si tú no hubieses querido no le habrian expulsado.

—¿Deseabas, acaso, que siguiera en el colegio?

—No; pero queria que hubiese salido por su voluntad.

—Quizás no lo hubiera hecho nunca de ese modo.

—¿Y al P. Martin, qué le importaba?

—En fin, hija mia, ha sido un acto necesario.

—¿Necesario?

—Sí.

—¿Es un hombre malo Cárlos?

—No, pero..... tú no entiendes de estas cosas.

—No, no, dime por qué ha salido del colegio Cárlos.

—Te lo diré, ya que tanto empeño tienes.—Parece que Rafal medita mucho sobre las cosas de la religion.

—¿Y bien qué, no estudian allí precisamente para eso?

—Con este motivo escribe algunas veces sus pensamientos y va formando un cuaderno. El padre Martin lo ha cogido y encuentra en su lectura que Rafal no tiene firmes ciertas creencias.

—¿Y porque medita lo expulsan? Entónces que premien á los tontos.

—Porque estudia precisamente, no; porque duda, y parece que no está conforme con algo de lo que manda la Iglesia.

—¿Pero en qué?

—Siempre se debe creer lo que la Iglesia enseña.

—¿Entónces, para qué me dices que no es malo Cárlos?

—Inmoral no lo es.

—Pues siendo su conducta moral buena ¿cómo es que es malo?

Don Víctor se veia más apurado con la teología inocente de su sobrina, que con todos los teólogos del Sínodo diocesano.

—Hay cosas de religion—dijo por fin para salir del paso—que no pueden tolerarse en los Seminarios.

—No me convences, tio; ¿has leido tú ese cuaderno?

—Era forzoso que lo hiciera.

—¿Y te pareció que lo escrito allí merecia una expulsion?

El Magistral perdia terreno, y se decidió á cortar por lo sano, segun se dice vulgarmente. Comprendió que despertaria en otro caso dudas amargas en su sobrina.

—Tienes juicio y se te pueden decir ciertas cosas.

Cárlos Rafal me parece un jóven decente; moral y honrado; pero es á la vez un hombre de talento y no se decide, ó no puede creer, así, de plano, ciertas cosas si antes no las ha meditado; esta clase de meditaciones, como es natural, le

lleva muchas veces á dudar y hasta á negar aquello con que no está conforme, sin perjuicio de afirmar despues lo mismo que dudaba, tal vez porque lo haya visto mejor. Pues bien; como estas dudas y negaciones no estan permitidas en los Seminarios y el P. Martin es fanático, no debes extrañarte que de un acto, que en sociedad no rebaja á ningun hombre, se haga motivo para una expulsion en el Colegio.

—De modo que en el Colegio teneis otra moral distinta que en el mundo.

—Los reglamentos son más estrechos.

—Ya he comprendido bien todo, y solo quiero hacerte una pregunta.

—¿Cual?

—¿Dudar de algunas cosas de la Religion en el Colegio ó fuera de él es inmoral?

—Inmoral, no; porque la duda, como tal, viene al espíritu independientemente de la voluntad; pero debe pedirse á Dios que nos ilumine y que la desechemos.

—¿Y sí pidiéndolo, no se consigue?

—Entonces...

—¿Se condena uno por eso?

—Ni la misma Iglesia se ha atrevido á decir que sí.

—De modo que siendo uno digno y honrado se debe estar tranquilo?

—Sí; pero te diré una última palabra: las creencias de Religion, especialmente en la parte moral, es muy peligroso arrancarlas de ciertas gentes, porque piensan entonces que ya se concluyeron las obligaciones de conciencia. Por esto yo que

no he querido nunca educarte fanática y supersticiosa, ni rodearte de escrúpulos que te hiciesen ver á cada instante la condenacion eterna, te ruego asímismo que no hagas gala de irreligiosa, porque esto da mala idea de la mujer. En una palabra: casta y virtuosa, sin ser fanática ni *beata* como suele decirse.

—Pues ahí tienes los curas de las congregaciones que por cualquier cosa nos dicen que vamos á condenarnos.

—Con lo cual, están haciendo un daño inmenso; porque ó consiguen que las gentes en fuerza de escrúpulos lleguen á escandalizarse de todo, ó fuerzan á las conciencias con este error, á que los actos más pequeños, pero los más íntimos de la vida, se lleven á consulta del sacerdote, con cuyo sistema no hay sociedad posible ni tranquilidad en las familias.

—No queria saber más tio; ahora me importa lo de Cárlos ¿Trabajarás tú por él, verdad?

—Haré lo que pueda, hija mia. ¿Tanto le quieres?

Adelaida se ruborizó y dijo á media voz.

—No me casaré con otro.

—Cuando pienso que me has tenido ocultas estas cosas...

—Perdóname, tio, pero ya te lo iba á decir. Y además no ha sido mia la culpa.

—Lo que no me explico es el principio de esto; pues si bien es verdad que Rafal ha estado dos ó tres veces aquí, ha sido á mi presencia y...

—Yo te lo contaré. Por ahí comenzó.

—Supongo por tanto que estaba ya en el Colegio.

—Sí; y por esto le he conocido. Como acostumbras á distinguir á los colegiales de mejor conducta, invitándoles á comer en casa el domingo, que es el dia que nos dedicas entero...

—De lejos lo tomas—apuntó doña Teresa.

—Pues bien, has de saber asímismo que pasaban tan inadvertidos para mí los seminaristas de San Gervasio, y consideraba tan imposible que mujer alguna pudiese enamorarse de aquellas inexpresivas figuras, que sólo por complacerte me esforzaba algunas veces en estar obsequiosa con ellos, y en no reirme de la multitud de simplezas que se les ocurria á estos séres tímidos. ¿Recuerdas bien? ¡Qué atolondramiento de maneras! ¡Qué turbacion de lenguaje! ¡Qué pobreza en todo! Por esto te hice observar en muchas ocasiones, que era castigo, en realidad, más bien que premio para los del colegio, aquella distincion. Tú me contestabas que lo reconocias así, pero que era el único medio de ir corrigiendo poco á poco lo defectuoso de la educacion claustral y de acostumbrarlos al trato de gentes. Concluí por tomar como diversion la comida del domingo.

Adelaida se detuvo algunos instantes.

—Acaso Dios nos haya castigado—dijo doña Teresa pensativa.

—No seas supersticiosa, mamá; nosotras no hemos cometido accion alguna reprensible ¿verdad tio?

—Hasta ahora, en eso, nó; continúa.

—Pues bien; en una de estas veces le tocó sin duda á Cárlos. ¿Para qué he de entrar en detalles? Su sola presencia, la desenvoltura y distincion de sus modales y esa... manera...

—Sí, esa audacia valiente, sin ser procaz, que tiene en sus expresivas miradas...

—Cierto, eso es: te confieso que me emocionó de un modo extraordinario; jamás habia sentido cosa parecida. Yo fuí la turbada en esta ocasion y él quizás haria el papel que me habia correspondido con sus compañeros en otros dias. ¿Recuerdas lo bien que habló durante la comida?

—Rafal es muy culto y fácil en su lenguaje.

—Tú le preguntabas sobre la vida de Madrid, sobre sus viajes, sobre cosas de Literatura. ¿Ves cómo me acuerdo á pesar de haber trascurrido, muchos meses?

—Verdad; y luego hablamos de la mujer y de la influencia de su educacion en nuestra sociedad...

—Por cierto que estuvo oportuno para que dos ó tres veces entrara yo en la conversacion, y me dirigia miradas que me turbaban más y más. ¡Es una figura tan simpática! La segunda vez le encontramos en la Alameda; al contrario, de sus compañeros que evitaban el saludo por cortedad, se apresuró á acercarse á nosotras y estuvo finísimo. ¿Te acuerdas, mamá?

—Sí.

—Sin embargo, aquel dia noté ménos expansion en él.

—Estuvo más retraido—añadió doña Teresa.

—¿Y fué en el paseo donde continuásteis viéndole?—preguntó D. Víctor.

—En el paseo por mucho tiempo, sí; pero observaba yo cierta violencia para acercarse á nosotras; una voz secreta, una cosa que no puedo

explicarte, me decia, no obstante, que Cárlos estaba interesado por mí como yo por él.

—¡Ójala no le hubieras vuelto á ver entonces!—dijo la infeliz doña Teresa.

—Mamá, por Dios, te pones algunas veces insufrible.

—Continúa, Adelaida,—repuso D. Víctor.

—Despues terminó el curso y vino á casa para despedirse de nosotras. Observé que estaba muy triste y muy demudado; le pregunté si se ordenaria pronto y varió de semblante; dijo que no lo sabia; despues le pregunté tambien si tenia mucha vocacion por la carrera, y me contestó francamente que ninguna; pero, que razones de familia le habian obligado á abandonar la de Derecho que tenia concluida y seguir la eclesiástica.

—¿Conoces tú esas razones?—preguntó D. Víctor.

—En parte sólo: fué un ruego de su padre al morir...

—¿Y qué sucedió luego?

—Luego..... nada por entonces. Se despidió muy triste y yo me quedé lo mismo.

—No sé cómo tú tan perspicaz no lo notaste, hermano.

—A los dos meses fuimos á Aragon, como sabes, á los baños. Yo no pensaba más que en él, tio; no quiero ocultártelo. Estaba aburridísima allí. El dia anterior á nuestra salida, llegó con su madre. ¡Si vieras qué cambiado! Parecia que habia salido de una enfermedad: tuve la debilidad de rogar á mamá que nos quedáramos cuatro ó seis dias. Se ofreció á acompañarnos por las tardes en el paseo que dábamos á los alrededores, porque ya

los conocia él de otros años. La primer tarde estuvimos violentos los dos: apénas hablamos.

—Pero eso duró poco—deslizó doña Teresa.

—La segunda nos sucedió casi lo mismo. Pasaron tres sin vernos, enviándonos en tanto un recado para que le dispensásemos, porque estaba algo mal, y el médico le habia prescrito reposo. ¡Cuánto sufrí en estos tres dias! para mayor molestia se obstinó en seguirme á todas partes un jóven de Zaragoza, que nos presentó la señora del Director, y que no ocultaba el interés que sentia por mí; tanto se significó, que todos los bañistas comenzaron á suponerle en amores conmigo, y rogué á mamá que apresuráramos el viaje. La mañana del dia en que debíamos salir, paseábamos por el jardin del Establecimiento en compañía del de Zaragoza, cuando vimos asomar por la misma calle de árboles, pero en direccion contraria, á Cárlos que llevaba del brazo á su madre. Se aproximó saludándonos con su finura habitual y en un momento en que mamá hablaba con la suya, y el de Zaragoza saludaba á otras señoras que pasaban, me dió una ligera broma con el jóven aragonés, pues tambien habia llegado la cosa á su noticia. Se lo negué en absoluto, porque era ¡claro! la verdad; y hasta le dije que me era antipático. Al saber por mí que nos veniamos, se puso más pálido de lo que estaba, y vaciló como si tratara de resolver algo. Así permaneció unos instantes. De pronto me pidió permiso para entregarme una carta... que yo... le admití, y se retiró con su madre. Era su declaracion. ¡Ya lo sabes todo!

—Está bien, hija mia; pero es el caso que yo á mi vez debo referirte que hay otra persona, quien, como el de Zaragoza, se empeña en que le has de querer.

—¿Otra persona?—preguntó Adelaida.

—¿Quién?—replicó doña Teresa.

—Otro adorador, del cual ya hablaremos cuando sea llegada la ocasion.

—Ahora, exclamó con curiosidad, mejor que con interés, Adelaida.

—Es la hora de mis ocupaciones en el Seminario, contestó D. Víctor consultando el reloj.

—No, no, dí quien es...

—¡Qué inocente eres! Si ha sido una broma para poneros en cuidado.

Don Víctor no decia la verdad al pronunciar estas palabras; pero de otro modo no habria podido escapar, hasta contar todo lo que habia sospechado y aún averiguado de las pretensiones de Serante.

XIV

Dos nuevos personajes.

En uno de los departamentos interiores de la Catedral de Gaudencia, sostenian, despues de haber terminado las horas canónicas, un diálogo de bastante animacion dos personajes que aún no conocemos: el uno eclesiástico, el otro seglar, y éste recien llegado de Madrid, donde ocupaba la jefatura de uno de nuestros partidos políticos. El primero era conocido por el nombre de padre Déspi. El segundo se llamaba D. Prudencio. El P. Déspi, es hombre como de cincuenta años, de elegantes maneras y culto decir. La galanura de su lenguaje, la viveza y expresion que suele dar instintivamente á su mirada, aquella eterna sonrisita de amabilidad que parece estar provocando la solicitud de un favor para apresurarse á concederlo, y la facilidad con que desarrolla y defiende las proposiciones más atrevidas de Teología y de Moral, son causa, sin duda, de que sus amigos le distingan con el singular mote de

«el Volteriano Déspi.» De su vocabulario, segun cuentan, está borrada la palabra «no» porque nunca en sus diversas relaciones la usa con persona alguna. Todo le parece bien; á todos contesta con su riente dulzura; jamás se le ha visto modelar su semblante de distinto modo; de nada se escandaliza, ninguno le ha visto contrariado; y es, en suma, hombre tan benevolente al parecer, que el canónigo arcediano, uno de los primeros admiradores de la mansa constitucion del buen padre, le llama con gracejo el presbítero *Don Amen*. Su acento italiano que no ha podido borrar enteramente el largo tiempo que lleva en España, y la ancha cinta negra que se ve ceñida á su sotana, acusan su filiacion natural y religiosa á un mismo tiempo, por ser la cinta como es sabido, distintivo de los individuos de la Compañía de Jesús.

El P. Déspi debe ocupar una elevada gerarquía en la Órden, porque todos le tributan el más deferente respecto, y él recibe, como sin advetirlo, el homenaje.

Don Prudencio tendrá 64 años. Las líneas de su rostro son duras, y él no hace mucho por suavizarlas; toda su expresion, sus actitudes y su conducta acusan un excepticismo profundo. Parece la antítesis del P. Déspi, y sin embargo, se muestran como dos grandes amigos.

—¿Tanto dice V. que vale ese jóven seminarista?—preguntaba D. Prudencio.

—*Molto*, mucho, caro D. Prudencio; seria una gran adquisicion. La Compañía le convierte en poco tiempo en fino diamante. Y sepa V. que su

cuaderno contiene unos pensamientos tan atrevidos como profundos. Seria un endemoniado racionalista que nos daría ruido.

—Y la intencion que revela en el tal cuaderno de escribir una historia de la Compañía, no me parece nada inocente.

—¡Ah, *diávolo*! ya lo creo. Hay que traerle al santo servicio.

—¡Tenga V. confianza en los Seminarios!

—Todo está picado.

—Y eso que en éste tenemos al intolerante fray Martin.

—A quien por cierto me ha costado gran trabajo arrancar el cuaderno.

—¿No quería darlo?

—Presentaba algunas dificultades despues de habérmelo denunciado, y tuve que mostrarle una órden superior...

—¿Y V. tiene ya el plan?

—¿Habia de estar sin él, querido señor?

—Sin embargo, el jóven Rafal parece tener carácter; y las impresiones que revela en su cuaderno, son de un hombre intensamente enamorado: ya nos encontramos con dos graves dificultades.

—¡Cómo se vá V. contagiando de la falta fé!

—Falta de fé precisamente, no; pero al cabo no somos omnipotentes.

—¿Pues no hemos de serlo *carísimo* señor? Con el auxilio divino se alcanza lo que se desea: éxito seguro.

—Es terrible, verdaderamente—murmuró D. Prudencio.

—¿Qué es lo terrible?

—Que los enemigos de la Iglesia nos obliguen...

—Es la ley de las batallas: sin víctimas no hay triunfos.

—Es terrible, repitió.

—Terrible, sí, pero necesario.

—Y todo cuesta, y cuesta.....

—Indudablemente. La historia de la Compañia, señor D. Prudencio, es una série de triunfos comprados muchas veces á precios exorbitantes. Y sólo así, á poco que V. reflexione, comprenderá que hayamos podido resistir por espacio de tres siglos las terminantes protestas de la opinion, extraviada por la malevolencia envidiosa de cláustros tan poderosos como la Sorbona y Salamanca; la oposicion furiosa algunas veces de reyes como Enrique IV de Francia, Cárlos III de España y otros que habian jurado el exterminio de la Sociedad; las insidiosas maquinaciones de las otras Órdenes religiosas, especialmente los Dominicos y Agustinos que denunciaban cada dia á la Silla Apostólica proposiciones de nuestros más distinguidos teólogos; la hostilidad mal disimulada de Pontífices, que no comprendieron sus intereses; la sorda oposicion del clero seglar; las intrigas de los cortesanos y un infinito catálogo, en suma, que casi nos daria derecho á decir, con tanta razon como los expositores sagrados, que los orígenes de la Compañia son *divinos* y constituyen un motivo de credibilidad como los de igual naturaleza en la religion.

Don Prudencio sonrió é hizo un gesto como de dudar lo que escuchaba.

—Hoy mismo no se concibe la virilidad de la Compañía sin atribuirlo á milagro. ¿A quién tenemos de nuestra parte? ¿A los de arriba? No. ¿A los de abajo? Tampoco. ¿A las corrientes de la época? Mucho ménos. ¿Al clero? No nos puede ver. ¿A las órdenes que se van restaurando? Nos ódian con toda cordialidad. ¿A la opinion que llaman ilustrada? Es por cierto la que ocupa el puesto de vanguardia en el ataque. ¿A la opinion embrutecida de las muchedumbres? Hace coro con la otra. ¿A quién, pues, dígame usted?

—A la mujer, P. Déspi, á la mujer, que viene retrasada en su educacion tres siglos; á la mesocracia volteriana y conservadora que explota utilitariamente y con éxito admirable las inmensas dificultades de un período de civilizacion que está en la infancia; no se ria V.—añadió cariñosamente al notar una leve sonrisa en el jesuita;—pues qué ¿no vé V. acaso los caractéres distintivos de este período, y la razon natural, perfectamente natural, de esta aparente confusion de doctrinas y de teorías que han venido á poner en tela de juicio las verdades más fundamentales de Religion, de Moral, y de que nosotros sacamos partido, como castigo de Dios á una generacion por haber abandonado sus principios católicos? Medite V. en lo naturales que son estas tremendas sacudidas de una Moral que rompe el envoltorio codificador y oprimente, digámoslo así, del derecho canónico y el dogma preceptivo, donde hasta ahora habia estado sepultada, para tomar su desenvolvimiento ulterior en la más ancha

region de la conciencia humana y comprenderá que esto no es obra de un dia.

—¡Harto he meditado!

—Medite V. tambien, como preliminar, en la contradicion que ofrece el espectáculo de generaciones que han despertado súbitamente con un desarrollo más exuberante de vida individual, y que se encuentran sin embargo con una exagerada inarmonía en su vida social, que no puede marchar á pasos iguales con la primera. Pues tampoco es obra del diablo ni castigo providencial el antagonismo de Autoridad y Libertad, de Democracia y de Órden que nosotros señalamos á cada paso al liberalismo.

—En fin, sobre todo esto ya discutiremos... el tema es ámplio.

—Decia que á la mujer, á los partidos medios que nos necesitan, pero que nos aborrecen, y á las dificultades de que he hecho mencion, se deben en primer término esos triunfos de pretendido orígen *divino*.

—Pero bien, Sr. D. Prudencio—contestó el jesuita al punto—sin que yo le niegue á V. que existe mucha verdad en el fondo de sus afirmaciones, usted tambien á la vez me habrá de conceder que nuestros triunfos se deben á la excelencia de nuestros procedimientos y principios.

—¡Principios, principios!—replicó aquél.—Eso es lo que dudo: creo que no tienen ningunos, ó mejor dicho, creo que los tienen todos.

—Es verdad, mucha verdad—exclamó el jesuita con entusiasmo. Esa es nuestra divisa. «Todo tiene algo bueno.» Por esto no rechazamos nada: To-

dos los hombres nos sirven, hasta los fanáticos, todos—añadió riendo—menos los místicos, los escrupulosos. Estos últimos no tienen cura. Por esto de igual modo ve V. que perseguimos algunas veces nuestros fines por los mismos caminos que nuestros enemigos, que al considerar entusiasmados, pero seducidos en el fondo, que se va derechamente á su triunfo, no dudan en prestarnos su apoyo; al fin de la jornada, salen aturdidos: la bola que debia parecer negra se ha convertido en blanca. Ahora surgen en mi memoria entre otros muchos episodios el de la exaltacion del actual Pontífice, Pío IX, que fué uno de estos célebres fenómenos. Recordará V. las peripecias variadas y complejas de aquella eleccion. Se disputaban la influencia política en Europa la ultramontana Austria por medio de su príncipe Metternich. y la córte del volterianismo orleanista, Francia, por su travieso y asaz osado, Mr. Guizot. Que la Compañía estaba interesada por la primera, no hay que decirlo. Habia, sin embargo, de apoyar su candidato especial ántes que el de Austria, así como habia de rechazar en absoluto el que presentase Francia, de quien por entonces al ménos, nada bueno podiamos prometernos. Por una combinacion extraña á las circunstancias, ó por exceso de precauciones, ó por haber llegado demasiado tarde al cónclave los Cardenales legados extrangeros que traían el secreto de sus Córtes, la diplomacia acreditada en Roma á la sazón, jugó un papel secundario, á pesar del maquiavelismo del célebre Rossi, ministro de Francia, que sin instrucciones y todo, nos hacia pasar tribulaciones

amargas con su política y con el Cardenal hácia quien mostraba predileccion. Quedamos, pues, como digo, sin la influencia directa de la diplomacia, y en aptitud, por consiguiente, de hacer jugar nuestras fuerzas en el terreno puramente cardenalicio. Pero áun aquí, no dejaban de ofrecérsenos dificultades. El Cardenal Bernetti, hombre de gran prestigio en el Sacro Colegio, ilustrado, mucho más de lo que nos convenia, con una idea perfecta de su tiempo, y de los diversos intereses que se ventilaban en Europa, casi libre-pensador y antiguo secretario de Estado,—se nos habia puesto enfrente. Era realmente temible y procedimos á eliminarlo, haciendo prevalecer en el cónclave la teoría de «que no se puede ser Papa dos veces», y germinando á la vez en el espíritu apocado de los Cardenales, el peligro de que Austria y Francia interpusieran su veto. Mas al dejar fuera de combate á Bernetti, excluimos de igual modo á Lambruschini, que en último caso hubiera podido convenirnos; pero que acababa tambien de ser ministro con Gregorio XVI y se hallaba incluido en la excepcion. Hubimos por tanto de volver los ojos hácia un Cardenal que sin estar significado como afecto á la Compañía, no lo estuviese tampoco con ninguna de las otras Órdenes religiosas, nuestras eternas rivales, y llegamos á alcanzar que fueran considerados como no elegibles los candidatos de procedencia regular. Segundo triunfo por nuestros procedimientos, áun cuando éste asímismo nos obligaba á inutilizar á varios de nuestros afiliados. Es verdad que ellos lo estaban por su demasiada significacion hácia nosotros.

No pensamos, pues, ni un momento, en Falconieri, Patrizzi, De Angelis, Altieri, Soglia y otros varios, que se habian puesto en exagerada evidencia por sus opiniones ultramontanas recalcitrantes, y nos vimos obligados, siguiendo siempre nuestra táctica, á volver los ojos á los bien escasos ya para nuestros intereses, y que se habrian reducido á Gizzi, Amat, Mastai y otros dos ó tres sin tendencia determinada.

—Sí, sí, recuerdo. ¿Pero qué me quiere V. demostrar? Que entonces influyeron V. V., y á la larga triunfaron por haber echado mano á toda clase de elementos? Pues para el caso presente, lo que le aconsejo es que para dominar...

—¡Oh, oh, dominar.!...

—Bueno, para influir, al menos, en esta Diócesis, que parece ser la mision que le está confiada...

—¡Mision evangélica!

—No eche mano de todo lo que valga, sino de todo aquello que sea arma segura.

—Ese chico puede ser seguro, sabiéndolo atraer, y tiene un prestigio..... que ni el de VV. los representantes, Senadores y diputados...

—No se trata de eso.

—Yo no lo digo por V.

—Lo supongo, mi influjo, el influjo de todas las clases conservadoras, lo tiene V. en su mano, aquí.

—Sí, pero necesito gente batalladora y activa y no gente que da su adhesion pasiva y su dinero. Esto no basta. Por eso me fijo en todos los jóvenes que valen y son una esperanza. Hay que

atraerlos. Tengo cierto recelo además por esos cultos disidentes que una libertad revolucionaria...

—Ríase V. de las capillas evangélicas y de los pastores sin ovejas. En España, amigo mio, créalo, el que deja de ser católico no es nada. La reforma va más lenta, pero me da más miedo, porque va más en firme. Tema V. á los racionalistas de todos colores que salen de la Universidad y van á plantar sus estandartes en los Ateneos ó en las Cátedras, ó á los políticos emancipados en Religion que arrastran un partido por igual camino, y no dé V. importancia á los otros cultos. Además, ya me ha oido V. en otra ocasion lo que yo pienso sobre la pobre virtualidad de las religiones positivas, que pretendiendo un orígen divino, espantoso error de la reforma en el siglo XVI, proclaman como base de su estabilidad y desarrollo el libre exámen. Absurdo, absurdo,—añadió con entusiasmo—revelacion y libre exámen se rechazan: en esto el catolicismo les dará siempre la batalla con ventaja. La revelacion divina es sinónimo de infabilidad en el jefe de una religion. Desde el momento en que no se haga ésto, queda al nivel de una institucion cualquiera y está arrollada más tarde ó más temprano. Las sectas disidentes, pues, nos darán fuerza en vez de quitárnosla y en este concepto son mejores para nosotros estos gobiernos volterianos, de tolerancia á medias, que lo seria uno de intransigencia absoluta, ya que no contemos con la absoluta libertad, que es precisamente lo que nos conviene hoy por hoy.

—Asi piensan algunos, pero es grave.

—¡Y asi pensarán todos los que se paren un poco á reflexionar en sério sobre nuestros intereses! ¿Usted sabe la influencia que nos daria el derecho de presentar, es decir, el derecho de presentar recogido ya por nosotros, para las sillas Episcopales y demás piezas eclesiásticas; el derecho de administrar los beneficios espirituales sin limitacion de ninguna especie; el de reglamentar, digámoslo así, la forma externa de los Sacramentos, el de no ser intervenidos con leyes civiles en las cargas de piedad que todavía pesan sobre muchos bienes, áun cuando hiciera bastante la desamortizacion en ese camino; el de monopolizar la parte espiritual de nuestros cementerios que, áun secularizados, tendrian siempre la inspeccion supersticiosa de las conciencias; el de... pero á qué me canso? diez mil ventajas más que no tenemos hoy. Fíjese en el derecho de llorar que íbamos á tener perfectísimo en semejantes circunstancias.

—Créame V., para hacer esa política ó la mia, no discutamos, para toda política de *dominio* social que V. llamaría, de influencia *santa* que diría yo, necesitamos en cada diócesis algunos hombres como Rafal... Para todo, para la libertad de predicacion en púlpitos y fuera, para el confesonario, para nuestros Seminarios que es preciso montar como nos agrade, y no como por desgracia, está éste de Gaudencia.....

—Mas todo eso,—objetó D. Prudencio,—se necesitan hoy por hoy dos cosas muy difíciles: que se halle en libertad ese hombre, y que pueda ordenarse luego, supuesta ya la expulsion y un proceso por lesiones.

—Las dos cosas son muy sencillas. ¡Si todo se consiguiera con esto! Más temo yo de los obstáculos que él presente para volver á la carrera.

—¿Pues no me dijo V. que sus circunstancias especiales le obligaban?

—¿Y era verdad antes de la expulsion?—dijo el padre Déspi,—pero como ya ésta se ha realizado por el fanatismo y necedad de fray Martin que habria sospechado, de mí, si yo intentaba detenerle en su camino... ¡Maldito fanático! ¡Si no fuese por los servicios que nos presta en otras cosas con ese mismo fanatismo!... En fin, ya hay que tomarlo como está. Pues bien, como iba diciendo, antes de la expulsion, Rafal, que es un temperamento ígneo, y que está loco por esa Adelaida, pero que á la vez no tendria fuerzas por nada del mundo para dar un disgusto á su madre, se hallaba sin pretexto para dejar la carrera. Hoy, por el contrario, le tiene, y si hace algunas gestiones para dar una última satisfacion á su conciencia y una razon de buen deseo ante su madre, serán muy débiles.

—Comprendo, comprendo—exclamó D. Prudencio,—¿V intenta allanarle el camino cuando llegue esa gestion?

—Si; pero no es eso todo; Rafal, no vuelve de buen grado mientras esa mujer le quiera. Él tiene talento y discurrirá medios para entretener á su madre con la esperanza de que se ordenará, y temo que no lo haga nunca. Es preciso precipitarlo quitándole la causa.

—¿Y cómo?—preguntó D. Prudencio pensativo.

—Casando á ella con otro.

—¡Oh! pero esto no es posible. Esa jóven demuestra estar enamorada.

—No tenga V. cuidado por eso. El P. Déspi ha hecho cosas más difíciles: nos encargaremos de ello.

—Bravo, bravo—si salen bien las cosas.

—Éxito seguro—contestó con aplomo—donde está la Compañía sale todo bien; y donde interviene mi humilde persona, se marcha con la exactitud de un cronómetro inglés. Hasta mañana.

Y se despidieron, saliendo cada uno por distinta puerta de la catedral.

XV

En la cárcel

Han trascurrido algunos dias. Cárlos Rafal ha sido trasladado de la cárcel de su pueblo á la de Gaudencia, cabeza de partido judicial, á donde pertenece Villapobril.

Inútiles han sido hasta ahora todos los esfuerzos de Fernando Serante y de su amigo D. Víctor, para despojar un poco el malhadado negocio de D. Bruno de la gravísima entidad que revestia. La familia del alcalde, que estaba en candelero, como suele decirse vulgarmente, habia puesto en juego sus influencias y valiosas relaciones con los diputados de la provincia, y todo hacia prever que el desenlace iba á ser fatal para el jóven Cárlos si un verdadero milagro de la Providencia no venia á salvarle. La gravedad de estado, por otra parte, de D. Bruno, á quien los médicos habian pronosticado ya un probable triste fin, por complicaciones surgidas durante la enfermedad, contribuía por mucho á dar tintes sombríos al asunto.

En tal momento se habia hecho cargo de la causa Fernando, como abogado defensor de Cárlos, y á más de sus gestiones particulares, que no eran pocas, trabajaba tambien con entusiasmo por lo mucho que queria á su amigo, para hacer el dia de la vista una defensa concienzuda y eficaz que dulcificara los rigores de la sentencia, inevitable, aún en concepto del jóven abogado.

En uno de estos dias en que los rumores de gravedad habian tomado proporciones alarmantes, estaban á la caida de la tarde conversando con evidente interés en el jardín de la casa de don Víctor, Adelaida y su doncella Margarita.

Las dos habian cambiado notablemente; pero Adelaida, sobre todo, estaba desconocida. Sus ojos, antes tan animados, se encontraban ahora como si estuviesen oscurecidos por una especie de bruma que la densidad de atmósfera de su corazon hubiese venido á crear. En sus mejillas, levemente sonrosadas por lo comun, se habia reemplazado una blancura mate que daba cierto tinte fantásticamente hermoso á sus bellísimas facciones: y puede decirse, que en los amargos y azarosos dias que llevaba de tribulacion, habia ganado en belleza lo que habia perdido en viveza y alegría. Sin duda sentia ya la desventurada Adelaida esa triste, esa infinita resignacion de las almas levantadas, que se templan dulcemente para el martirio despues de haberse elevado por un instante al paroxismo de las más exaltadas sensaciones.

—¿Y qué has hecho hoy, Margarita?—dijo con triste acento á su doncella.

—Pues he visto á Críspulo el escribiente de don Fulgencio, que tiene la causa, y me ha prometido nuevamente que tratará el asunto con el escribano, á quien, como dije á V., le gusta demasiado el dinero. Malditos escribanos,—añadió la doncella,—¡que no les pegaran fuego á todos! Aunque en esta ocasion, si ese D. Fulgencio nos sirve bien, ya que le cueste á doña Teresa los cuartos, del mal el menos.

—¡Ay Margarita! ¡Qué presentimientos tan horribles me asaltan algunas veces! ¡Hasta el medio de que nos valemos, me repugna! ¡Tener que sobornar á los encargados de la justicia!

—Señorita, yo por mí.....

—¡Oh! Lo quiero todo, todo, absolutamente todo, por salvarle, ¿lo entiendes?—añadió con exaltacion —¡pobre Cárlos mio! —Dime, Margarita, ¿y el otro encargo le habrá desempeñado nuestro anciano Damian?

Damian era el sirviente de la casa, antiguo ordenanza del general, que hubiera dejado matarse por su señorita Adelaida.

—Sí, señorita, se me olvidaba decirlo; al fin asegura que ha conseguido de su amigo el alcaide que vayamos una noche á las nueve con mucha reserva y estando éste á nuestra vista en la puerta del calabozo. ¿Pero se va V. á decidir á verle, señorita Adelaida?

—¿Pues no lo he de ver?—dijo con la más expresiva ansiedad, y como si la observacion de la doncella tendiera á arrancarle una esperanza suprema,—¡si es el único consuelo que tiene en su prision!.... ¡Ay Dios mio, Margarita,—añadió de pronto

con el más intenso dolor,—si fuera la última vez que le viese!.....

—No diga V. eso señorita.

—Oye, Margarita, vé al momento y pregunta á Damian si podremos ir esta noche.

—Me ha dicho que cuando V. quiera.

—Pues prepáralo todo, que yo tambien lo voy á disponer con mi mamá.

A las ocho y media de la noche del mismo dia salian de la casa de D. Victor que ya estaba en el Seminario, nuestras tres mujeres, enlutadas, y rigurosamente cubiertos los semblantes con el tupido velo de sus mantos, atravesando con gran recatamiento las calles que conducen á la cárcel de la ciudad. Un hombre que parecia algo encorvado por los años, las precedia á alguna distancia envuelto en ancha capa. Era Damian, el sirviente de doña Teresa.

—¡Ay Adelaida, hija mia, qué terror siento!—decia la infeliz doña Teresa á su hija.—¡Y volver á ocultárselo á tu tio!

—Ten valor, por Dios, mamá.

—Señorita, yo tambien voy asustada,—repetia la doncella.

—¡Otra! Parece que os habeis propuesto las dos causarme miedo.

—No, hija mia, no; pero una cárcel.....

—Mamá, una cárcel es como una casa cualquiera, y más augusta todavía, porque es la mansion de los infelices. Pero, cállate, que ya hemos llegado.

En efecto; la sombría masa de la cárcel del distrito retirada en un extremo de la poblacion,

se presentaba á la vista de las atribuladas señoras.

Esperaron unos segundos hasta que se acercó á ellas Damian, y despues de ligeras palabras se encaminó éste á la puerta del edificio.

Imposible les fué á las señoras contener una extraordinaria emocion al atravesar los umbrales de aquella triste morada donde gemian tantas víctimas del extravío. La misma Adelaida, que momentos antes pretendia dar valor á su madre y á la doncella, no fué dueña ahora de reprimir un gemido de dolor, que se escapó de su pecho al considerar que su idolatrado Cárlos estaba en aquella fúnebre vivienda devorando los incomensurables tormentos que deben agobiar á un alma pura en semejantes lugares.

Ya habian atravesado dos ó tres súcios corredores, donde otras tantas candilejas de lata mugrienta despedian ténue y siniestra luz que apenas bastaba para distinguir los bultos de las pocas personas que se cruzaban á intervalos, cuando Damian se detuvo junto á una puerta.

Los latidos del corazon de Adelaida en este momento se precipitaron como en vertiginiosa trepidacion: sus piernas se agitaron por temblor convulsivo que parecia detenerlas en sus movimientos, y en todo su ser se dibujó súbitamente tan violenta conmocion, que doña Teresa toda alarmada, se dirigió hácia su hija abrazándola y exclamando al mismo tiempo con el más hondo pesar:

—¡No hemos debido venir, hija mia, ya te lo dije!

—No es nada, mamá, entremos.

Y se precipitó la primera en el calabozo.

¡Qué espectáculo se ofreció á su vista!

En un rincon de aquella lóbrega estancia, alumbrada débilmente por el mechero de viejo velon amarillo colocado sobre una mesa de pino, estaba Cárlos Rafal, descolorido y macilento. Tenia la cabeza sepultada entre las manos, cuyos dedos se hallaban introducidos confusamente entre sus cabellos; apoyaba los codos sobre los brazos de tosco sillon que le servia de asiento, y sus piernas aparecian en estado de perfecta inercia.

En otro asiento más bajo estaba una mujer que reclinaba su cabeza sobre las rodillas del preso.

Al sentir el ¡ay! comprimido que no pudo contener Adelaida, levantó Cárlos la cabeza y obligó con este movimiento á que la levantara la mujer que la tenia recostada sobre sus piernas.

—¡Adelaida!—exclamó despavorido.

—¡Cárlos!—pudo apenas articular la desdichada.

Ambos permanecieron con las manos entrelazadas unos instantes, como aletargados por lo intenso de la emocion que les embargaba, en cuyos momentos no se oyó otro ruido que el producido por los sollozos de Adelaida y los movimientos de dolor de doña Teresa y su doncella, que llevaban constantemente el pañuelo á sus ojos.

Cárlos fué el primero que se serenó algun tanto, é indicó á Adelaida que se sentase en una silla inmediata al sillon que él ocupaba. Indicó tambien á doña Teresa y á Margarita que lo hicieran en otros asientos, y dijo á Adelaida procurando sobreponerse.

—No te he ofrecido este sillon, porque esta in-

feliz mártir—y señalaba á la mujer que estaba reclinada en sus rodillas—se incomodaria si la separasen de su Cárlos. Es mi madre, no se si ha perdido el juicio la pobre: solo sé que está petrificada á mi lado; de vez en cuando se levanta y me abraza, volviendo enseguida á su insensibilidad. Mientras no me separo de este sitio no pronuncia palabra la desventurada; pero si me alejo un paso, prorrumpe en lamentaciones... ¡Desgraciada madre mia!—dijo Cárlos levantando la cabeza de la anciana é imprimiendo un beso en su frente.

Adelaida miró enternecida á la anciana, que parecia no haber advertido nada de cuanto pasaba á su alrededor.

Cárlos continuó así:

—Mi madre perdió el conocimiento cuando supo por el alcalde la noticia de mi expulsion. ¡Ya se vé, se encontraba tan lejos de recibir un golpe que mataba en un instante sus ilusiones más queridas, y que le hacia entrever quizá algo deshonroso para su adorado Cárlos!... Yo fuí conducido á la cárcel poco despues. En todo lo demás que se relaciona con aquel infáusto dia, no puedo referir una palabra, porque no me acuerdo absolutamente de nada. La misma persona que cuida de mi madre en esta prision, que es antigua sirvienta de nuestra casa, me ha contado lo demás. Cuando la desdichada, volvió de su letargo, y las vecinas, demasiado oficiosas por desgracia, le dieron cuenta de mi prision, fué acometida en el acto de un accidente epiléptico, que hizo temer á todos por su vida. Con él permaneció durante veintitantas horas, en las cuales, no pronunciaba

otro nombre que el mio en los intervalos de mejoría. Al fin se consiguió templar algo la violencia del ataque, y sucedió á éste una postracion que la tuvo insensibilizada por espacio de dos dias. Cuando pudo tenerse en pié, cerró la puerta de nuestra casa, y se vino á la cárcel de Gaudencia, pidiéndole anegada en llanto al alcaide que le abriese la puerta de mi prision. Yo estaba incomunicado entonces, y el alcaide, naturalmente, se negó. Desde aquel dia se instaló á todas horas en la puerta de mi encierro, y nadie volvió á oirle una palabra. La misma familia del encargado consiguió á duras penas hacerle tomar algun alimento, sin lo cual hubiera muerto de hambre en aquel sitio, puesto que á ella no se le ocurria moverse. Cuando me levantaron la incomunicacion, entró en el calabozo que yo ocupaba, y..... me llenó de espanto su insensibilidad. No sé cómo agradecer á la familia de este honrado empleado las infinitas atenciones que ha guardado con mi madre y conmigo.

Todos lloraban oyendo á Cárlos, incluso el alcaide, que se hallaba colocado de pié en el dintel del calabozo.

Cárlos fué esta vez tambien el primero que rompió el silencio y estrechando entre sus manos las de Adelaida, le dijo:

—¡Cuánto les habré hecho sufrir...!

—No te ocupes de eso, Cárlos,—se apresuró ésta á contestarle con ternura—ten valor. Para infundirte valor y confianza, he venido: soy la de siempre.

El Alcaide consultó el relój y salió al pasillo,

A poco entró Damian en el calabozo y su entrada anunció á todos que no se podia prolongar más la visita.

Despues de una despedida de protestas cariñosas, de consejos y de consuelos, Cárlos, quedó solo en la prision con su infortunada madre.

XVI

Eduardo no se enmienda

A consecuencia de la expulsion de Rafal habia quedado solo en la celda Beltran Escobedo.

Eduardo con este motivo hacia vivísimas gestiones cerca del inspector encargado de este servicio, para que le trasladaran de la suya, donde no podia resistir las impertinencias de dos teólogos beatos, como él los llamaba, á quienes hacía mucho tiempo tenia por compañeros.

Fuese realmente porque el inspector no encontrara motivos para la peticion de Eduardo, ó tal vez porque las travesuras de éste le inspirasen algun recelo, se venia negando con cualquier pretexto, ofreciendo sin embargo que lo haria más adelante.

Con tal motivo Eduardo andaba fuera de su celda todo el tiempo que le era dado, áun en las horas de estudio, y ya le habia costado tales ausencias tres ó cuatro dias su racion, lo cual le hacia exclamar á Escobedo con su habitual dulzura:

—¿Es posible, Eduardo, que siempre esté tu nombre en la puerta del refectorio entre los castigados.

—Me importa un bledo. Mientras tenga yo de mi parte al cocinero, que me quite fray Martin las raciones que quiera.

—¿Y qué necesidad hay de estar siempre así?

—No quieren trasladarme de celda.

—No hagas caso de tus compañeros, y en las horas de recreo, ven á la mia.

—Te digo que no es posible vivir con aquellos *cerdos*.

—¿Qué te hacen?

—En primer lugar son súcios, huelen á demonio.

—¿Aseo aquí?

—Dicen que no se lavan ni se arreglan por penitencia. Anoche les puse entre las sábanas unos cardos de espinas de esos que hay en el patio de novicios, y cuando se acostaron prorrumpieron en unos ayes que fueron el escándalo de todo el cláustro; yo les dije que cómo eran tan aficionados á la penitencia, habia querido aumentársela.

—¿Y qué hicieron?

—¿Qué habian de hacer? Callarse para que no les haga otra.

—Qué cosas tienes.

—Lo que yo intento con eso es que den una queja en forma al inspector, y que éste me traslade de aquella celda destinándome á otra: á ésta, por ejemplo.

—¿Y en qué más te molestan?

—En todo, porque son insufribles, y tan egoistas... Ya creo que se han quejado.

—¿Y tú qué has dicho?

—Que tenian razon; que era verdad, y que estaba dispuesto á todo si no me trasladaban de celda.

—Contigo no se puede hablar más que de broma.

—Las cosas del Seminario sí que no pueden tomarse más que en broma.

—¿Porque te han quitado hoy la racion?

—Porque ayer en el paseo me sorprendió el Inspector hablando con una criada de aquellas que andaban por la Alameda.

—¡Eduardo!

—¡Y qué guapa es! ¡Si vieras!

—Pero, hombre, tú lo mismo haces á pluma que á pelo.

—Está sirviendo en casa del Rector y se llama Juana.

—Es necesario que cambies de conducta, Eduardo.

—Ahora no se presta mucho, pero ya la conquistaré poco á poco.

—Si se entera por casualidad fray Martin...

—Me alegraré; que rabie. Le tengo prevencion desde que hizo aquellas barbaridades con Cárlos en el salon de Grados... Bien me las vá pagando: ayer le jugué otra en la clase.

—Hasta que te expulse.

—Mira que mal me vendrá. Ya tengo pretexto entonces para dejar la carrera y me evita buscar otra.—¡Pobre Cárlos! ¡Cuanto sufrirá por sí y por su inocente madre!—exclamó cambiando de tono.

Y se quedó un instante cabizbajo.

—Lo comprendo bien—murmuró Beltran como si hablara con sigo mismo,—lo comprendo, aunque yo, por desgracia no conozca esas afecciones.

—¿Qué estás ahí diciendo?

—Nada; pensaba si tendria hoy carta de mi padre á quien escribí, para que se interesase por Cárlos. Hoy puedo tenerla.

—Pues yo, amigo Escobedo, soy inútil para esto; ni tengo relaciones, ni mi familia vale para semejantes casos. Lo único que estoy haciendo, y eso sí que lo hago con alma vida y corazon, es seguir la pista á Raimundo desde que me manifestaste las sospechas de que él debió sustraer el cuaderno de Rafal y entregárselo al Rector ó al vice-rector. ¡Ay si llego á descubrirle! Y en esto, amigo Beltran, he de poner mis cinco sentidos, porque yo creo, lo mismo que tú, que las gazmoñerias de Raimundo son fingidas.

—¡Oh! Esto no lo dudes—contestó con perfecta conviccion Escobedo.—Tengo un excelente ojo para tal clase de tipos. A Rafal se lo habia yo dicho muchas veces, y nunca lo creyó á pesar de su talento. Estos hombres de tanta inteligencia voy pensando que saben mucho menos que los otros. ¡Qué nécios son para los negocios prácticos de la vida!

—Pues yo—volvió á decir Eduardo—te he de confensar, que sea ó no fingida su beaterio, es un grajo asqueroso que me revienta; y lo que es cuando salga externo, á fin de mes, he de convertirme en un policía suyo, mientras ande por la ciudad, para lo cual me va á favorecer perfectamente su aficion á no salir más que de noche.

—Esa es otra prueba de que el tal Raimundo tiene en la poblacion algun negocio *non sancto*—dijo Escobedo.—Pero ¿insistes, Eduardo, en salir externo?

—Sí; ya te he dicho, que es el primer paso para dejar la carrera y seguir la de ingeniero. Con mi padre hay que hacerlo poco á poco. Además, no estando ya Cárlos, y marchándote tú, como me has dicho... A propósito—añadió cambiando su pensamiento.—¿Sabes que es bien raro, que tú vayas á entrar en los Jesuitas, es decir, á engolfarte más en estas cosas, cuando yo pienso colgar los hábitos? ¡Pues tú nunca habias pensado en hacerte Jesuita!

La frente de Beltran Escobedo, se nubló algun tanto. Al fin, respondió con indiferencia.

—Me es igual. Allí prestaré yo tambien mis servicios.

Eduardo se mostraba algo pensativo por la determinacion de Beltran, que él no podia alcanzar, y murmuró despues de algunos segundos.

—Es extraño, este Beltran, es raro. Un hombre de su posicion... y sus ideas...

—¿Qué murmuras?—preguntó Escobedo.

—Sobre lo extravagante de tu nueva resolucion.—Pero dime Escobedo: ¿el que hayas tomado esa nueva decision, envuelve acaso el estar triste constantemente?

—Si yo no estoy triste—contestó esforzándose por sonreir. La situacion del pobre Cárlos, me tiene de cierta manera...—Y variando de tono añadió:—Anda cuéntame mientras llega el correo, esa que le jugaste á fray Martin segun dices.

—¿La de ayer?

—Sí.

—¡Qué buena! Le voy á matar á desazones. Dice que soy un espíritu inquieto, pero puro todavia.

—Cuentámela.

—Sí te has de alegrar, dejando esa cara...

—Sí, sí que me alegraré—contestó sonriendo Beltran, que parecia querer ganar tiempo tan solo, hasta la hora del correo.

—Pues ayer estaba el P. Martin muy entusiasmado, refiriéndonos los triunfos de la Iglesia contra la falsas doctrinas, y pretendiendo probar que la revolucion moderna es hija natural de todas las rebeliones antiguas. Como siempre, yo me dormia. Me estaban sonando, así, confusamente, en mi sueño los nombres de Ebion y los Nazaréos, que ya afligieron, decia el P. Martin, á la Iglesia en el primer siglo, pero que no atacaron su autoridad; los de Montano, Orígenes, Tertuliano y otros que la entristecieron... cuando de pronto me dice el gracioso padre, encarándose conmigo.

—Ya ve V. que el Error y la Impiedad han recorrido todas las formas. ¡Era claro! Puesto el pié en el primer peldaño, los demás habian de andarse con prodigiosa facilidad. ¿Cuál es hoy señor Montero—(este era el apellido de Eduardo)—la forma del Error que comenzó tan humilde en el primer siglo con Ebion y los Nazaréos, puesto que solo defendian que la ley de Moisés habia de quedarse á la par con el Evangelio?

—Yo le miré—continuó Eduardo—como quien no sabe lo que le preguntan, y él se contestó con

impaciencia, sin darme tiempo á más: «El ateismo, hombre, el ateismo.»—Bajé los ojos como si el ateismo fuera para mi la carabina de Ambrosio y el P. Martin que no suelta una presa con facilidad cuando la coge, volvió á preguntarme:—«Y qué son ateos»—«Quizás no lo sepa V.»—«Si señor lo sé.»—«Pues dígalo.» «Ateos—dije yo entonces muy sereno—son unos espíritus puros que no tienen cuerpo.»—«Bárbaro, bárbaro—exclamó al punto con voz atronadora.—«¿Qué manera de responder es esa?» «Yo respondo por el Ripalda»—le añadí con la misma serenidad de antes. ¡Y me echó de la clase.! Pero hoy he estado en ella como si tal cosa. Si continúo en el colegio te digo que le mato á desazones.

—El cartero,—anunció en este momento el fámulo encargado del correo:—«D. Manuel Beltran y Escobedo.»

Éste se apresuró á recoger y abrir la carta.

La estuvo leyendo con agitacion durante unos minutos y arrojándola despues sobre la mesa con gran desfallecimiento, dijo, mirando á Eduardo:

—Lo esperaba. ¡Qué padre tengo tan desgraciado!—Le hablaba por Cárlos Rafal para que le ayudase con sus relaciones, y me contesta: que no tengo necesidad de entrarme en asuntos de otro; que al fin tendrá bien merecido lo que le pasa; que soy un chiquillo con los impulsos quijotescos de todos, y que harto tiene él con sus ovejas y sus sembrados, para no mezclarse en trastadas de chicuelos.

—Es mucho hombre mi padre—volvió á repetir.—Tiene creido que yo soy un tonto de capi-

rote que para nada sirvo; le estorbo además en casa porque me pongo de parte de los criados en las injusticias que él comete con éstos, y lo mismo le importa que yo esté en el colegio como que me tire al rio. ¡Qué ser tan egoista!—dijo corriéndosele las lágrimas. Yo le haré ver si vale su hijo, y cuidaré entretanto con mis propias fuerzas de ayudar á Cárlos Rafal.

—Y yo me voy á seguir la pista de Raimundo —contestó Eduardo, saliendo de la celda.

XVII

Levitismo

El P. Déspi se despidió de D. Prudencio segun digimos en capitulos anteriores, para saludar á la condesa de Delavilla, con quien tenia pendiente un asunto de congregaciones.

Es la condesa una señora entrada ya en los cincuenta, aunque de regular y bastante bien conservada figura. Habia pasado su juventud en Madrid, donde casó con el conde de su título, y á la muerte de éste, acaecida seis años antes, se estableció en Gaudencia, su pueblo, en el que solo se la conocia por sus prácticas piadosas, y su aficion á organizar hermandades bajo la advocacion de tal ó cual motivo de la Pasion, ó de éste ó aquel nombre de la Vírgen.

Su acendrada piedad, la exquisita distincion de su trato, y sobre todo, la autoridad que le daban su elevada posicion social, y el conocimiento de las costumbres aristocráticas de Madrid, le habian conquistado una córte, especialmente

de jóvenes señoritas, de quienes la condesa era Mentor obligado en materia de modas y de distincion; y raro era el dia en que los salones de la de Delavilla no estuviesen ocupados por lo más selecto de Gaudencia.—Los trajes, los paseos, las funciones religiosas, las expediciones de campo, todo lo que constituye la vida recreativa-social, era inspirado y dirigido por la condesa, que ejercia una verdadera dictadura. En su casa se organizaban todas las congregaciones religiosas; de sus labios partia la indicacion de que tales ó cuales costumbres no eran de buen tono, ya habia bastante para que en el acto fuesen abandonadas; en sus reuniones se iniciaban todos los proyectos de boda, se concertaban y se terminaban. Era, por supuesto, requisito indispensable en los jóvenes que aspirasen á alcanzar la proteccion de la condesa, pertenecer á alguna hermandad, y adornarse en las procesiones con el escapulario consabido: sin esto no habia proteccion y más de una vez se dió el caso de que algunos, un tanto libres en ideas, hubieran tenido que quebrantar sus ribetes de libre-pensadores, para conseguir el favor de alguna bella. ¡Y desgraciado del que no lo hiciese!

En suma: para frecuentar la casa de la condesa, y para unirse á alguna medio distinguida familia de la poblacion, las mujeres necesitaban ser hijas de María; los hombres, soldados de Cristo. No habia medio. Talento, virtudes, abnegacion, carácter, y demás circunstancias que no fuesen aquella, producian el más completo aislamiento para la persona que no

seguía la corriente general, y muchas veces hasta la perseguía el descrédito de las gentes, que de buena fé consideraban de mala conducta á quien no confesaba y comulgaba una vez por lo menos, al mes...Estar en Gaudencia cuatro horas, y no oir veinte veces durante ellas, la campana de la Catedral ó la de otra parroquia ó santuario cualquiera, llamando á un acto religioso, era caso muy raro. Así era la condesa, así el pueblo.

Al anunciarse el P. Déspi, estaba la condesa dando instrucciones á la Superiora del colegio del Sagrado Corazon, cuyo establecimiento sostenia con sus rentas.

—¿Qué dice mi amada hija?—fueron las primeras palabras del jesuita al ver á la Delavilla.

—Precisamente hablamos de V., P. Déspi, y necesitamos sus auxilios.

—¿Qué sucede?

—Una cosa verdaderamente extraordinaria, Dios mio; todos nuestros trabajos son pocos.

—Cuente V. condesa, que me alarma.

—Pues le diré: se me viene á quejar esta señora, y con grandísimo motivo por cierto, de que una de las educandas pretende casarse con ese jóven médico de Madrid que tanto habla en el Ateneo contra la Religion.

—¡Santo Dios!—exclamó el jesuita con apariencias de asombro.

—Como V. oye.

—¡Un racionalista!

—Diga V. un hereje, un judío. ¡Qué horror!

—¡Qué tiempos!

—Nada, nada, Sor Antonia: es necesario trabajar con esa conciencia extraviada, y si no se alcanzara fruto, que salga cuanto antes del colegio.

—Es una verdadera desgracia—añadió la Superiora—porque es una jóven modelo en todo lo demás.

—Pues lo dicho, Sor Antonia, á trabajar.

La Superiora se despidió y quedaron solos el padre y la condesa.

—Hoy debe haber escogido Dios á mi amada hija para darle una prueba de su infinita ternura, porque yo le traigo otra afliccion.

—¿Qué es ello?—preguntó con interés la condesa.

—Su predilecta amiga Adelaida...

—¿Qué le acontece? ¿Está enferma?

—Si, pero del alma.

—¡Como! alguna pasion... No puede ser esto; lo sabria yo, porque me lo cuenta todo.

—Una pasion y muy desgraciada; ahí tiene usted la prueba: su silencio para con usted.

—Pero...

—Nada; tal como lo digo.

Y el P. Déspi entonces refirió confidencialmente á su amiga lo que sabia de Cárlos Rafal, por el cuaderno sorprendido, y las relaciones de Adelaida con el ex-seminarista.

—¡Santo cielo!—dijo la condesa como aterrada—¡Adelaida mi amiga más querida! ¡La jóven que más vale en Gaudencia! Esto es espantoso P. Déspi.

—Lo es en efecto.

—Se hace preciso salvarla á todo trance. Voy á su casa.

—Procure V. tratar la cuestion con gran mesura y no dándose por entendida de lo que sabe porque ella lo considera aún como secreto de ese jóven y suyo.

—¿Pero ese jóven, es aquel malvado que atentó contra el alcalde D. Bruno y que se halla preso aquí?

—El mismo.

—¡Dios mio, Dios mio! No podemos consentir esto P. Déspi. ¡Adelaida que podia haber aspirado á la mejor colocacion de Gaudencia!

—Indudablemente.

—Tan indudable, que Fernando Serante, ese jóven abogado que vive en Madrid y pasa algunas temporadas en ésta, me tiene aburrida con su amor á Adelaida, á quien desea que haga yo algunas indicaciones.

—Cien veces mejor seria.

—¡Ya lo creo! No me prestaba mucho, porque no es todavia en Religion lo que yo deseo...

—Sin embargo, entre uno y otro...

—¿Quién lo duda? En el momento de ver á Adelaida, se lo digo.

—Y no sabe V. lo más grave.

—¿Todavia más?

—El tal seminarista es hijo de un hombre que hizo el voto de dedicarlo á la Iglesia, y recogió en sus últimos momentos el juramento de su propio hijo, de que cumpliria dicho voto.

—¡Jesús qué cadena de infamias! ¡Debe ser un hombre desalmado!

—Ya puede V. pensar.

—Hay que trabajar con gran ardor P. Déspi, para evitar estos crímenes.

—¡Oh! forzosamente. Por más que ella revela en sus cartas hallarse muy enamorada.

—Es en efecto de temperamento muy exaltado.

—Esto mismo puede servirnos.

—Nos servirá todo, padre, nos servirá. Voy á verla.

El jesuita y la condesa se despidieron.

A poco entraba ésta en casa de D. Víctor y saludaba con su habitual afectuosidad á Adelaida.

—Tú buena y hermosa como siempre.

—No, contestó Adelaida á la condesa.—No estoy bien.

—¿Qué tienes?

—Qué sé yo. Una pasion de ánimo, un malestar...

—Confiésate mañana y comulga; ya verás como eso desaparece.

—Acaso, pero lo dudo—contestó débilmente Adelaida.

—¿Y sabes—dijo de pronto la condesa cambiando la conversacion,—que tengo para tí una noticia?

—¿Cuál es?—preguntó la jóven con vivísimo interés, pensando la inocente en su interior que se referia á Cárlos, única cosa que le interesaba, y, la cual por cierto, olvidaba en su pasion, que no debia saber la condesa, puesto que ella nada le habia dicho.

—Que Fernando Serante está locamente enamorado de tí.

—¡Ya! contestó con el mayor desaliento, al ver desvanecidas las ilusiones que concibiera.

—¿Qué es eso Adelaida? ¿Te ha producido acaso mal efecto que te lo diga? Pues él mismo ha con-

fesado que ya te he hecho varias indicaciones en ese sentido.

—Podrá ser, pero no lo he notado—contestó con aplomo la sobrina de D. Víctor, que habia comprendido en efecto desde muchos dias antes el interés de Fernando, con quien habia procurado siempre eludir delicadamente la conversacion.

—Y es un excelente jóven—volvió á insistir la condesa—de un talento poco comun, con una brillante carrera que explota con éxito; con una gran posicion social, además, por la respetable fortuna de su padre; con un porvenir soberbio; de gran figura, de modales finísimos y distinguidos, de...

—Sí, sí, es cierto todo eso—se apresuró á decir Adelaida, á quien mortificaba esta conversacion—Fernando es una persona recomendable, bellísima por mil conceptos; es el amigo á quien más quiero, y mi tio Víctor por otra parte le distingue, lo cual bastaria para que ya fuese digno de mi estimacion; pero no pienso en nada hoy por hoy, Agustina—este era el nombre de la condesa—no quiero casarme tan jóven.

—Bien, pero aceptar unas relaciones, tratar á un hombre, no es casarse de seguida.

—Ni eso.

—¿Si vieras como está demostrando su inmenso valer en el proceso de ese pobre seminarista, que maltrató tan brutalmente al alcalde de su pueblo?

—¿Tan brutalmente, ha dicho V.? ¡Si ese alcalde es un infame! contestó en el acto Adelaida que no pudo reprimir su indignacion ante lo crudo

del ataque que la condesa dirigia á Cárlos Rafal.

—¡Adelaida, Adelaida!—exclamó con apariencias de asombro la Delavilla—no te conozco. ¿Qué te ha hecho ese pobre alcalde?—¡Qué nerviosa estás hoy!

—Tiene V. razon—dijo aparentando recobrar su serenidad, con objeto de no denunciarse ante su amiga.—Habia oido referir el episodio que ha dado lugar á ese proceso de una manera poco favorable al alcalde, y estoy predispuesta realmente contra él.

—Pues es bien extraño que lo hayas oido de ese modo, porque todo el mundo está de parte del infeliz D. Bruno. Figúrate que él pobre no hacia otra cosa que cumplir con su deber dando cuenta de un oficio que le enviaba tu tio Víctor, y...

—Mi tio Víctor es incapaz de una mala accion —volvió á decir Adelaida sin poder contenerse.

—¡Pero Adelaida, hija mia, voy creyendo en efecto que no te hallas buena! Si el oficio á que me refiero es el enviado por la Rectoral en semejantes casos al padre ó tutor del expulsado.

Adelaida no iba siendo dueña de sostener su papel; y harto se comprendia ya, que á poco de continuar la condesa en éste camino, haria al fin estallar la indignacion de aquella tan difícilmente contenida.

La condesa siguió.

—Y ten en cuenta Adelaida, que el oficio de expulsion, segun me han referido, no podia ser más benigno, puesto que se limitaba sencillamente á notificársela á la madre de ese jóven, sin

hacer mencion para nada de unas relaciones amorosas poco edificantes que el tal seminarista sostenia, y creo que sostiene, con una mujer de cierto género allá en su pueblo.

Esta vez Adelaida se levantó erguida, y midió de alto á bajo con imponente y severa dignidad en su mirada, á la condesa que temió ya haber ido demasiado lejos. Habia dado excesiva tension á la cuerda, y la cuerda se rompia.

—Miente con miserable impudencia el que tal haya dicho de Cárlos Rafal. La mujer de cierto género, condesa—continuó Adelaida recalcando sus palabras con indignacion creciente—con quien sostiene Rafal relaciones amorosas es..... soy yo.

—Adelaida: estoy muerta con lo que me dices.

—¿Es acaso un crímen?

—¡Vaya por Dios, hija de mi vida, vaya por Dios! Te pido perdon... sin embargo...

—No hablemos más de esto—interrumpió Adelaida y le suplico—añadió la infeliz como si sus fuerzas se hubieran agotado—que no me haga más daño: me encuentro peor.

Y rompió á llorar, sin poder reprimir sus lágrimas.

La condesa se enterneció. Procuró consolar á su amiga y se despidió despues, murmurando para sí:

—Te salvaré, te salvaré aunque no quieras, y salvaré á la par de la condenacion eterna el alma de ese extraviado.

XVIII

Ante el juez

A consecuencia del interrogatorio dirigido á Cárlos Rafal por el juez que entendia en su causa, y del oficio de expulsion encontrado en la persona de D. Bruno, habian sido citados á prestar declaracion en el Juzgado, el Rector y el vice-rector de San Gervasio.

Con la exactitud rigurosamente calculada de todos sus actos, acudió el P. Martin á los estrados del Tribunal, donde se le citaba, y anunció su presencia al juez.

Aunque se hallaba ocupado en asuntos de su despacho, dió órden de que pasara el vice-rector.

—Estoy esperando las órdenes de V. S.—dijo el padre con su ordinaria impasibilidad.

—Suprima V. si le place, el tratamiento.

El vice-rector no contestó.

—He citado á V.—continuó el juez, para que preste declaracion en un asunto concerniente á un ex-seminarista de San Gervasio.

—Puede V. S. decirme.

El Juez no cesaba de contemplar la inmovilidad de aquel fraile.

—¿Conoce V.—dijo entrando en el interrogatorio—á D. Cárlos Rafal y Tendilla?

—Le conozco personalmente.

—¿Han mediado entre V. y él relaciones alguna vez?

—Si, señor.

—¿Cuáles han sido?

—Las de alumno y superior, por haber pertenecido á la comunidad de San Gervasio el señor D. Cárlos Rafal.

—¿Tiene V. noticias de que el Sr. Rafal se halle sugeto á un proceso?

—Por mi fámulo lo he sabido.

—¿Sólo por el fámulo?

—Si, señor.

—¿Conoce V. los motivos del proceso?

—El mismo fámulo me lo ha dicho.

—¿Y los móviles que inspiraron al Sr. Rafal?

—No señor.

—¿Decretó V. la expulsion del Sr. Rafal?

—La hice cumplir en nombre del Ilmo. Sr. Rector?

—¿Vió V. al procesado despues del acto?

—No señor.

—¿Ni ha vuelto V. á saber del Sr. Rafal hasta la conversacion habida con su fámulo?

—Así es.

—¿Qué concepto le merece á V. el Sr. Rafal.

—No entiendo la pregunta de V. S.

—Es bien clara, sin embargo. Quiero decir, si en el Seminario habia tenido buena conducta.

—Cumplió con los reglamentos hasta la expulsion.

—No pregunto esto solamente.

—Usia dirá entonces.

—¿Tiene V. al Sr. Rafal por hombre moral y honrado?

—¿Es la ley la que me ordena contestar esta pregunta?

—Es el Juez en nombre de ella.

—No tengo al Sr. Rafal en ese concepto.

El magistrado se sorprendió. Eran distintos los antecedentes que tenia de Cárlos.

—He preguntado á V.—volvió á decir—si tiene al Sr. Rafal por hombre moral.

—Y he contestado que no.

—Rogaria á V. que meditase en la gravedad de tal declaracion, y en la influencia que ella puede ejercer en el proceso.

—Cumplo con mi deber.

—¿Quiere V. decirme las razones que justifican en su opinion la inmoralidad del procesado?

—No me pertenecen.

—¿Son anteriores ó posteriores al acto que motiva el proceso?

—Anteriores.

—Y por consiguiente, ¿entiende V. que no han podido influir en los móviles del delito.

—No puedo asegurar tanto.

—Me permito por la primera vez dirigirle la observacion de que no son permitidas reticencias ante la justicia. La ley ordena que se presten las declaraciones con toda claridad.

—Soy respetuoso ante la ley, Sr. Juez; pero la ley humana no es superior á la divina.

—¿Le prohibe esta quizás, hablar en el presente caso?

—Tengo entre mis votos el de obediencia á mis superiores, y éstos por medio de los reglamentos, me prescriben secreto en asuntos graves de la comunidad.

—¿No tiene V. pues otra cosa que decir?

—Sobre lo preguntado, nada más.

—Está bien; puede V. retirarse.

El padre Martin hizo una inclinacion de cabeza y se retiró.

El Juez comprendió que el sumario iba aglomerando muchos elementos contra Rafal.

Acto seguido compareció el Magistral, otro de los citados, que llegó durante la declaracion del padre Martin.

Saludó al Juez con su proverbial finura y le rogó que fuera breve, si cabia en sus atribuciones porque necesitaba del tiempo para otro asunto.

El Juez se apresuró á cubrir la fórmula de entrada en esta clase de interrogatorios, dirigió al Rector algunas de las preguntas que ya habia hecho al P. Martin, y llegó á la que se referia á la conducta de Cárlos.

—¿Qué concepto tiene V. del Sr. Rafal?

—Bueno. Su conducta literaria y moral en el colegio ha sido la mejor. El Juez se desorientó al oir esto, aunque sin mostrar su extrañeza.

—¿Cómo pues, se explica la expulsion?

—Es extraña al fondo de la pregunta de V. señor Juez. La expulsion se ha verificado por razones interiores, digámoslo así, de la comunidad, puramente reglamentarias.

—¿Afectan á la honra ó la moral del procesado?

—De ningun modo.

—¿Tendria V. inconveniente, si el caso de autos lo exigiera alguna vez, en revelar esas razones al Juez?

—Si fuera absolutamente preciso lo haria.

—Hemos terminado hoy Sr. Magistral.

Dos horas despues comparecieron tres profesores del Seminario citados tambien para lo mismo. Comenzaron escandalizándose de la conducta de Cárlos Rafal y lamentando la deshonra que éste proceso traía sobre el colegio, pero el Juez no les dejó continuar y dijo al primero de ellos:

—Dispénseme V. las leyes de procedimiento tienen señalada para estos casos la forma del interrogatorio, y no permiten esos comentarios.

—¿Ha tenido V. al Sr. D. Cárlos Rafal por hombre moral mientras le ha conocido en el colegio?

—Como para mí, Sr. Juez, no existe otra moral que la de nuestra Santa madre la Iglesia, y Rafal en ciertas ocasiones me ha manifestado algunas dudas sobre puntos incontrovertibles del catolicismo, no consideró su moral muy sólida.

—¿No tiene V. otros motivos para juzgar su moralidad?

—¿Le parecen á V. S. pocos?

—No estoy llamado á contestar sino á preguntar.

—Señor Juez—dijo con soberbia el presbítero—soy un Ministro del altísimo, y tengo además un fuero.....

—Ante la ley no existen otros Ministros que los suyos y todos han de doblar reverentemente su cabeza. Respecto al fuero puede V. intentar

si le place el recurso de derecho que le corresponda; entretanto soy yo el Juez.

El profesor se mordió los lábios al ver la enérgica actitud del Magistrado.

—Puede V. retirarse—dijo éste.

El otro catedrático que le seguia era un jóven como de treinta y dos años, de humilde apariencia, de actitudes y miradas compungidas, y de acento melífluo y casi femenino. Llevaba las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos bajos.

—¿Conoce V. al Sr. D. Cárlos Rafal?—preguntó el Juez.

—Por mi desgracia le he conocido.

—Limítese V. á contestar.

—He dicho desgracia, Sr. Juez, porque siempre lo es conocer á un incrédulo, que además está dando un grave escándalo con su conducta.

—Y yo repito que se limite á contestar.

—Está bien, Sr. Juez.

—¿Por quien ha tenido V. conocimiento del hecho que motiva esta declaracion?

—Por el escándalo general de la opinion piadosa.

—Diga V. simplemente por la opinion pública y no me obligue á amonestarle más. ¿En qué concepto ha tenido V. al Sr. Rafal en el Seminario?

—¿En qué concepto quiere V. que le tuviera?

—Está V. en presencia de un Magistrado, le repito por última vez.

—Perdóneme V. S.

—¿Qué piensa V. de la conducta del Sr. Rafal en el colegio?

—Ya he dicho á V. S. que para mi un incré-

dulo es capaz de todas las inmoralidades, y no causa sino daños en toda sociedad donde vive.

—Está bien; retírese y no olvide que no se viene á emitir opiniones sobre puntos sociales en esta clase de actos.

Se presentó el último profesor, hombre de 45 á 50 años y fresco y colorado como un gerónimo. Procuraba modular su semblante con una gravedad que no permitian las líneas irregulares de éste y se esforzaba á la vez en dar á sus movimientos aire de majestad de que estaba muy lejos su prosáica figura. Le tenian en el Seminario por un profundo teólogo que sabia mucho más de lo que mostraba. Su lenguaje de parábolas cortadas y sus reticencias picarescas, que solian terminar casi siempre con un «¡bah!» magistral y concluyente habian venido á firmar un crédito de sábio que no sabemos ciertamente si merecia. Solo diremos que en pasajes ó puntos determinados jamás se le habia oido citar un texto de San Agustin, Santo Tomás, Tertuliano, Orígenes y demás autores que tan en boga se hallan siempre en las Cátedras de Teología pero era el primero en todas las ocasiones, cuando se citaban opiniones ó doctrinas de cualquiera de aquellos, en exclamar con su tono sentencioso:

—Santo Tomás ¡Oh sublime! Tertuliano, ¡el gran Tertuliano! ¡Ah! soberbio. Las obras de... ¡Cáspita! Lo mejor que se ha escrito. ¡La ciencia teológica! Oh señores: es la primera y la única puede decirse de todas. Los demás conocimientos que se adornan con el título de ciencia no son más que pedanterias de éste siglo pequeño ó impío.

En el segundo de Teología, que era la Cátedra que desempeñaba, tomaba las lecciones de memoria y explicaba despues al tenor siguiente:

—Señores: la materia de hoy es trascendental: la Gracia: ya ven VV. es grave, muy grave: se ha hablado y se ha escrito mucho de esto: unos la han negado, otros la han exagerado: yo solo diré á VV. que Dios, la suprema ciencia, la omnipotencia increada, la primera verdad, la única luz etc. etc., lo puede todo y sin él no se hace cosa alguna; esto es evidente y... añadia dando con el puño sobre la mesa—¡desgraciado del que lo niegue! ¡Mediten sobre esto y traigan para mañana las cuarenta líneas que siguen. Tosía con gravedad y salia de la clase.

—¡Qué profundo teólogo es!—decian sus discípulos al salir.

Cuando se presentó ante el Juez hizo una profunda revencia, se llevó el pañuelo á la nariz que sonó fuertemente y con las dos manos, despues de haber agitado con un dedo la punta de aquella por espacio de unos segundos, y díjo al Magistrado:

—¿A qué soy llamado por V. S?

El Juez le dirigió poco más ó ménos las mismas preguntas que á sus compañeros y al llegar á la que se refería á la conducta de Cárlos, dijo el presbítero:

—Hay de todo, Sr. Juez.

—Sea V. más preciso.

—Pues, le diré á V., no es mal chico, pero...

—Nada de reticencias; hable V. claro.

—No es mal chico, digo, pero está picado.

—No sé qué es eso. Explíquese mejor.
—Está picado de...
—Concluya usted.
—Está picado del siglo.
—¿Y qué quiere decir estar picado del siglo?
—Estar contagiado por las falsas doctrinas.
—¿Tiene V. algo más que añadir?
—No señor.
—Pues hemos terminado.
El profesor salió.

Cuando se hubo quedado solo con el escribano dijo el Juez á éste:

—¡Y estos son los hombres que pretenden dirigir la moral de las sociedades, y vincular en sí el gobierno de las conciencias y por consiguiente de las familias y de la sociedad civil! ¡Pobre Magistral! ¡Cuanto sufrirá entre ellos!

XIX

La comunion de un beato en especie metálica

Raimundo el fámulo del P. Martin, estaba visiblemente contrariado con la oposicion que Juana hacia á un proyecto que aquél acariciaba con singular entusiasmo.

Ya habia, con este motivo, levantado la voz dos ó tres veces algo más de lo que la prudencia exigia tratándose de la casa de la tia Anastasia, donde esta escena tenia lugar, y Juana, sin embargo, se mostraba tan difícil de convencer como al principio.

—¡Pero es mucha tenacidad esta! No comprendo, Juana, que nos quieras perder con tus escrúpulos, cuando te he dicho varias veces que si no hacemos eso, no podré ser cura porque los beneficios, á título de los cuales se reciben las Órdenes Sagradas se confieren en esta Diócesis por oposicion y yo no puedo hacerlas ni tengo patrimonio para ordenarme de otro modo.

—Pues yo te he dicho tambien muchas veces

—contestaba Juana—que el cura de mi pueblo era sastre remendon, que no tenia una peseta y en seis ó siete meses se arregló. Y todos los curas de mi tierra son así. Con algunos he ido yo por leña y á coger la espiga muchas veces.

—Animal, eso era en otro tiempo.

—El animal lo serás tu Raimundo; que yo no soy ningun...

—Bueno; pues haz lo que te dé la gana. Yo me haré cura como pueda y tú te las arreglarás como te convenga desde hoy.

Este golpe pareció haber hecho vacilar á Juana. Mucho interés debia tener en que no se le escapara la mesa parroquial, porque entibió algo su oposicion y dijo á Raimundo, dándose un poco á partido:

—Pero si eso que tu quieres, es muy difícil. Aun cuando saliera toda la familia, que de algun tiempo á esta parte suele hacerlo algunas noches ¿Como vamos á abrir aquel armario?

—Eso queda de mi cuenta—replicó Raimundo.

—Y ellos que me creen tan fiel añadió Juana.

—Mejor; con eso no sospecharán de tí.

—¡Si nos cogen, Raimundo, nos echan á presidio!

—A presidio no van más que los tontos.

—Y la pobre doña Teresa—dijo Juana como compadecida—¿con qué va á pagar despues al escribano?

—¿A qué escribano?

—Al de la causa del señorito Cárlos.

—Pues doña Teresa ¿qué tiene que ver en eso? —preguntó Raimundo con grande interés, y como vislumbrando algo del asunto.

—¿Me das palabra de no decir nada?—preguntó Juana.

—Sí: habla.

—Pues te lo diré—¡pero no me vendas Raimundo! Margarita, la doncella, anda en amores con Críspulo, el escribiente de D. Fulgencio. Habla la mayor parte de las noches por la puerta del jardin que dá al callejon. Como yo tengo que salir por ahí para hablar contigo, mientras las señoras leen con D. Víctor, me veo precisada á esperar que se retire Margarita, y con este motivo oigo sus conversaciones. Ayer noche decia Margarita á Críspulo: «Pues mi señora ha dicho, que tanto no puede, pero dos mil duros, que cuenten con ellos D. Fulgencio, y los otros, si sale libre el señorito Cárlos.»

—¿Qué me cuentas Juanilla?—dijo Raimundo lleno de alborozo. Ya se acabaron los escrúpulos. No tengas miedo ahora de que te descubran ni sospechen de tí. Avísame la primer noche que salgan los señores, y no te descuides; que de no andar listos llegaremos cuando el pájaro haya volado, esto es, cuando el escribano haya cogido los cuartos.

—Vamos ahora á comernos la perdiz que nos tendrá preparada la tia Anastasia.

—Pero Raimundo, yo veo que tienes mucho dinero siempre.

—Ya te dige que me producian bastante los bonetes.

Media hora despues de la conversacion referida, estaba el fámulo apresuradamente en una casa de la ciudad y preguntaba por la señora condesa.

—¿Qué trae Raimundo á estas horas?—le dijo ésta.

—El afan de servir á V. E. á mi generosa protectora.

—La santidad de sus costumbres le hace acreedor á mi proteccion.—¿Qué hay?

Y el fámulo refirió punto por punto la conversacion habida con Juana en la parte que se relacionaba con el escribano y con los planes de doña Teresa y su hija.

—Es necesario, Raimundo, que siga ese negocio. Despues del crímen, el soborno á la justicia: ¡qué cadena de horrores, Dios mio!

A poco de esto, saludaba Raimundo con la mirada baja y las manos cruzadas á fray Martin, que le decia:

—Ha tardado hoy, Raimundo.

—Sí, reverendo padre; he confesado en la parroquia de San Pedro esta noche para ganar el jubileo, y por la mañana comulgaré en la capilla del colegio.—Comulgaré en especie metálica—añadió para sí, y salió de la celda del vice-rector encaminándose á la suya.

Apenas habia puesto la mano en el picaporte, cuando recibió un golpe en la mejilla que le obligó á lanzar un penetrante grito, y le hizo dar de bruces en el suelo. Al ruido abrieron la puerta de sus celdas dos ó tres seminaristas y encontraron al fámulo arrojando sangre por las narices y quejándose amargamente.

—¿Qué es eso Raimundo?

—Una pedrada ó un tiro—exclamó con lastimera voz.—Ahí debe estar la piedra ó la bala.

Buscaron los otros por el suelo y encontraron una patata del tamaño de una naranja, que era lo que habian arrojado á Raimundo.

—¡Una patata!—exclamaron todos riendo. Y se entraron nuevamente en sus celdas.

Eduardo decia entretanto á Beltran Escobedo en la suya, en medio de grandes risotadas:

—Al grajo indecente le he debido componer la nariz de un patatazo.—¡Qué puntería tengo!

XX

Todo se conjura

Fernando Serante desempeñaba con la más exquisita fidelidad su doble mision de abogado defensor y amigo de Cárlos Rafal.

Todas las horas que sus ocupaciones lo permitian las pasaba al lado del preso, procurando endulzar con sus consuelos las amarguras del infeliz procesado, y pretendiendo hacerle ver que su situacion no era tan grave, como la forma del asunto la presentaba.

—Al fin no se me oculta, querido Fernando—decia Cárlos á éste en una de sus visitas,—que la situacion legal en que debo hallarme, no tiene nada de halagüeña, por más que tu cariño de amigo se empeñe en pintármela de otro modo.

—Te repito Cárlos, que no te considero un espíritu débil. Si fuera realmente gravísima como tú sospechas, acaso no te la presentaria en toda su desnudez, pero no dudes que me abstendria al mismo tiempo, de expresarme en los términos

que lo hago. No es desesperada, créeme. Mas te diré: sin las influencias perniciosas que pone en juego la familia de D. Bruno, podia contar segura tu absolucion y libertad. Y si hubiera de verse tu proceso ante el jurado... aun, sin él, saldremos bien de todas maneras. De cualquier modo, no pienses en ello, y déjalo á mi cargo.

—No me preocupo: Fernando: estoy dispuesto á todo. ¿Qué puede sucederme más grave que la pérdida de ésta santa?—añadió dirigiendo sus ojos humedecidos á su madre que permanecia inmóvil, como siempre junto á él.

—Hablemos de otra cosa Cárlos. Dime: si sales en libertad, como espero ¿continuarás, en tu incurable manía de hacerte sacerdote?

Cárlos palideció mucho más de lo que estaba al oir esta pregunta. Sin duda Fernando habia recrudecido sin pretenderlo, el intenso dolor de las heridas de su amigo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque habiendo desaparecido, si bien muy desgraciadamente, la causa que violentaba tu vocacion, no habrá nada que te obligue á continuar ese sacrificio.

—¡Desaparecido, Fernando!—dijo Cárlos con preocupacion sombria.—¿Olvidas mi juramento?

—Pero amigo Rafal: me das pena realmente. ¿Te vas haciendo fanático por ventura? ¿Tú el filósofo emancipado, crees aun en la santidad de tan absurdos juramentos?

Cárlos no contestó á su amigo. Sepultó la cabeza entre sus manos. Se oprimió las sienes como si alguna interna pesadilla le mortifica-

ra y permaneció así durante algunos minutos.

Fernando no se atrevió á profanar sus meditaciones.

De repente levantó la cabeza Cárlos.

—Tengo pesadillas algunas veces, que me matan—dijo.

—¡Tú, el hombre de carácter y de soluciones concretas!

—El carácter, amigo Fernando, sirve para imprimir tendencia á un acto, para dar unidad á la vida, para fortalecer el valor de la conducta de cada cual, pero no resuelve conflictos.

—Acaso tú.....

—El deber hácia mi madre es un problema que.....

—Sin embargo, tú no tienes vocacion á la carrera eclesiástica.

—Ya lo creo que no.

—Pues basta con eso para que no haya dificultades sobre tal punto.

—Aún así, no veo.....

—Tienes, además, opiniones perfectamente claras en materias de Religion.

Cárlos volvió á oprimirse la frente con sus manos.

—¿Qué piensas?—le preguntó Fernando.

—Sabe querido Serante, y oyéme bien lo que voy á decirte, que tu amigo Cárlos es el hombre más desventurado de la tierra. No sé qué me pasa, pero creo que estoy maldito, segun el mundo de horrores que fermenta en mi pobre inteligencia.—¿Tú crees que estoy emancipado?

—Tal he pensado.

—¡Emancipado!—repitió como procurando recoger allá en su espíritu el valor de tan atrevido concepto. ¿Si yo estuviera emancipado tendria supersticiones? Es posible, con el tiempo, aún no.

Y despues de una breve pausa, continuó.

—La emancipacion debe transportar al hombre á una region serena donde se acallen todos los escrúpulos, y si no, no es verdadera emancipacion. No sé á qué atribuirlo Fernando: acaso la influencia de las primeras nociones religiosas que uno ha recibido, y á las cuales es muy difícil sustraerse; acaso la preparacion defectuosa del espíritu, ó la vista incompleta de verdades que deben tener un carácter absoluto ante la conciencia, y que no se aclaran... pero la verdad es que me siento con una escasa firmeza, y no me atrevo á aceptar ni rechazar nada de plano. Las verdades teólogicas y filósoficas, se me presentan á cada instante en confuso y tumultuario desórden allá en mi pensamiento. Unas veces predominan aquellas, otras predominan estas. Es una horrible, espantosa y permanente algarabía. La conciencia me suele dar conclusiones claras. ¿Pero quién me garantiza esta claridad? ¿Es la misma conciencia? Entonces, cuando yo me coloque en una falsa relacion, y ya sabes que esto no es difícil, como no lo es persevar en ella por espacio de años y años... ¿quién me está garantizando esta falsedad? La misma conciencia de antes. Dirás que no ha sido bien interrogada, que he tomado tal vez un punto de

partida equívoco, lo que quieras; esto no impedirá que se haya formado un falso estado de conciencia, y que durante su imperio se haya dogmatizado á tenor de él, pretendiendo que se veía luminosamente. Además; yo procuro indagar con delicadísimo analísis los conceptos fnndamentales de causa, unidad, totalidad, espacio, etc., y en todos ellos me voy insensiblemente, sin darme cuenta remota á una especie de Panteismo menos material, sin duda que el de Espinosa, mejor dicho á una especie de Panteismo espiritual, que, ó me anubla del todo la vida trascendente que yo presiento, ó me la deja tan incolora que no veo á Dios. Y esto es horrible Fernando. No ver á Dios ni creer en la otra vida me mataria. La teología católica por otra parte, me abruma con su código preceptivo, y con su teoría penal. Allí se lo dan todo resuelto, definido, con dimensiones concretas, con perfiles acabados, con soluciones casuísticas y taxativamente amoldadas; no falta nada; es una religion por decretos, que lo mísmo se crea el mundo, que se encierra en un cánon la infinitud y la eternidad. Tanta claridad me deslumbra, y viene á producirme iguales tribulaciones. Pero al fin, me da resuelto á Dios, me da resuelta la otra vida y me presenta una autoridad de muchos siglos. ¿Por dónde voy más en firme? No lo sé. Cuando profundizo en mi conciencia se me abren anchurosos y luminosísimos caminos; más al querer marchar por ellos, la supersticion y la teología me hacen equivocar los derroteros. Caminando por unos, voy acobardado; entrán-

dome por otros llevo los mismos temores. ¿Cuántos hombres van en mí?... Ve aquí, por qué, intento romper mi juramento y no puedo; por qué me esfuerzo en cumplirle, y tropiezo con las mismas dificultades. La sombra veneranda de mi padre —añadió con religioso respecto—me persigue por todas partes: el fantasma de mis pavorosas supersticiones no me deja vivir un momento.... La Religion positiva me oprime con su mano férrea. No puedo vivir de esta manera. Y, sin haber cometido una accion inmoral, yo no estoy tranquilo. Necesito por tanto, alcanzar mi tranquilidad de cualquier modo. Tomar las Órdenes Sagradas, no me parece un precio muy subido. Compraré la tranquilidad con ellas, aún cuando tenga por otro lado un infierno de amarguras en mi alma. La seguridad de hacer feliz á mi madre, si vuelve á la razon, me dará fuerzas para todo. Me ordenaré, Fernando, me ordenaré. Si no lo hago, concluiré por ir á un hospital de dementes.

—Cárlos, ese juramento es un sacrilegio. Creéme, no lo cumplas.

—Imposible—Fernando. Te voy á hacer otra consideracion. Si me decido á romper con mis escrúpulos, tengo que aceptar otro crímen. ¿Sabes cuál? El deseo de que mi infeliz madre no vuelva á la razon, para que no me sorprenda, si volviera, en esta bacanal sacrílega: tal la estimaria ella, donde se profanaba la memoria de mi padre. Esto evidentemente la mataria..... ¡Piensa bien en lo espantoso que seria para mí tener que hacerme cómplice de un nuevo crí-

men y conseguir la satisfaccion de una pasion cualquiera, por muy elevada que fuese, con la muerte de mi madre en un caso, ó con su desgracia perpétua acariciándola yo, en el otro! ¡Desdichada madre mia! No te abandonará nunca tu hijo—dijo Cárlos abrazando con frenesí á la anciana.

—¡Por Dios Cárlos, que te veo en camino del fatalismo!

—Es una teoría defendible Fernando. Pero hablemos de otra cosa. ¿Te ha referido el Magistral mi expulsion?

—¡Sí; pero lacónicamente! Me dijo que habia sido por infraccion de reglamentos.

Cárlos se detuvo. Iba á dar cuenta á su amigo de los amores que sostenia con Adelaida, y consideró que no debia hacerlo, cuando D. Víctor que era tan íntimo amigo de Fernando, habia estimado prudente callarlo, y la misma Adelaida á quien trataba Serante, como sabia Cárlos, no habia revelado una palabra tampoco. Todo se conjuraba. Debia callar, y calló. Por otra parte. Si él se decidia á terminar aquellas relaciones, ó en otro caso, comenzaba á poner los medios para llevarlas á buen término, tiempo sobrado habia para hacer esta confianza.

Dijo, pues, á su amigo para salir del paso:

—Sí; me sorprendió fray Martin leyendo libros prohibidos, y esto fué todo.

—¡Fanáticos, intolerantes!—murmuró Fernando.

Fernando tambien vacilaba en algo. Pensaba hablar á su amigo de los proyectos que tenia respecto á Adelaida y no lo hizo, porque le pa-

recia frívolo é impropio en las circunstancias de Cárlos, cuyo dolor parece que se ultrajaba.

Adios, hasta mañana Cárlos.

Adios, Fernando.

Las cosas se conjuraban. Pero no era esto todo.

Fernando desde allí fué á visitar á la condesa de Delavilla, antigua amiga de su familia, y su confidente y consejera hoy en las afecciones que iba sintiendo por Adelaida. Seguramente Fernando no habia podido sospechar de las intenciones de la condesa, ni ésta por otra parte daba motivos con su conducta para ello. Él la consultaba, como se consulta á una buena amiga de quien nada desleal puede temerse. La consultaba, además, por esa necesidad instintiva que experimenta toda alma enamorada de desahogarse en otra.

Presentia que habia de hallar algunas dificultades en el carácter retraido de Adelaida, y esperaba que la condesa, perspicaz, como mujer, y delicada como persona de educacion distinguida, sabria limar estas asperezas, sin el inconveniente de una mala acogida, que, tratándose de él, le inhabilitaria despues para continuar dignamente.

—¿Qué impresiones tiene hoy mi excelente amiga?—dijo despues de haber saludado á la condesa.

—No tan buenas como yo desearia, pero mejores ciertamente que las reveladas por el semblante de V. Fernando. Viene V. triste.

—Vengo afectado. He tenido en la cárcel una

conversacion con Cárlos Rafal, y me ha conmovido.

—¡Pobre Rafal!—contestó la condesa con muestras de sentimiento—siempre que voy á ese sitio en mi calidad de presidenta de la Asociacion subsidiaria para socorro de presos, me afecto lo mismo. Mañana por cierto corresponde la visita y por esta vez al menos, voy á ella, sino con más gusto con más curiosidad, por conocer al amigo de V. que tanto me elogia.

Como se vé la de Delavilla habia cambiado de táctica.

El P. Déspi, la habia hecho comprender que las almas no se ganan todas por igual camino.

—Es poco aún condesa. Vale más de lo que envuelven mis elogios. ¡Pero qué aberracion de Cárlos! ¿Creerá V. que sigue todavia empeñado en hacerse cura, y que si desea la libertad es por eso?

—Las vocaciones Fernando.

—No hay tal. Es un juramento que le hizo á su padre y que su madre ha conservado religiosamente.

—Pues más grave entonces, si se trata de un juramento—dijo la condesa que no podia disimular la alegría que aquella noticia le causaba.

—Y ¿me dá V. algun consuelo en mi enfermedad?

—Ya le he dicho á V. mi opinion: Adelaida tiene interés hácia V. no lo dudo. Sepa V. tener paciencia y veremos cuándo hay oportunidad.

Nosotras somos extravagantes. Rechazamos muchas veces lo mismo que anhelamos con mayor afan.

Dejemos entregados á ambos en sabroso coloquio para trasladarnos al lado de Adelaida.

XXI

El amor no es la palanca de Arquímedes

La desventurada Adelaida pasaba dias terribles, y la pobre doña Teresa se alarmaba más y más.

—Adelaida, nos estamos matando. No resistiremos mucho por este camino.

Adelaida por toda contestacion abrazaba á su madre y le decia:

—Mamá por la santisima Vírgen del Amparo, no te acobardes: que no tengo ya en el mundo más consuelo que el tuyo. ¿Si tu me faltas, qué va á ser de mí?

—Pero hija; mia ¿aún hemos de ir esta noche á la cárcel?

—Sí mamá, dame ese gusto.

—¿Y no irémos ya más?

—No; te prometo que será la última vez.

—¿Y al fin, Adelaida, no le hablaste á tu tio de estas visitas, en la conversacion que has tenido con él?

—No mamá; estaba el pobre muy angustiado y

no he querido agravar sus dolores. Temia además que me lo prohibiese y yo no hubiera podido desobedecerle.

A las nueve y cuarto de la misma noche, entraban en el calabozo de Cárlos Rafal Adelaida y su madre, á quienes seguía como siempre el fiel Damian, que permaneció en la entrada.

Cárlos se levantó al punto para recibirlas y estrechó las manos de su amada sin decir palabra. Ésta á su vez, se dejó conducir hasta la silla inmediata á la que ocupaba Rafal, y comenzó á verter lágrimas.

La infeliz jóven estaba desolada. En vano su madre y su amante, que no tenian mejor disposicion de ánimo, pero que procuraban hacerse superiores, le dirigian innumerables consuelos, para templar, en aquel momento al menos, la afliccion infinita en que se hallaba sumergida su alma. La infortunada Adelaida parecia no escuchar nada. Llorar junto á su amante, llorar, sin que las lágrimas alcanzaran á desahogar las oleadas de angustia en que se anegaba su pobre corazon, era todo lo que se le ocurria.

Doña Teresa no sabia qué hacer.

—¿De qué seria capaz tu amor, Adelaida?—murmuró Cárlos al oido de la jóven.

Esta levantó la cabeza y su semblante se iluminó con un fulgor desconocido.

No necesitaba palabras, ni las habia tampoco para expresar la intensidad de aquellas miradas que estaban irradiando mundos enteros. Cárlos lo comprendió.

—No me contestes—dijo al punto estrechando con

entusiasta fervor las manos de su amada. ¡Mañana!... añadió bajando la voz temblorosa y balbuciente, pero enérgica y acentuada en el fondo—mañana...—volvió á repetir mirando á todos lados—óyeme bien Adelaida, mañana me escapo de esta prision suceda lo que suceda, y que el infierno me confunda despues. ¿Me seguirás?

Se oyó al mismo tiempo un penetrante grito en el calabozo. Todas las miradas se volvieron. Era la infeliz doña Teresa que habia oido las últimas palabras de Cárlos y se habia desmayado. Vió en un relámpago el abismo que se presentaba á sus piés.

—¡Te seguiré!—dijo con energía, y acudió solícita al cuidado de su madre.

. . . . . .

Algun tiempo despues salian de la cárcel, apoyándose en el brazo de Damian, doña Teresa, mientras Adelaida decia con los ojos á su amante:

—Hasta mañana Cárlos.

—Hasta mañana—contestaba éste tambien con la mirada.

—Haga V. enviar un recado, señor alcaide, á mis amigos los señores Escobedo y Eduardo, de quienes ya me ha oido hablar, para que estén aquí sin falta mañana á las ocho.

Escobedo, en efecto, solicitó permiso con el pretexto de acompañar á su familia durante dos dias, y Eduardo que habia salido ya del colegio poniéndose externo, como deseaba, fué avisado en la casa de huéspedes, y se presentó en la cárcel con aquél, á la hora fijada por Rafal. Estaba demudado y como si le dominara alguna preocupacion.

—¿Qué tienes Eduardo?—le preguntó Rafal.

—Me duele la cabeza.

—¿Estais dispuestos á servirme si yo os necesito?

—Hasta para incendiar el Seminario si preciso fuera—contestó Eduardo al punto.

—Ordéname lo que quieras —añadió Escobedo.

Rafal les manifestó su proyecto de evasion y la forma que tenia preparada.

—Me parece bien en parte observó Escobedo—pero debemos á la vez ganar al alcaide.

—No seria malo, pero no hay dinero.

—Lo hay—contestó sombríamente Eduardo.

—¡Eduardo!—exclamaron á un tiempo Escobedo y Rafal.

—No hay que alarmarse: lo hay, á préstamo por cuatro ó cinco dias.

—Pero...

—No me hagais preguntas ni observaciones. ¿Importa tu evasion?

—Me importa, pero sin compromiso para vosotros.

—Que no le hay. Adelante. Ya os diré lo que es esto, y no tengais escrúpulos entretanto, si contamos con el dinero necesario para el tiempo fijado.

—Lo habrá pasado mañana mismo—dijo Escobedo.

Ya hemos dicho antes que era de padres ricos.

—A la obra entonces.

Conversaron largamente, y Eduardo se encerró poco despues en una habitacion reservada con el alcaide, volviendo luego al calabozo del preso.

—Ya está arreglado Cárlos. Hasta la noche.

—Lleva de paso esto á su destino, y no olvides á las cinco de la tarde lo principal, respecto á mi madre—repuso Cárlos.

Y entregó al mismo tiempo un billetito á Escobedo que decia así:

«Adelaida mia: esta noche salgo y mañana habremos atravesado la frontera. Ya arreglaremos despues la forma y tiempo de unirnos. Una cinta blanca que Escobedo sujetará á una de las ventanas del piso bajo que dan á la Corredera, será señal de que estoy libre. Si no la viere Damian, habrá ocurrido algun contratiempo.»—TU CARLOS DE TODA LA VIDA.

—Ya te he he dado las señas de mi planchadora—añadió Cárlos,—es una antigua sirviente de mi casa que nos ha sido siempre fiel, y es necesario de todo punto que te acompañe.

—Está bien.

Media hora despues arrojaba Escobedo el billete anterior por una de las ventanas bajas de la casa de D. Víctor, donde esperaba Adelaida, y ésta le recogia, sin que otra persona alguna lo hubiera advertido. Una hora más tarde visitaba á Eduardo dándole instrucciones para el proyecto de la noche.

—Hasta las ocho y media junto á la Catedral, dijo á su amigo.

A las cinco del mismo dia paraba no lejos de la cárcel, un carruaje de alquiler, tomado por Eduardo, del que se apeaba éste y una mujer del pueblo, como de cincuenta años, que era la planchadora de Cárlos.

Subieron al calabozo del preso, y ésta se dirigió á la anciana procurando hacer recordar á la infeliz enagenada, sucesos antiguos y facciones completamente olvidadas en la memoria de aquella. Doña Lucía miraba sin dar muestras de inteligencia.

El pobre Cárlos no separaba la vista de su madre. Estaba acongojado.

—Es Inés, madre mia; es Inés, nuestra criada, que viene para que nos vayamos á nuestra casa. Yo voy á recoger todo esto y luego me marcharé contigo. ¿Tu te irás ahora con ella, verdad? Y Cárlos la agasajaba, besándola al mismo tiempo.

La anciana continuaba lo mismo.

—¡Vamos, madre, levántate!—añadia Cárlos, rodeando la cintura de su madre y ayudándola á ponerse en pié.

Doña Lucía miró entonces como espantada á su hijo; pero no se movió.

—¡Desventurada!—dijo Rafal corriéndosele las lágrimas.—No sale de aquí, mientras yo esté. Es imposible llevarla á la fuerza. No tenemos otro medio que el de salir esta noche, quedándose en tanto Inés con ella, y ya le será mucho más fácil conducirla, cuando no me vea en la prision. Seguramente diciéndola que van VV. á encontrarme se dejará guiar.

—Hasta la noche pues, Eduardo.

A las nueve, menos algunos minutos llegaban á la puerta de la prision Escobedo y Eduardo cubiertos del todo con sus capas y el primero conversaba algunos minutos con el alcaide á

quien entregaba á la par un pequeño paquete.

—Está bien—contestaba el guardian. Pueden ustedes salir cuanto antes, y procuren amarrarme en el calabozo llevándose las llaves. Los corredores están desiertos.

—A la obra pues—contestó Escobedo.—En la ermita del Amparo nos esperan con los caballos.

Se dirigieron al calabozo de Cárlos Rafal y encontraron á este abrazado á su madre, sobre cuyos hombros descansaba la cabeza derramando abundantes lágrimas.

Escobedo y Eduardo se detuvieron. Tan imponente les pareció aquel dolor.

Rafal se levantó como convulso luego que advirtió la presencia de sus amigos, besó y estrechó entre sus brazos á su madre por última vez, y dijo al punto:

—Cuando querais.

—Inés—añadió balbuceando—le dejo en depósito hasta que pasen tres dias lo que más quiero en el mundo.

—Esté V. tranquilo, señorito,—contestó aquella buena mujer.

Los tres amigos se pusieron en marcha.

No habrian andado tres pasos fuera del calabozo, cuando se sintió en éste, un ¡ay! desgarrador y como una lucha sorda entre dos personas, que alarmó á los fugitivos y con—especialidad á Cárlos.

—¡Mi madre!—exclamó sobresaltado, poniéndose de un salto en la puerta del calabozo.

Era su madre en efecto que forcegeaba desesperadamente con Inés, llamando á grandes voces á su Cárlos.

Éste se presentó en el dintel del calabozo en aquel instante.

—¡Hijo mio, Cárlos de mi vida!—exclamaba con el acento más desgarrador la infeliz anciana, á quien en vano pugnaba por sujetar Inés.

—Madre mia, vuelvo pronto; no llores; que pierdes á tu Cárlos—decia el atribulado hijo.

—Cárlos, que nos perdemos todos; sé hombre fuerte—le decia Eduardo con acento nervioso desde fuera.

Rafal dió tres ó cuatro pasos más.

—¡Hijo mio!—volvia á exclamar la anciana con la más conmovedora entonacion que haya tenido mujer alguna.

Cárlos estaba loco. Aquellos momentos pesaban sobre él, como si fueran muchos años de amarguras.

—¡Cárlos, Cárlos!—decia ya casi rugiente Eduardo—pierdes á Adelaida, pierdes al alcaide, pierdes á tus amigos, á quienes has comprometido, te pierdes tú, y no salvas á tu madre.

Rafal adelantaba algunos pasos más fuera del calabozo, como la débil hoja flota en el espacio á merced de los vientos encontrados.

La anciana no paraba en sus desgarradores lamentos. Partia el alma.

—¡Hijo, hijo!—continuaba la infortunada madre, extendiendo las manos suplicantes en direccion de la puerta del calabozo y procurando desasirse de Inés que la sujetaba.

Cárlos Rafal se mordía las manos de rabia.

Eduardo rechinaba los dientes.

Escobedo se hallaba recostado en una columna, con los brazos cruzados y sin decir palabra.

—Por última vez te lo digo, Cárlos—gritaba ya Eduardo en el colmo de la desesperacion—Ó la perdicion de todos, ó un dia de sufrimiento para tu madre, que ni se dá cuenta de lo que pasa.

—Pues la perdicion de todos—exclamó con voz cavernosa Cárlos—y que no sufra mi madre. Desata las ligaduras del alcaide, Eduardo. Procura salir de la cárcel al momento Escobedo. Ponéos en marcha, puesto que es tiempo. Yo me quedo en la prision resueltamente—dijo con una precipitacion vertiginosa. Y se dejó caer jadeante y desfallecido junto á su madre que corrió á abrazarle.

—¡Pobre amigo mio!—exclamó con el mayor desaliento Escobedo—Es un mártir.

Cárlos cogió una pluma y escribió lo siguiente poseido de la mayor exaltacion:

«Es el destino, Adelaida. Debemos separarnos para siempre. He pretendido huir, y el cielo, por medio de mi desventurada madre, me ha recordado el sacrilegio espantoso que iba á perpetrar. Doblemos humildemente la cabeza ante sus decretos. Cárlos debe morir para ti, como Adelaida comienza desde este momento á morir para su amante. No mates á tu pobre madre con tanto disgusto, como yo tengo casi muerta á la mia. Tu lo dijiste en una ocasion: felicidad que comienza faltando á los deberes ha de ser una triste felicidad. Adios.»—El que fué tu Cárlos.

—Lleve V. Inés esta carta—le dijo á la sirviente, á Damian el criado de la señorita que debe estar en la Corredera junto á una de las ventanas del piso bajo.

Cárlos estaba furioso: la fuerza inmensa de aquella voluntad se estrellaba contra la impasibilidad del destino.

—Cárlos no te desesperes—murmuraba Escobedo.

La infortunada doña Lucía miraba á su hijo con una atencion extraña.

Éste se paró de repente frente á su madre. La fijeza de la anciana seguía en aumento.

—Has perdido á tu Cárlos, madre mia,—le dijo sin ser dueño de contenerse.

La enagenada debió experimentar una trasformacion súbita. No es el primer caso de curacion de un demente, al ser exacerbado un sentimiento que le domine.

—¿Hijo mio, por qué te he perdido?—exclamó la infeliz madre con la ternura de sus mejores tiempos.

Cárlos Rafal se colocó de un salto, todo convulso, junto á su madre, á quien estrechó y besó las manos con frenesí.

—Madre mia, querida madre mia,—decia sin cesar clavando los ojos en ella—habla, háblame así.

—¿Quién te arranca de mi lado, pobre hijo mio?

—Soy tu Cárlos: te quiero mucho, mucho, como siempre. ¿No me conoces? ¡Que yo te oiga de esa manera y soy feliz! ¿Qué me importa todo ante tí?

La anciana le miraba cada vez con más intensidad y le abrazaba fuertemente.

—Busca al médico en el momento, Escobedo.

—Desata entretanto las ligaduras del alcaide, Eduardo; idos.

Y no cesaba de observar los más insignificantes movimientos de su madre.

Ésta parecia como abstraida en algun pensamiento.

—¿No me dices nada, madre de mi alma? ¿No me quieres ya?

Doña Lucía no contestaba pero seguía mirando á su hijo.

—¡Infeliz de mí!—exclamó Cárlos en el colmo del desconsuelo—¡me habia forjado la ilusion de que estaba buena!

A los pocos momentos llegó el médico de la cárcel y comenzó á observar á la enferma.

—¿Qué hay?—preguntó Cárlos con ansiedad.

—Estamos en el principio de su curacion.

Cárlos lo olvidó todo. Ya se creía el ser más feliz de la tierra.

XXII

El dinero de Eduardo

Serian las nueve de la noche del dia en que Eduardo salió del colegio, cuando Raimundo el fámulo del vice-rector, se dirigia cautelosamente por las calles que conducian á la morada de la familia de D. Víctor. Por muchas que fueron sus precauciones *cristianas* como decia fray Martin para evitar las miradas del siglo, no pudo advertir que al doblar la esquina del Seminario se destacó una sombra de entre uno de los ángulos que formaban las pilastras exteriores que sustentan la Iglesia de San Benito, y le siguió como á distancia de treinta pasos, parándose á cada instante en los momentos que Raimundo se volvia. Así continuaron el fámulo y la sombra hasta llegar al callejon donde concluía el jardin de la casa de doña Teresa. La sombra se ocultó entonces, pegándose enteramente á la pared en uno de los recodos entrantes que hacia la calle.

Raimundo exploró por última vez todo el

terreno á que alcanzaba su vista, y convencido de que no habia nadie silbó tres veces de una manera suave y particular. En el acto se abrió la puerta del jardin y el fámulo desapareció por ella. Un minuto despues avanzaba la sombra hácia aquel mismo sitio y empujaba la puerta por donde habia penetrado Raimundo, que no cedió á la presion de su mano.

—La han cerrado por dentro—dijo para si con muestras visibles de contrariedad.—Está bien. Ya he descubierto bastante. Esperemos. Y se retiró algunos metros del sitio que ocupaba.

Media hora habria trascurrido desde que el fámulo desapareciera por la puerta del jardin, cuando esta volvió á abrirse y la silueta de Raimundo se dibujó en la calle.

—Hasta mañana Juanilla—dijo con gran agitacion, comenzando á marchar apresuradamente.

—No faltes Raimundo: me has perdido—contestó desde dentro una voz temblorosa de mujer.

Raimundo y el que le acechaba siguieron el mismo camino que habian traido. Al llegar á la puerta del Seminario volvió á pararse aquel y la sombra tambien se detuvo. Por fin se decidió el fámulo á entrar, y dos minutos despues atravesaba los umbrales del colegio el que le seguía que no era otro que Eduardo y decia al portero:

—Voy á recoger unos objetos que me dejé esta tarde. Allá va eso. Y puso una peseta en manos del guardian.

—Lo que V. quiera señorito Eduardo—contestó aquel muy meloso.

Las propinas han ablandado siempre los cora-

zones, aun cuando se hallen tan bien templados como el de un portero de Seminario.

Raimundo corrió apresuradamente por los cláustros, desiertos á la sazon; llegó al patio de novicios, saltó la verja que le circundaba, y se dirigió á uno de los rincones más oscuros, donde habia un enorme naranjo bajo cuyas espesas ramas se detuvo un instante. Eduardo se corrió por la parte de la verja más proxima al árbol, pero sin saltarla, y observó desde allí. El fámulo estuvo abriendo un hoyo con una herramienta que Eduardo no distinguía y sepultó despues en él algunos objetos. Volvió á cubrir el sitio con tierra; esparció unas hierbas arrancadas, por toda aquella parte, dirigió una mirada al patio, que aparecia desierto y saltó la balaustrada encaminándose á su celda.

No habria tenido tiempo de llegar á ella, cuando Eduardo saltó á su vez la misma verja del patio y descubrió la escavacion que habia hecho el fámulo. Sacó los objetos enterrados allí, y los guardó bajo su capa, saliendo del Seminario y entrando á poco en la casa de huéspedes que ocupaba desde aquel dia en la ciudad por haberse puesto externo, segun sabemos.

Cuando estuvo solo, examinó los objetos que recogiera en el patio de novicios y quedó mudo de estupor.

Cuatro cartuchos llenos de oro, una palanqueta de acero muy fina, una pequeña sierra de cortar hierro, otro instrumento que Eduardo no conocia, un rosario de oro y un diminuto busto de benedictino, de oro tambien, constituían el

museo subterráneo que la piedad del buen fámulo habia formado.

—El P. Martin dice que valen más los santos que los sábios—dijo riendo Eduardo.—Tiene razon; pero por esta vez han valido más los sábios que los santos.

Al dia siguiente de los sucesos narrados era llamado con gran urgencia D. Víctor que se hallaba en el Seminario, y recibia de su hermana doña Teresa la noticia de haber sido sustraidos tres mil duros de la cómoda antigua que estaba en el gabinete, sin que se notasen señales aparentes de fractura. El Magistral no prorrumpió en lamentaciones como su hermana. Se revistió su semblante de un tinte severo, meditó un momento sobre las causas que hubieran podido producir el robo, inquirió despues, y supo por estas indagaciones que Margarita hablaba con el escribiente de D. Fulgencio por la puerta del jardin, y la despidió en el acto.

Vanas fueron las súplicas de doña Teresa y Adelaida que protestaban de la inocencia de su doncella. D. Víctor les contestaba á todo:

—Aún cuando sea inocente, no quiero permitir en casa doncellas que tienen de noche las puertas á disposicion de sus amantes.

Dos ó tres veces habian querido la madre y la hija decir claramente al Magistral que Margarita les habia acompañado á la cárcel; pero temieron empeorar el asunto y darle quizás motivo para que desconfiara de todas.

Margarita fué despedida. Doña Teresa decia entretanto con el mayor desconsuelo á su hija.

—Ese Rafal, será nuestra desgracia.

—Pero mamá; ¿eso qué tiene que ver?...

—El robo, Adelaida, se ha cometido en nuestra ausencia.

—Desconfío de Juana, que era la única que estaba en casa.

—¡Hija por Dios! no seas mal pensada. ¡Juana tan fiel!... Más me inclino á creer que se olvidó Margarita de cerrar la puerta, y alguien que habrá visto venir á Críspulo todas las noches, y que ha notado nuestras salidas, se aprovechó del sueño de Juana que lo tiene muy pesado. ¡Pobre chica! Ni novio se le conoce.

—Pues sin embargo, desconfío de ella.

—Puede que se aclare todo.

—Lo dudo mucho; y aún así, no volveremos á tener nuestro dinero.

Y Adelaida calló permaneciendo pensativa. Estaba con una inmensa pena, porque habia perdido con aquel robo la última esperanza de salvar á Cárlos.

XXIII

Los salvadores de conciencias

Adelaida estaba desolada. Su salud, muy quebrantada ya, desde que comenzaron las desgracias de Cárlos, se venia debilitando por instantes de una manera tal, que doña Teresa se habia alarmado.

—¡Adelaida, hija mia!—le decia toda llorosa la infeliz madre en una de estas veces,—me da pena verte de ese modo; creo que vamos á concluir las dos á un mismo tiempo, si continúas así.

—¡Mamá no llores por Dios! ¡Cuántos disgustos te causo! Yo no deseo nada ya. Con la libertad de Cárlos, aunque le hubiera de perder para siempre, me conformaba, y daba infinitas gracias al cielo.—Y dejaba escapar algunas lágrimas, apesar del esfuerzo que hacia por contenerlas.

—¡Pobre hija mia!—volvia á decir doña Teresa acariciando con ternura la cabeza de Adelaida.

Aquí llegaban en sus lamentaciones cuando se anunció la visita de la condesa de Delavilla.

Tanto la madre, como la hija, se mostraron contrariadas, pero procuraron disimular, y recibieron con aparente afecto á su amiga.

—¿Cómo vas de tus aprehensiones mi querida Adelaida?—preguntó la condesa con su amabilidad acostumbrada.

—Si yo no soy aprehensiva, Agustina. Cuando me quejo, tengo siempre motivo.

—Este le hay de todos modos—repuso la condesa—pero la aprehension consiste en agravarlo.

—Pues ni aún tratándose de los dolores, quiero ser egoista—dijo Adelaida dulcemente.

Doña Teresa se levantó excusándose con la de Delavilla, y quedaron solas ésta y Adelaida.

—¿Te vas curando, Adelaida, de tus desgraciados amores?—preguntó la condesa con las más ostensibles muestras de afecto.

—Si dice V. lo de «desgraciados» por la situacion actual de las cosas, no tienen á la verdad mucha fortuna en lo presente. Si alude V. á otra cosa, no la comprendo.

—Por la situacion actual, y por todo, querida amiga.

—¡Agustina, se lo ruego por lo que más quiera en el mundo: no me mortifique aún cuando lo haga con el mejor deseo; que no tengo fuerzas para más!—dijo la infeliz Adelaida en tono suplicante.

—Precisamente Adelaida, porque no se te oculta que yo sé cuánto te mortifica esta conversacion, comprenderás que es un interés supe-

rior, no cualquier causa, lo que me obliga á insistir, aún á riesgo de tus protestas. Mucho debo quererte para formar tal empeño en salvarte, sabiendo que he de sufrir tus enojos.

—Pero Agustina, por Dios, aún cuando su cariño hácia mí, que le agradezco de todas veras, sea el motivo de su insistencia, ¿no comprende que es muy difícil salvar al enfermo que no ayuda al médico?

—¿Es acaso incurable tu enfermedad?

—Tal creo por ahora.

—Has hecho muy bien en añadir, por ahora. Así no desconfío; y mucho menos cuando veo, (no te alarmes por lo que voy á decir, que es una amiga cariñosa la que no quiere ocultarte la verdad), cuando veo, repito, que Cárlos está próximo á curarse.

La desventurada Adelaida comenzó á temblar como la hoja en el árbol. No tenia fuerzas para contradecir á la condesa. Aquel golpe inesperado la conmovia de una manera profunda, y sin embargo, estaba convencida de que Cárlos seguía amándola. En otra ocasion, hubiera dado un mentís instantáneo á la que tal hubiera dicho de su amante. Mas en la presente no le fué dado articular sino dos ó tres palabras.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué he hecho yo para sufrir tanto?—dijo con las lágrimas en los ojos.

—Adelaida, amiga mia—repuso la condesa al punto—no vayas á entender cosas que están lejos de mi ánimo. Al decir que Cárlos está próximo á curarse, me refiero á su propósito de

tomar las Órdenes Sagradas, tan luego como salga en libertad. Él mismo lo ha manifestado á Fernando Serante. Irrevocablemente decidido. ¿Comprendes ahora mis palabras y el interés superior de que te hablaba antes?

La pobre Adelaida estaba anonadada. Las escenas que se venian desarrollando, sumaban muchos más elementos que los que permitia resistir su delicada alma, y en semejante lucha era más que verosímil que naufragara. Quizás animándola Cárlos en otras circunstancias, hubiera resistido las más bravas tormentas. Pero si éste tambien la abandonaba, ¿qué iba á ser de ella?

Estas reflexiones, sin duda, debia estarse haciendo en su interior, puesto que dijo á su amiga despues de largo rato de silencio.

—¡No puedo más, Dios!—si él me abandona, soy perdida.

—Si él te abandona, te queda Dios y te quedan tus amigos. Yo estoy segurísima de que Rafal te quiere; pero su situacion debe ser terrible, y él es hombre, segun dicen, de un talento y voluntad superiores. En esto precisamente revela sus condiciones heróicas. Te adora con una exaltada pasion, y sin embargo, cumple con su deber antes que nada, no violando el juramento que hizo á su padre, segun lo que me ha referido Fernando. En estas luchas se conocen las almas bien templadas. ¿Por qué no le imitas tú, mi querida Adelaida?

—Ya consultaré todo esto con mi tio Víctor.

—Muy bien pensado, hija mia—muy bien pensado. El Magistral es una excelente y sabia per-

sona, que te quiere con la ternura de un padre. Inspírate en él. Y entretanto recógete y cuídate mucho. ¿Si quisieras venir el viernes á casa?..

—Está bien—contestó Adelaida con aire sublime de resignacion. Esperéme V. en su casa el viérnes Agustina.

—Cuando tu quieras Adelaida. Todo lo que yo tengo y puedo es tuyo. ¿Te has convencido de que Rafal apesar de su carta, te quiere?

—De esto ya lo estaba. Mas triste es la otra conviccion.

—Y sin embargo; no es irremediable esto—continuó la condesa en dulce tono. Yo habia creido que le condenarian á más tiempo. ¡Pero seis años y de prision menor! Tu no conoces estas cosas Adelaida. Seis años de prision con buenas influencias, son veinte ó veinticuatro meses reales por los indultos. Si á esto agregas las autorizaciones que se alcanzan de los comandantes de esos establecimientos para tener la ciudad por cárcel, queda reducido á nada. No te acobardes, que aún sereis felices...

—No estará un dia; no quiero que esté ni una hora contestó con entereza Adelaida. Esperéme V. el viérnes y hablaremos.

—Por Dios hija mia, no tomes una resolucion desesperada—dijo la de Delavilla con hipócrita sentimiento. Ya siento haberte hablado con franqueza.

—Se lo agradezco en el alma Agustina. Sabe Dios lo que V. me habrá evitado con esto.

—Pues hasta el viérnes Adelaida. ¿Quieres algo para allá?—añadió señalando la direccion de la

cárcel—mañana debo ir en cumplimiento de mi cargo.

Adelaida palideció.

—¿Olvida V. lo ocurrido?—dijo mirando á la Delavilla con singular tristeza.

—No lo he olvidado; pero creo que estas cosas no deben tomarse así. En fin; yo no tengo esos temperamentos tan resolutorios. Me da miedo cerrarme las puertas para siempre...

—No hablemos de eso—dijo por fin Adelaida terminando la conversacion.

La condesa dió un beso á Adelaida y se despidió.

Como se ve, comenzaban admirablemente las primeras baterías. Decimos baterías en plural, porque al mismo tiempo tenia lugar en el Seminario otra escena relacionada con la anterior, que encaminaba los sucesos al mismo objeto del modo más natural.

Hé aquí lo que habia pasado. Margarita llegó toda llorosa á casa de la condesa el dia que la despidió D. Víctor y suplicó á ésta, cuyas buenas relaciones con sus antiguas señoras conocia, que las interpusiese á su favor para que volvieran á admitirla, refiriendo al mismo tiempo la causa y detalles de su salida. La de Delavilla prometió hacer lo que pudiera, más no hizo en realidad otra cosa, que avisar inmediatamente al P. Déspi y darle cuenta de lo ocurrido.

Sin perder momento corrió al Seminario el travieso discípulo de Loyola, y se anunció en la celda rectoral.

Don Víctor pareció un poco sorprendido, aún

cuando tenia regulares relaciones con el jesuita. Se apresuró, no obstante, á dar al fámulo la órden de que pasara, y el P. Déspi saludaba al poco rato al Magistral en su gabinete de Rector.

—¿A qué debo el honroso placer de ver á tan distinguido padre por ésta pobre rectoral?—dijo don Víctor con afectuosa sonrisa, luego que se hubieron sentado.

—Nunca es pobre la vivienda de un hombre tan rico en inteligencia y virtudes, como es el modesto Rector á quien tengo la honra de hablar.

—No contribuya V. á engreirme con elogios, que aún siendo inmerecidos, llevan siempre la autoridad de sus lábios. «Siervo de los siervos de Dios» se llama el representante de nuestro Divino Redentor en la tierra...

—Los dos merecemos la leccion, Magistral—dijo el jesuita riendo. Vamos á mi asunto, ó mejor dicho, á mis asuntos porque son dos.

—Estoy esperando sus órdenes—contestó don Víctor.

—¿Quién es un jóven seminarista que se llama Manuel Beltran Escobedo?

—¿Escobedo?—repitió D. Víctor como trayendo á la memoria sus recuerdos—sí, un jóven de regular despejo, de distinguida familia y de una cuantiosísima fortuna, segun tengo entendido.

—Su inteligencia—continuó el jesuita—dice usted que es regular ¿y sus condiciones morales?

—Buenas, en lo que puede estimar un Rector, que no tiene nunca la suma bastante de datos para tales juicios.

—¿Es místico?

—No le tengo por tal.

—¿Licencioso tal vez, ó despreocupado?

—Tampoco le creo de esos.

—¿Atrevido en sus conceptos?

—Jamás le tuve por tímido.

—Está bien, gracias. Pretende entrar en la Compañía, y comprenderá V. ahora mis preguntas.

—¿Escobedo en la Compañía?

—¿Le sorprende á V?

—Siempre me sorprende en los jóvenes cuando se trata de avanzar.....

—Vamos al otro asunto, Magistral. ¿Qué podemos hacer por ese pobre jóven que está en la cárcel, que fué alumno del colegio y decano de esta Comunidad? Estoy realmente interesado por él, porque me han dicho que vale mucho.

Si D. Víctor no hubiera sido tan dueño de sí mismo, seguramente habria sorprendido el jesuita algun extraño movimiento en su semblante á juzgar por la emocion que esta brusca interpelacion le produjera. Contestó, no obstante, con serenidad.

—Es deplorable, P. Déspi, verdaderamente lamentabilísimo lo acontecido á ese jóven.

—Segun me han hecho entender—volvió á decir con gran naturalidad el jesuita—fué expulsado por infraccion de reglamentos.

—Todos lo son por igual causa.

—Me parece, sin embargo, y protesto antes del respecto que me merecen las resoluciones de tan dignos superiores, que la medida contra ese jóven ha alcanzado en esta ocasion el máximum de la pena.

—Seria muy difícil con otro sistema conservar la autoridad de los reglamentos.

—Pues yo no olvido que se trata de un seminarista que pudo dar con sus excelentes aptitudes dias de gloria á la Iglesia, y que aún, si podemos salvarle, nos importará como una buena adquisicion; sobre hacer con semejante acto una obra de caridad, á que estamos obligados. Bien considerado el supuesto delito, que le ha conducido á donde se halla, no es otra cosa que la exaltacion de un sentimiento nobilísimo: el amor filial.

—Evidente—contestó D. Víctor, á quien el astuto padre habia sabido desorientar con su bien pensada táctica.

—Esto, sin considerar—añadió con misterio, y como haciendo una confianza al Rector—que abandonándole á sí mismo, está muy expuesto á resbalar por la pendiente peligrosa en que se va colocando, pendiente tanto más fácil de recorrer, cuanto que su escasez de medios materiales le obliga á dar ciertos pasos, que si no inmorales, ceden en desprestigio de la persona, y justifican despues otros mayores. Ya en cuatro ó cinco veces ha tenido que recurrir al padre Martin, que le ha dado varias cantidades, de lo que el pobre ha podido...

—¿Del P. Martin?—dijo estupefacto D. Víctor.

—¿Qué tiene eso de reprensible, querido Magistral? Un préstamo del hombre que ha sido maestro y casi padre en el colegio, y en las circunstancias de ese jóven lo veo muy natural. Más grave me parece otra cosa, aún cuando tampoco

deba constituir motivo de anatema; fundado en ella precisamente deseaba yo que trabajáramos por ese infeliz Rafal. Me refiero al intento de soborno á la curia para alcanzar la libertad, proyecto que no tuvo muy buena acogida por parte del escribano D. Fulgencio.

—¡Proyecto de soborno!—exclamó D. Víctor con un estupor creciente y como si estas noticias le revelaran un indescifrable enigma.

—Sí, Magistral, sí; pero le ruego á V. que no haga uso tanto de lo uno como de lo otro, porque las dos cosas han llegado á mi por confidencia secreta de buenos amigos...

—¡Pero si Rafal no tiene posicion!—volvió á decir D. Víctor cada vez más asombrado.

—Será algun amigo suyo ó de su familia; esto no es muy difícil. Dos mil duros habian ofrecido por su libertad.

Don Víctor sudaba. Tal era la sobrexcitacion en que le habian colocado estos descubrimientos.

Ya tenia explicado sin otras investigaciones el robo que él atribuyera á Margarita. Su sobrina y su hermana habian sin duda, entregado esta cantidad á Rafal para que se salvara. Conocia bien la pasion de su sobrina y el delirio de doña Teresa por su hija. Las dos eran cómplices en concepto de D. Víctor, y temiendo su desaprobacion no habian contado con él. Pero lo que más le amargaba era que Rafal lo hubiese aceptado. Es verdad que habia comenzado por recurrir á fray Martin despues de lo ocurrido en el salon de Grados.—Decididamente Cárlos Rafal no es el hombre, que yo me fingia—se

decia en su interior con el mayor desconsuelo.

—Tiene V. razon, padre Déspi—dijo en voz alta —es necesario trabajar por ese jóven. Aún es tiempo.

Al poco rato se despedian con la más sincera afectuosidad en la apariencia.

—¡Pobre hermana mia, pobre Adelaida!—murmuraba D. Víctor, luego que despidió al jesuita.—Han dispuesto de lo suyo, es verdad; pero esto es grave, porque pudieran dar otro paso más comprometido con ese Rafal. Las salvaré, ¡oh, sí, las salvaré!

XXIV

Indagatorias

El Magistral llegó á su casa en la mayor preocupacion. La conducta de su hermana y de su sobrina en relacion al asunto de Cárlos, le iba pareciendo muy peligrosa. Se determinó por tanto á tener una entrevista séria con la primera, abordándole francamente el negocio. Confiaba en el cariño y lealtad de doña Teresa hácia él.

En el instante, pues, de encontrarla, le expuso con toda claridad sus sospechas y los motivos que tenia para fundarlas. La infeliz madre protestó con toda la sinceridad de su carácter, declarando á la par, que ni aún Margarita, de quien se habia sospechado, podia ser culpable, puesto que las acompañó á la cárcel la noche del robo.

Don Víctor se desorientó por completo al oir el relato de su hermana, pero se acrecentaron sus preocupaciones, cuando supo que habian vi-

sitado dos ó tres veces á Rafal en su prision.

—Esto va tomando mal sesgo Teresa. Comienzo á temer que nuestro cariño á Adelaida, nos lleve á debilidades censurables.

—Esto mismo creo yo, hermano mio. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Por el pronto, descifrar el misterio del robo. Despues tendré yo una conversacion con Adelaida.

—Y el robo, ¿cómo vas á averiguarlo?

—¿No me dices que sospechas de Juana?

—Era la única que estaba en casa.

—¿Se la conoce novio?

—Yo creia que no, pero.....

—Pero le tiene, ¿no es esto?

—No quisiera decírtelo, porque sentiría que castigases.....

—Dímelo todo; es necesario.

—Pues parece que anda entretenida con un seminarista de San Gervasio: un tal Eduardo...

—¿Eduardo?

—Sí; un jóven muy travieso que hablaba con ella en la Alameda, cuando iban por allí los colegiales. Muchas veces la hemos reñido por eso.

—Y dices.....

—Despues creo que ha salido del colegio, y ya nos han dicho en varias ocasiones, que se han encontrado á Juana hablando con ese mismo.

—Está bien. No dés paso alguno respecto á Juana por ahora.

—Por Dios Víctor, no castigues á ese jóven.

—Descuida.

Don Víctor marchó al colegio. Examinó los an-

tecedentes que obraban en la secretaría privada, respecto á Eduardo, confrontó la fecha de su salida con la del robo, que coincidian desgraciadamente, y dió á su fámulo el encargo de que se presentara el alcaide de la cárcel en el colegio, en el momento que le fuera posible, pues necesitaba hablarle el Rector.

El empleado vino efectivamente aquella misma tarde, y entró en el cuarto rectoral.

—Señor alcaide—le dijo el Rector, luego que estuvieron solos—tengo noticia de un suceso, que V. conoce, y que me interesa mucho. Si me habla V. con claridad, cuente con mi silencio absoluto; si se niega á hacerlo, lo investigaré por otro lado, y acaso pierda V. más.

—Diga V. Sr. Rector.

Don Víctor entonces refirió lo que sabia por doña Teresa de la proyectada evasion.

El alcaide se turbó, creyéndose perdido.

—Esté V. tranquilo—dijo D. Víctor al punto.

El empleado contó detalle por detalle lo sucedido, si bien tratando de justificar su conducta, con la desgraciada posicion del preso y de su madre que le habian conmovido, y omitiendo el haber recibido cantidad alguna, aún cuando aseguró que le habia ofrecido diez mil reales Eduardo, y que se comprometia éste á depositarlos.

—Márchese V. sin temor alguno, señor alcaide.

El Magistral vió ya demasiado claro y demasiado pronto por desgracia. Relaciones de Eduardo con Juana; malos informes y quejas repetidas de los inspectores del colegio respecto al mismo; salida del colegio en aquel dia preciso;

malas referencias por parte de sus compañeros de celda; intento de soborno al alcaide, con cantidades que no podia tener; intimidad con Rafal, cuyo único cuarto visitaba en el Seminario... y por cima de todo esto, la situacion de su sobrina, agravada cada vez más con unas relaciones, cuyo término debia de ser funesto.

Ya hemos repetido antes que D. Víctor sentia hácia Adelaida verdadero cariño de padre.

Se trasladó en el acto á su casa otra vez é hizo venir á su gabinete á la jóven.

—¿Tienes mucha confianza en tu tio Víctor.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por saber si dudas de mi cariño ó de mis palabras.

—Nunca he dudado tio; cada dia te quiero más.

—¿Sentirías mucho abandonar las relaciones con Cárlos?

La pobre niña se puso pálida.

—Tio..... yo.....—balbuceó.

—¿Sí yo te dijera que no te convienen las relaciones con él, me creerias?

—Pensaria que tienes motivos graves.

—Y si te añadiese, que entre tales motivos, existen algunos que me hacen sospechar que Cárlos no es digno de tí.

—¡Tio Víctor por Dios!—interrumpió la infeliz Adelaida llorando—Cárlos es...

—Créeme hija mia; deja esas relaciones; ya sabes que yo no te quito un gusto caprichosamente.

La desventurada jóven se retiró á sus habitaciones desconsolada y el Rector se despidió para volver al Seminario.

XXV

Las congregacionistas del Corazon de Jesús

—¿Has visto qué desgracia, hija?

—¿Lo de Adelaida?

—Si: ¡quién lo hubiera creido!

—¡Fíate de las que parecen tan *dulcecitas*!

—Y de las que tienen fama de haber recibido una educacion tan esmerada.

—¡Qué escándalo!

—¡Qué hipocresia!

—¿Con qué valor habrá estado asistiendo á la congregacion?

—Di más bien, con qué valor ha confesado y comulgado todos los meses.

—¡Tener amores con un hombre de esa clase!

—Que está dejado completamente de la mano de Dios, segun ha dicho en casa D. Leonardo, el profesor del colegio.

—¿Ese que ha ido tambien á declarar en la causa?

—Si; y por cierto que le habló bien clarito al Juez.

—Hija, era forzoso que lo hiciese así en conciencia.

—¡Ya lo creo!

—Un hombre de esa clase debe vivir entre los judíos.

—¡Quién lo duda! Como que no cree en Dios ni en la Vírgen, ni en nada.

—¡Qué horror! Tenia mala cara.

—¿Le conoces?

—Le he visto en paseo algunas veces.

—¿Y dices que tiene mala cara... eh?

—Cara de hereje, con la mirada torcida, y con unos ojos verdes que dan miedo...

—¡Jesús! A un hombre así no deben sacarle de la cárcel.

—Y respecto de Adelaida: ¿qué piensan hacer en la congregacion?

—No lo sé; pero supongo que no continuará; es imposible.

—Ya lo veo, que no puede continuar.

—Por mi parte, si ella siguiera, me salgo de la Hermandad.

—Y yo lo mismo.

—Y todas. ¿Quién ha de seguir?

Esta conversacion era sostenida en uno de los salones de la condesa de Delavilla por varias jóvenes que habian acudido el viernes á la reunion semanal con que amenizaba la aristocrática dama el tiempo que las procesiones y demás actos religiosos, dejaban libre, á sus inolvidables congregacionistas.

A igual tenor y con pequeñas variantes se juzgaban por punto general en algunos otros círculos del mismo salon las relaciones de Cárlos y Ade-

laida, que la condesa habia manifestado en secreto á tres ó cuatro de sus íntimas amigas.

Ya habian apurado todos lo adjetivos del Diccionario, para calificar la conducta de su hermana de congregacion, y languidecian por consiguiente las conversaciones sobre un tema no disputado, cuando entró Adelaida con su triste acostumbrada dulzura y se dirigió á saludar á la condesa.

Los cuchicheos, las miradas de inteligencia y las murmuraciones apenas apagadas, se recrudecieron con más violencia.

—¡Qué cambiada está!—decia una.

—¡Cómo se conocen los remordimientos!—añadia otra.

—Tan mojigata como siempre—interrumpia una solterona de cuarenta años, á quien todos sus escapularios y coloretes no habian bastado para conseguir un novio.

—Y hasta se ha puesto más fea—exclamaba una tercera.

—Nunca la he tenido por tan guapa, como dicen—contestaba la vieja—los veinte años, y nada más.

La condesa entretanto se apresuraba á corresponder al saludo de la candorosa Adelaida, con la tierna solicitud que le distinguía, cuando intentaba llevar adelante un propósito.

Ya hemos dicho antes que la de Delavilla habia cambiado su táctica y que merced á la prudencia estudiada de su lenguaje en todo lo que tuviera relacion con Cárlos Rafal, conquistaba poco á poco el terreno perdido en el ánimo de

doña Teresa y su hija, hasta el punto de que una y otra, depuestas sus antiguas prevenciones hácia aquella, hubiesen concluido por tratarla como á cariñosa amiga de quien se ha desconfiado injustamente.

—No sabes Adelaida, cuánto me alegra verte animada—decia la condesa á la jóven.

—¿Qué he de hacer, sino aparecerlo para que mi pobre mamá deje de sufrir?

—Aparecerlo y sentirlo, hija mia; que las penas no han de ser eternas; sobre todo, no está en nuestra mano remediarlas.

—Verdad; pero estas heridas solo se curan con el tiempo; y el horizonte...

—Yo, sin embargo, no lo veo tan negro como tú. Esa carta de Cárlos, que me has enviado, no me parece decisiva en absoluto. Sin duda, fué escrita bajo una fuerte impresion que dominara en aquel momento, y quién sabe las que habrá tenido contrarias desde aquel dia. El que está enamorado, hija mia, no olvida así como quiera.

—No digo tal, por cierto. Estoy bien convencida de que no me ha olvidado; pero lo que dudo es que modifique su resolucion. La memoria de su padre, y la situacion actual de la desgraciada doña Lucía, han llegado á formar en Cárlos una de esas eternas pesadillas que dan por resultado, propósitos inquebrantables. He meditado mucho sobre esto Agustina, y he hablado además con mi tio, como V. me encargó.

—¿Y qué?—preguntó con vivo interés la condesa.

—Mi pobre tio me quiere mucho; me ha diri-

gido consideraciones muy juiciosas: él no me ordena nada, pero ha significado el deseo de que terminara con Rafal. Esto me va haciendo pensar Agustina, que he sido algo ligera...

—No hija mia—no veas las cosas tan mal.

—Sí; es una tontería hacerme ilusiones. Cárlos y yo hemos concluido; esta conviccion—añadió con amargura—me presta sin duda la resignacion que V. misma aplaude. No podíamos ser felices con tales auspicios.

—Pues á pesar de eso, no ha renunciado él. Tengo mis motivos, créeme.

—¿Qué motivos Agustina?—preguntó con cierta ansiedad Adelaida como si vislumbrara la resurreccion de una muerta esperanza.

—No sé hasta qué punto me sería lícito revelarlos, porque se trata de una conversacion sorprendida.

—¿De él acaso?—insistió con animacion creciente.

—De él, sí;—contestó la condesa—pero no sostenida por él.—Creo que me estoy extralimitando—repuso al punto, con muestras de haber ido demasiado lejos

—¡Por Dios, Agustina!—dijo la infeliz Adelaida, suplicante,—no me destroce V. el alma. Para esto, más valía que no me hubiese indicado cosa alguna.

—¡Pero Adelaida!—si.....

—Agustina, no me oculte nada. ¿No le he referido yo todo lo que me ha acontecido con Cárlos? ¿No soy su amiga? ¿Cree por ventura, que voy á faltar al secreto, si debe guardarse?

—¡Qué imprudente soy!—dijo como para sí la condesa—veo que te quiero demasiado Adelaida. ¿Me prometes sigilo absoluto?

—Se lo prometo.

—Pues te lo voy á decir. Pero cuidado Adelaida, cuidado por Dios, que esto que hago es un abuso. El otro dia—continuó diciendo—estaban en mi casa el P. Déspi y el Juez nuevo que ha venido, y conversaban conmigo de varias cosas en el gabinetito azul que tu conoces. No se porqué sospechaba yo, que tenian deseos de estar solos, ó mejor dicho, presumia que, estando solos hablarian de cosas que á mi me reservaban y abandoné aquel sitio con un pretexto cualquiera. Tú no sabes que el gabinete ese tiene comunicacion por una delgada tabla, cubierta tambien de raso como lo restante del tabique, con otro reservado más interior donde yo suelo entrarme cuando no quiero que me molesten. Me trasladé en el acto allí (perdona Adelaida, pero solemos tener las mujeres estas debilidades cuando algo nos interesa) y escuché que estaban hablando de la causa de Cárlos.

—¿Y qué decian?—preguntó Adelaida con angustia.

—El P. Déspi se interesaba por Cárlos, diciéndole al Juez, que convenia mucho salvarle de presidio, por ser un jóven que podia dar muchos dias de gloria á la Iglesia y porque además habia hecho un juramento á su padre; pero que si esto hubiera de producir el que Cárlos continúara en su pasion hácia tí, se veía en la necesidad de levantar su intervencion é influencia en el asunto.

En este momento entró en el salon Fernando Serante, y se dirigió á saludar á la condesa y á su amiga.

—Procura hija mia—dijo la Delavilla rápidamente á Adelaida,—estar complaciente y atenta con Fernando. Nos importa mucho, porque tiene la causa, y si trasluce algo, estando enamorado de tí, lo echamos todo á perder. Dale alguna esperanza. Esta tarde vuelven á casa el P. Déspi y el Juez.

Fernando saludó á Adelaida algo emocionado. La condesa entretanto aprovechó un pretexto cualquiera para dejarlos solos.

Los cuchicheos de las congregracionistas y las envidias arreciaban.

—¿Está V. mejor Adelaida?—preguntó Fernando.

—No me encuentro tan mal como otros dias.

—Me hace daño verla á V. triste.

—Gracias Fernando: ya sé que es V. un buen amigo.

—Lo soy en efecto; pero quizás no sea la amistad lo que me produce el daño de que hablo.

—Estará V. aburrido en Gaudencia,—dijo ella, intentando dar otro sesgo á la conversacion.

—No sé qué decirle á V. En algunos momentos me considero el hombre más dichoso; en otros, estoy realmente muy aburrido.

—Sin embargo, estas poblaciones ofrecen poco.

—Y ofrecen mucho para el que tiene la ventura de encontrar...

Adelaida estaba previendo una declaracion que temia.

—Lo que yo le decia: el aburrimiento.

Fernando no encontraba punto de entrada. Se decidió á jugar el todo por el todo.

—¿Sabe V. Adelaida que estoy enamorado?

La jóven tembló. La tormenta se le venia encima.

—¿Sí?—preguntó con candidez aparente.

—Tal como V. oye; pero enamorado sin esperanza.

—¿Es acaso algun amor imposible?

—Si ella no me corresponde, y hasta hoy no demuestra hacerlo, es imposible ciertamente.

—¿Y sabe V. ya que ella no le corresponde?

—Estoy por creerlo al ver infructuosas todas mis indicaciones.

—¿Quién sabe las causas que tendrá ella?...

—¿Qué causas?

—No lo sé: hablo en hipótesis. V. que la conoce, lo sabrá mejor.

—¿Quiere V. que le diga quién es?

—Condesa, venga V. acá—dijo riendo Adelaida y cogiendo del brazo á su amiga que pasaba en aquel momento. ¿Así deja V. la conversacion de sus amigos?

La condesa no pudo excusarse, y á Fernando no le fué posible continuar.

A poco se dirigió Adelaida á otro grupo.

—¿Qué tal Fernando?—preguntó la de Delavilla.

—No me parece muy bien.

—¡Qué pobreza de espíritu! Pues á mí, que no he oido la conversacion, me parece muy bien. Ya hablaremos. La máxima del P. Déspi: «*No hay fuerza que resista á una combinacion bien dirigida.*»

—Vamos á entrarnos en el gabinete que te he dicho. El P. Déspi y el Juez están en conferencia, —dijo la Delavilla al oido de Adelaida separándose de Fernando y desasiéndose de otras amigas que poco á poco iban desfilando.

La conversacion de estos en efecto llegaba clara y distinta á los oidos de las dos.

—Mas al fin—decia el Juez—no me indica usted lo que debo hacer en definitiva: entre seis años de presidio y la absolucion hay una regular distancia.

—Es que se trata—contestaba el P. Déspi—de un caso grave de conciencia, de un caso verdaderamente extraordinario: y si bien es cierto, que como sacerdote y religioso estoy interesado en que no se cometa una violacion sacrílega, ni se pierda para siempre un alma constituyéndose en estado permanente de pecado, como miembro de la sociedad civil, lo estoy á la par en que no se vulneren los intereses de la justicia, segun habria de suceder si yo pidiese á V. la absolucion libre de Rafal sin ulterior objeto. Ya sabe V. bien el móvil piadoso y recto que determina mi intervencion en este asunto.

—Sí, ya me lo ha dicho V. y no lo dudo. Pero entonces lo que se necesita es la palabra formal de ese jóven, de que tomará las Órdenes Sagradas.

—La tengo ya—volvió á decir el P. Déspi—así como él tiene la mia de que le colocaré en otro Seminario. Pero no me basta; conozco un poco el corazon humano y no dudo de que Rafal se halla tan enamorado como el primer dia. Estando en

libertad, romperia su juramento, consentiria en la desgracia de su madre, y seria capaz de comprar su amor hasta con la condenacion eterna. Ya ve usted entonces que remordimiento para mí, que habría ayudado á torcer la balanza de la justicia, solo para dar medios al perjuro y pecador, reincidente en su desastroso camino. Prefiero que siga su destino en la situacion actual y que cumpla despues sus deberes cuando haya satisfecho á la justicia humana.

—Es en verdad—replicaba el Juez—difícil, ó casi imposible esa garantía, supuesto que en la prision y sin estar absuelto no ha de tomar las Órdenes. ¿Qué hacemos pues?

—La garantía,—volvió á decir el padre—esta es la que no discurro. Que sigan las cosas así, señor Juez. Y entretanto, meditaré. Procure V. estar el viernes á esta misma hora aquí donde venimos como por casualidad, y resolveremos en definitiva.

—Pues que esté resuelto para entonces, porque yo no puedo diferir la sentencia. La defensa que ha hecho Serante nos facilitará la absolucion en el caso de decidirse ésta.

—Sí, sí—dijo el P. Déspi—creo que ha estado brillante ese jóven segun me han dicho todos. ¡Vale el tal Fernando, vale!

Y comenzaron á hablar de otra cosa.

Adelaida habia estado sin pestañear durante la conversacion.

Unicamente sus ojos se iluminaban por intérvalos como si un foco secreto de luz irradiara con toda su intensidad durante estos, y á los po-

cos instantes volvian á quedar oscurecidos. Terrible debia de ser la lucha que sostenia en su interior.

—Dígame V. Agustina—exclamó por fin despues de muchos minutos de silencio.—¿Tiene V. influencia sobre el P. Déspi?

—Ninguna en asuntos de conciencia. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso porque la interpusiera por Cárlos? Ya lo he hecho amiga mia, sin darme por entendida de nada, y me contestó que no podia, pero aunque pudiera,—añadió, habia un caso de conciencia por medio que le ataba las manos.

XXVI

Complicaciones

Eduardo habia trabajado tanto y tan bien para conquistar como él decia, el corazon de la linda sirvienta, Juana, que la pobre chica concluyó por burlar á su futuro presbítero y no tener otra voluntad que la de aquél. Mucho, habian influido para este cambio, la airosa figura y los traviesos modales del seminarista; pero no poco asímismo contribuyeron los descubrimientos de Eduardo en el asunto del robo, con los cuales podia verter en caso de tibieza de la jóven alguna que otra amenaza para suavizar sus asperezas.

El alumno del P. Martin tenia una viveza de ingenio singular, y su mayor gusto, siempre era combinar un golpe maquiavélico, con tendencia, por supuesto determinada.

En uno de los dias que encontró á Juana le dijo:

—¿Has hecho ya lo que te encargué?

—Pienso hacerlo esta tarde—contestó la criada. Si; es preciso de todo punto. No tengo tranquila la conciencia hasta que eso suceda. ¿Pero, habrá peligro D. Eduardo?

—¿Como quieres que lo haya, diciéndoselo en secreto de confesion?

—Pues me voy á confesar hoy mismo. ¿Me olvidará V. señorito Eduardo?

—Jamás.

El asunto de que hablaban no era otro que el de confesar al P. Martin lo sucedido en casa de don Víctor, para lo cual Eduardo venia trabajando con Juana con el pretexto ó motivo de que descargara ésta su conciencia.

Aquella misma tarde fué la sirviente á encontrar al padre en su confesonario de la Iglesia de San Benito á donde el vice-rector bajaba todos los dias y le refirió con detalles todo lo acaecido en el robo, acusándose de su complicidad con el fámulo.

—No hay necesidad en la confesion—le dijo el padre—de nombrar á los cómplices.

—Yo le nombro, padre, porque Raimundo es el que me ha perdido en esto.

—Bien, hija mia, acúsese solo de sus culpas.

La infeliz Juana continuó en su confesion, añadiendo que habia sido cómplice tambien, guardando unos objetos robados por el fámulo. Su arrepentimiento debia ser sincero porque no cesaba de llorar.

—Es necesario—dijo el confesor—que se devuelva todo lo robado.

—No lo tengo yo padre: lo único que llegó á

mis manos, fué una figura de fraile toda de oro, y la devolví hace tiempo.

—¿Ha concluido?

—No padre. Tengo otro peso enorme en la conciencia.

—Dígalo.

—Raimundo es casado, y yo he contribuido...

—Diga simplemente á lo que ha contribuido, sin nombrar personas.

—He contribuido á engañar á su mujer para que no reclame y pueda él ordenarse.

El P. Martin le hizo aún varias preguntas sobre el estado de su conciencia: la exortó á que hiciere las mismas revelaciones fuera de confesion, poniéndole de manifiesto la obligacion que tenia de no consentir la consumacion de un sacrilegio, y la perpetracion de crímenes, y terminó la confesion.

Al llegar á su celda, encontró en ella á Raimundo que hacia el chocolate.

—Buenas tardes, reverendo padre: estaba esperando á vuestra paternidad.

Al P. Martin se le caían gruesas gotas de sudor.

—¿Qué hay?—preguntó con su severidad de siempre.

—El Sr. Rafal, me ha rogado, que pida á vuestra paternidad algun dinero, para socorro de su madre.

El vice-rector se tornó pálido. Era una conciencia rígida.

—¿Cuánto necesita?—dijo con voz cavernosa.

—Pienso que tendrá bastante con 15 ó 16 duros.

El P. Martin se levantó para sacar el dinero. Mas, cual seria su asombro al ver que no habia una peseta en el armario.

—Raimundo.

—¿Qué manda vuestra paternidad?

—¡Me han robado!—dijo con entonacion serena.

—Padre Martin, si vuestra paternidad no castigara al culpable, yo le diria...

—Hable ó calle, como le acomode. Yo haré despues lo que deba.

—Reverendo padre, el ayudante de cocina, que como sabe vuestra paternidad, tiene malos antecedentes, y solo está en el Seminario por el señor Rector...

—No me importa nada de eso.

—Pues bien: él ha entrado aquí puñal en mano, mientras vuestra reverencia confesaba en la Iglesia, y ha robado el dinero, llevándose á la vez el busto de oro de vuestra paternidad.

Este último detalle reveló al P. Martin en el fondo íntimo de su conciencia la falsedad del aserto del fámulo. Sin embargo, la Religion, le prohibia convencerse.

Pero no era esto lo grave; sino que en su deber de vice-rector, entraba rigurosamente, tomar acta de la denuncia y proceder á tenor de reglamentos, expulsando al cocinero si creía al fámulo; despidiendo y castigando á éste, si sus palabras eran calumniosas. Como el asunto estaba entre los dos, debia inclinarse por un motivo racional de credibilidad, segun le decian autores muy respetables, al testimonio que presentase más garantías de verdad. El cocinero tenia mala

fama por su aficion á la bebida; el fámulo la gozaba excelente, porque no salia de la capilla.

Habia pues conflicto.

Pensó dejar las cosas en tal estado, juzgando que el asunto del robo le pertenecia, y le era permitido por consiguiente, perdonarlo; pero esto mismo era ya hacer uso fuera de confesion de lo que habia sabido por ella, supuesto que atemperaba su conducta de vice-rector, y de hombre en sociedad, á lo que le exigia su conciencia de confesion. No veía medio de dividirla. Pedir permiso á la penitente, ni era fácil, ni posible, porque no tenia medios para conseguirlo y además no la conocia.

El hombre inflexible y de resoluciones, vacilaba.

Para mayor amargura el Rector le llamó en aquellos momentos, y le dijo:

—Señor vice-rector; el fámulo de V., Raimundo, me ha dirigido una solicitud pidiendo Órdenes Sagradas: debo enviarla informada á la Secretaría de Cámara de S. I.; tenga V. pues, la bondad de traerme los antecedentes de ese alumno, y añadirme en el informe, bajo su conciencia, como prescriben los reglamentos, lo que crea y sienta del candidato.

Las facciones del P. Martin se tornaron lívidas, y tomaron la rigidez é inmovilidad de las de un cataléptico.

El conflicto ya era tremebundo.

Las relaciones del Rector y del vice-rector, eran muy tirantes desde lo ocurrido en el salon de Grados. El Obispo habia llamado á D. Víctor

á consecuencia del oficio del P. Martin; y el Rector enteró al Prelado de todo lo sucedido, conviniendo ámbos en que continuara por entonces el vice-rector.

—Está bien—contestó el P. Martin, á las palabras del Magistral—traeré lo que V. S. me pide.

Y abandonó la celda sin despedirse.

XXVII

Influencias del amor

Escobedo habia marchado á su pueblo de acuerdo con Eduardo, para alcanzar del padre de aquél una cantidad que necesitaban. Entretanto visitaba éste diaramente á Rafal, á quien encontraba cada vez más alegre porque el estado de doña Lucía mejoraba de una manera visible. El médico en efecto habia asegurado que su curacion seria completa, y ya la anciana sostenia conversaciones muy racionales con él, en las cuales el facultativo iba preparando poco á poco por encargo de Rafal, la situacion de ánimo de aquella para hacerle comprender la imposibilidad que tenia su hijo de recibir las Órdenes despues de un proceso por lesiones. En una de las visitas de Eduardo le decia Rafal á su amigo:

—¿Sabes á quien he tenido aqui?

—No.

—Al P. Déspi.

—¿Al P. Déspi?

—Ha venido con el pretexto de consolarme, ofreciéndome colocacion en otro Seminario, y á vuelta de mil rodeos, ha pretendido arrancarme el juramento de que seré sacerdote.

—Y tu.....

—Se lo he prometido. No te alarmes. Yo conozco un poco á los jesuitas, y á esa gente que es muy sagaz, hay que batirla con sus mismas armas.

—De modo que.....

—De modo que no siendo para mi la carrera cuestion de vocacion, sino asunto que me preocupa por mi madre y por el juramento que hice á mi padre, si llego á convencer á ésta y... en fin no quiero precipitarme, y lo que importa es que me absuelvan, cosa que el padre me ha prometido.

Eduardo no recibió la noticia como esperaba Rafal.

¿Qué tienes?—le dijo Cárlos. ¿Te vas haciendo misántropo ahora que yo me alegro?

—Nada; estoy malucho.

—Eso no es un motivo para estar triste.

—Verdad; pero no puedo remediarlo.

—¿Si tendré yo que animarte hoy?

—Eso probaria que eres hombre fuerte, lo cual no he dudado nunca.

—Sabes Eduardo que me pareces un poco reticente—le dijo Rafal con cariño.

—Pues mira Cárlos: te lo diré con claridad porque no sirvo para diplomático. Estoy preocupado en efecto y lo estoy por una cosa tuya.

—¡Por una cosa mia! No te entiendo.

—¿Eres capaz de recibir á quema-ropa una noticia cualquiera?

Rafal vaciló. Desgraciadamente sus asuntos no tenian nada de alhagüeños, y por donde quiera que viniese la desgracia le parecia cosa muy natural. Sin embargo; le sobrecogia un vago temor. Miró á su madre, temblando que fuese de aquel lado, el más delicado de todos para él, y sin duda debió tranquilizarle alguna reflexion, por qué contestó al punto:

—Habla: me han sentenciado ya y no te atreves á decirlo. No tengas cuidado; está previsto y no me acobarda.

—No es eso.

—¿Está enferma Adelaida?—preguntó entonces con un interés creciente.

—¿La quieres mucho Cárlos?

—¡Eso es, eso es!—exclamó con exaltacion—Adelaida está enferma; no me lo ocultes.

—No lo está Cárlos; pero contéstame, ¿la quieres mucho?

—¡Que si la quiero!—contestó como si se iluminara súbitamente—no me hables de eso por Dios. Adelaida y yo hemos terminado. ¡Oh! Esa mujer será mi perdicion Eduardo. No quiero saber nada de ella; no me cuentes nada: cállate.

—Me callaré.

—¿Pero qué le ha pasado? díme:—añadió todo trémulo, sin poder contenerse.

—¡Me das miedo Cárlos, con esas transiciones tan extrañas! Ya me tienes confuso y no sé por qué decidirme.

—Anda, dímelo; dímelo por Dios, sea lo que quiera. Verdad que hemos concluido; pero háblame mucho de ella porque estoy loco, la ado-

ro como un insensato; como deben adorar los fanáticos á Dios.

Eduardo bajó la vista en actitud meditabunda.

—Te lo voy á decir de una vez Cárlos, repuso al fin. Ya he cometido la imprudencia de alarmarte. Adelaida se casa con Fernando.

La explosion de una formidable batería no le hubiera producido á Cárlos Rafal el efecto que le causó la noticia.

Convulso y centelleando sus ojos, se levantó como un relámpago y asió á Eduardo por un brazo con la fuerza de un epiléptico.

Su mirada inspiraba terror.

—Mientes.....—gritó con voz que resonó espantosamente en el calabozo.

—¡Cárlos, Cárlos!... pudo apenas articular Eduardo.

—Mientes, mientes volvió á gritar aquel enronquecido, y fuera de sí.

—Cárlos, que soy tu amigo más leal... Cárlos serénate.

Rafal no oía nada. Comenzaba en él uno de esos delirios que le enloquecian.

Despidió, más bien que soltó, con una excitacion nerviosa indescriptible, el brazo de Eduardo, y rugiendo como la pantera, comenzó á dar paseos por la estancia.

De vez en cuando se llevaba las manos á la cabeza que oprimia con un furor desconocido y se paraba ante Eduardo como en actitud de hablarle. Mas solo lograba verter algunos sonidos guturales inexpresivos y volvia á continuar en sus agitados paseos.

Eduardo le contemplaba con una mirada de profunda compasion. Así trascurrieron muchos minutos.

—¡Cárlos!—se atrevió á decir aquél con cierta timidez.

—¿Qué quieres?—respondió bruscamente parándose.

—Siempre te he tenido por un espíritu bien templado.

—Y lo soy. ¿En qué conoces otra cosa?

—¿Por qué no te serenas entonces?

—¿Que me serene? Te advierto que estoy mucho más sereno que tú.

—Pues no lo parece. Pero en fin: ¿quieres que hablemos?

—Sí; hablemos. De todo cuanto se te antoje.

Y se sentó con apariencias de calma, aunque vertiendo á cada instante gruesas gotas de sudor.

—¿Conque se casa Adelaida, eh? Me alegro mucho. Al fin no se habia de quedar para monja. Está bien. Está muy bien.

—Te ruego Cárlos que domines esa turbacion. Te hallas muy fuera de tu centro.

—No lo creas repuso sin ser dueño de aplacar su excitacion—donde me hallo es perfectamente en carácter. Ninguno de vosotros me habia conocido. Desempeñaba yo muy bien el papel de hipócrita. Já... já... já...—añadió con una carcajada nerviosa.—¡Qué estúpido he debido estar con mi romántico sentimentalismo! Ya verás ya verás chiquillo, quién es tu amigo Cárlos Rafal.

—Te estás engañando Cárlos: esa es la hipocresía forzada de la virtud, que pretende aparentar el vicio.

—¿Ahora te vas á hacer mogigato y predicador Eduardillo?

—Me marcho, hasta mañana. Adios.

—¡Ca! Tú no te vas ahora. Quieto aquí—añadió sugetándole.—Siento curiosidad por conocer los detalles de esa futura boda y vas á referírmelos.

—Si no sé detalles.....

—Lo que sepas. A mi me es indiferente ya todo lo que venga de esa mujer. Conozco que me está bien empleado por tonto, por Quijote, por platónico insulso, por haber creido, en una palabra, que habia alguna mujer distinta de las otras. Yo he debido atreverme... y no me he atrevido.

—La estás insultando Cárlos. Eso no es de caballeros.

—¡Vuelta á los libros de caballería! ¿Vas á empezar quizás por ese camino, cuando yo lo dejo? Pues empieza; ya verás lo que te luce el pelo. ¡Y que haya puesto loca á mi madre por una mujer semejante, y me encuentre en las puertas de un presidio! Já, já...—volvió á exclamar.—Hazla una visita en mi nombre, y dala la enhorabuena. Dila que la desprecio tanto como la quise. Esto.....—añadió como meditando—si es que alguna vez la he querido: que ahora principio á ver claro, y dudo. Debia ser un capricho; porque ella tiene buen palmito. ¿Verdad Eduardo?

—Cárlos, amigo mio, ¡cuánta lástima te tengo!

—Déjate de Jeremiadas y véte. Pero oye: cuéntame antes lo que sepas.

—Te lo diré y me marcho. Anoche estaba yo en el Casino, y entró un médico que lo dijo públicamente. A poco llegó Fernando á quien todos

rodearon, preguntándole unos, y felicitándole otros, y él nos lo confirmó. Dijo que era cosa arreglada entre las familias, y que se casaría en breve.

—Márchate ya Eduardo, que deseo estar solo.

—Cárlos, que no vayas á cometer algun disparate.

—Descuida, me he curado, y me servirá la leccion. Ahora veo claro que en esta sociedad, el que no aplasta, es aplastado. Nos batiremos así. Adios.

—Oye—dijo de pronto cuando Eduardo se marchaba.

—¿Qué es mañana?

—Domingo. ¿Por qué?

—Y por consiguiente, es el gran dia de la Alameda: el primero de Carnaval.

—Sí; pero no te entiendo.

—Pues te lo diré muy claro. Como el alcaide tomó aquel dinero vuestro y la evasion no se verificó, me ha dicho dos ó tres veces que me permitiria salir de noche una ó dos horas, si le daba mi palabra de honor de volver, para lo cual hasta de garantía le sirve mi madre, porque él sabe bien que no me he de escapar, y mucho menos en el estado lisongero de mi causa.

—Aún no sé.....

—En una palabra: salir de máscara, es mejor que salir de noche. Quiero ir mañana de máscara á la Alameda.

—¡Cárlos!

Lo que oyes. No discutas, y traéme un traje.

—Pero hombre, sí.....

—Me lo proporcionaré yo. Adios.

—Te lo traeré—dijo—Eduardo—yo pensaba ir tambien.....

XXVIII

El sacrificio

Hé aquí lo que había pasado.

Con la puntualidad del que va á decidir de sus destinos, acudió Adelaida el viernes siguiente á la cita que le habia dado la condesa.

—Adelaida, querida chiquilla—exclamó su amiga al verla—¿qué tienes? ¡Jesús, qué variada te encuentro!

—No lo sé; pero hace ya tiempo que no me siento buena.

—¡Ay Adelaida, qué pocos amores se ven como el tuyo!

—No quisiera hablar de eso Agustina: me hace mal.... ¿Han venido el P. Déspi y el Juez?

—Aún no. Me avisarán cuando lleguen. Díme Adelaida: ¿cómo empezaron tus amores con Cárlos? Dos ó tres veces he estado para preguntártelo, y despues se me ha olvidado, ó no hemos tenido ocasion.....

Adelaida bajó los ojos, sin pronunciar pala-

bra, y se vió correr una lágrima por sus mejillas.

—No me hables de ello, si te causa pena—se apresuró á decir la condesa como compadecida.

—¿Qué ha resultado Agustina?...

—Lo mismo que yo esperaba en todo. Era natural.....

—Bien no me tenga V. impaciente; cuéntemelo.

—El P. Déspi le ha dicho al Juez que no se decide, y por consiguiente, que debe continuar la causa por sus trámites.

—Está bien—contestó Adelaida—pasado mañana nos veremos.

—Adelaida, no te precipites.

La pobre jóven salió llorando de casa de la condesa.

Al dia siguiente corrió por Gaudencia, sin saber como, la noticia de que Adelaida se casaba con Fernando Serante.

En el posterior á éste, ó sea en el citado por Adelaida á la condesa, se vieron las dos amigas en casa de la última.

—¡Adelaida! ¿Qué has hecho? ¿Es verdad lo que dicen por ahí?

—Cierto.

—¡Separarte para siempre de Cárlos!

—Es preciso, absolutamente preciso; no debo ya vacilar un instante—contestó Adelaida como exaltada.

—Ya te dije el último dia que seis años no son la vida.

—Y yo repito, que ni una hora, tratándose de

¡él, tan digno, confundido entre asesinos y ladrones! ¡Sin esperanzas para el porvenir, porque los mejores años los pasa en la prision! ¡Con su madre en el estado que se encuentra! ¡Con la desesperacion que le va á producir su envilecimiento! No quiero pensarlo. Iba yo á ser causa de muchas desgracias. ¡Mi madre, mi infeliz madre, á quien tanto llevo hecho sufrir, mi pobre tio, la suerte en fin de todos los que me quieren, arriesgada insensatamente por satisfacer mi pasion! ¡Qué criminal me habia de encontrar luego! El mismo Cárlos que en su última carta, me muestra la senda de mis deberes, se ha anticipado á este sacrificio. ¿Porqué he de valer tan poco que no le imite en generosidad? En este mundo amiga mia, se debe luchar mientras se pueda, pero no más. Sobre todo; los fines se han de perseguir por medios lícitos, no atropellando obstáculos y sembrando víctimas. Yo tengo fé en Dios, y seguramente es él quién inspira tal conducta en estos momentos. ¿Quiere V. que luche contra Dios?

—Me dejas en perplejidad Adelaida: no sé qué decirte.

—La única consideracion que me hace vacilar algo, es la que se refiere á Fernando. ¿Hasta qué punto—me preguntó hace tres ó cuatro dias—me será permitido envolver en mi sacrificio á un hombre que es inocente? ¿Puedo ya castigarle de esta horrible manera, por salvar á mi amante?

—Para él no es castigo, puesto que te quiere—dijo la condesa—el castigo es para tí, y por eso desearia que no te decidieses.

—De mi no hablemos—interrumpió al punto

Adelaida—esto lo tengo ya juzgado. Lo que quiero discutir es lo que se refiere á Fernando.

—Y yo quisiera—repuso la de Delavilla—que discutiéramos lo uno y lo otro.

—No es preciso porque estoy decidida. Me casaré con Fernando; pero antes quiero tranquilizarme. Dígame V. Agustina: ¿No es realmente un atroz castigo el que se le impone á un hombre en este caso?

—Adelaida no te cases con Fernando, ni con otro alguno que no sea Cárlos.

—Me obliga V. con no querer contestarme á que yo lo decida sola. Pues bien: queda V. autorizada para decir á todo el mundo, empezando hoy por el P. Déspi, que me caso con Fernando.

—Pero Adelaida, amiga mia, me obligas á que te dé una opinion.....

—Si, si, la deseo. ¿Es ó no un castigo para Fernando?

—Pues te diré francamente mi opinion ya que me pones en ese caso. En mi sentir no es castigo, porque él te quiere á todo trance, y te quiere tanto, que hasta seria capaz de casarse sabiendo todo lo que hay.

—¡Fernando! exclamó Adelaida en el colmo de la estupefaccion—¡Fernando capaz de casarse sabiéndolo!...

—Está loco por tí.

—Pero Agustina: piense V. bien lo que ha dicho.

—Conozco á Serante: se casaria.

—Usted no se ha parado á meditar lo que es, y lo que merece un hombre que se atreve á tanto...

—La pasion Adelaida no discute ni raciocina. Fernando, además, tiene talento suficiente para comprender que tú conoces muy bien el alcance de tus deberes.

—Fernando no es entonces el hombre que yo creía.

—Tal vez; pero no le tengas por malo. Es débil y nada más.

—¿Se atreve V., á darle cuenta de mis amores con Rafal?—dijo Adelaida de pronto.

—Antes de dos minutos, si tú lo deseas: precisamente debe estar en el salon, porque es la hora en que suele venir...

—Hágalo pues y hasta la tarde.

. . . . . .

—¿Qué?—preguntó Adelaida luego que volvió á reunirse con su amiga.

—Hablé con Fernando y lo sabe ya.

—Y... exclamó Adelaida con vivísimo interés.

—Es decir: sabe que has tenido amores con Cárlos Rafal, pero que has terminado con él; yo no le he dicho la causa. Al principio le produjo esta noticia gran asombro y contrariedad; estuvo silencioso muchos minutos; despues me preguntó si me constaba en efecto que hubieseis concluido y si yo creía que tú le aceptarás, le contesté que lo sospechaba, pero no podia asegurarlo. Meditó aún bastante rato y por último me dijo...

Adelaida tenia los ojos bajos y se iba cubriendo por momentos de una palidez densísima.

—¿Qué tienes hija mia?—le dijo la condesa.—Aún estas á tiempo.

—Créeme, no te precipites.

—Imposible murmuró sollozando la infeliz.—Ya se lo he dicho tambien á mi tio Víctor y á mi madre. Le creí otro hombre, murmuró.—¿Y qué te ha contestado?

—Te contaré los pormenores en otra ocasion. Está conforme. Me marcho á casa á recogerme. Tengo prisa. Cuidate mucho, y... piénsalo bien.

XXIX

La sombra del fámulo

En la noche siguiente á la del robo salia Raimundo de su celda con grandisímas precauciones y saltaba poco despues la balaustrada del patio de novicios, encaminándose hácia el rincon del naranjo. Dirigió como siempre sus recelosas miradas á todos lados y se puso despues á remover la tierra para sacar su tesoro.

Su respiracion agitada y el afan con que separaba la tierra profundizando cada vez más el hoyo, como si quisiera darse cuenta de que no era una pesadilla lo que le embargaba en aquel instante, probaba evidentemente que el fámulo adquiria la certeza de comprender que le habian robado y que otro, alguien, por consiguiente, era ya dueño de su secreto.

En vano, sudoroso y calenturiento, arañaba la tierra y hacia diversas escavaciones con la remota esperanza de haber equivocado el sitio. El pájaro habia volado.

—¡Maldicion maldicion!—rugia á cada momento el acobardado fámulo, al ver patentizada su desgracia.—¿Quién me ha podido seguir? ¿Quién me ha visto?—se preguntaba incesantemente en le creciente delirio de su impotencia y pavor.

Así permaneció cuatro ó seis minutos, no dejando en todos ellos de remover hierbas y tierra, cuando de pronto exclamó dándose una palmada en la frente:

—El portero, el portero. Ese es el único que me ha visto. No hay duda él es.

Y se dirigió acto contínuo á la porteria.

—¡Isidoro, Isidoro!—dijo todo espantado al portero, luego que estuvo en presencia de éste.

El interpelado levantó sus ojos soñolientos hasta el fámulo, y al verle tan demudado no pudo menos de exclamar.

—¿Señor Raimundo, qué tiene V.?

Éste le contempló un instante procurando orientarse en el semblante del portero Isidoro; mas al ver que le habia hecho la pregunta con tanta naturalidad, se dejó de gazmoñerías, para las que no estaba por otra parte muy templado, y dijo bruscamente al guardian de la puerta:

—¿Conque no sabes lo que tengo?—¿Eh? Mírame bien Isidoro.

—Señor Raimundo—volvió á decir aquél con la misma sencillez—no le entiendo á usted.

—¿No me entiendes? No me entenderás; pero me sigues y me espias.

—¿Qué yo le sigo á V? ¿Cuándo y cómo? Si yo no he abandonado hace un siglo la porteria.

—Un siglo desde anoche—contestó cavernosamente el fámulo.

—¿Anoche?—exclamó sorprendido el portero—Que me crucifiquen si yo he visto á V. dèsde entonces cuando entraba tan precipitadamente. El único que ví á los dos segundos de pasar V. por aquí, fué al señorito Eduardo que atravesó tambien velozmente, diciéndome que iba á recoger unos objetos olvidados en su celda, pues ya sabe usted que salió externo. A poco rato le volví á ver que salia con la misma ligereza para la calle.

Las palabras del portero fueron una revelacion para Raimundo. Eduardo le habia seguido y esto le daba más miedo, porque era audaz el tal jóven hasta lo increible. Tartamudeó algunas frases en el mayor anonadamiento, y dijo por último al portero.

—Dispénsame Isidoro: habia formado malos juicios de tí, cuando anoche, al entrar en la celda recibí un golpe en la espalda con una piedra. Ya no me cabe duda de que fué Eduardo. Adios.

—Vaya V. con él Sr. Raimundo.—¡Pues no ha aguardado pocas horas para decírmelo! ¡Y todavia le duraba la impresion!—murmuró para sí el portero.—Estos beatos me revientan.

Raimundo entretanto iba diciendo por los cláustros:

—Él ha sido; no me equivoco ahora. Pero, á fin de desvanecer toda duda, preguntaremos al otro colegial.

—Un minuto más tarde llamaba en la celda de un amigo de Eduardo, y le decia:

—El Sr. vice-rector ha sabido no sé cómo, que

don Eduardo estuvo aquí en su celda, anoche en las horas de estudio; V. sabe que está prohibido y me envia para que no se repita...

—Pues dígale V. al vice-rector—contestó de mal modo el interpelado—que tome mejores informes en otra ocasion. En mi celda no hubo anoche persona alguna y á Eduardo no le he vuelto á ver desde que se salió. Y despidió con un ademan al fámulo.

—Perdone V.: pero yo soy mandado...

—Está bien. Déjeme V. solo.

El asendereado Raimundo salió de la celda y tomando en la suya la capa y sombrero con que hacia sus excursiones nocturnas por la ciudad, se encaminó á la casa de huéspedes que ocupaba Eduardo.

Éste se hallaba solo en su habitacion y dió órden de que pasara el fámulo.

—¿Qué traes por aquí á estas horas pimpollo?—le dijo con su natural gracejo.

—Anoche me han herido con una piedra en la espalda, al entrar en mi celda, y como es la vigésima vez que se repite, he hecho indagaciones en el colegio, y por ellas sé que V. entró corriendo tras de mí.

Eduardo parecia algo desconcertado por las palabras del fámulo, que le revelaban bien á las claras las sospechas que éste tenia. Se repuso no obstante de la sorpresa y añadió riendo con la mayor naturalidad:

—¿Y yo te tiré la piedra?

—Yo no lo aseguro, pero V. estuvo en el Seminario.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Y como le dijo V. al portero que iba á su celda para recoger unos objetos y allí no estuvo...

—Ya lo creo. Como que estuve paseando por los cláustros. Le tengo mucha aficion á los cláustros aquellos.—Me he hecho romántico Raimundo. «La blanca luna...»—y comenzó á tararear dando paseos por la habitacion.

El fámulo estaba en la misma actitud que un reo en capilla.

—Pero.... pero...—balbuceó totalmente desorientado—¿estuvo V. en los cláustros?...

—Sí, en los cláustros; y despues estuve en el pátio de novicios, meditando bajo el naranjo. Ya te he dicho que soy romántico y filósofo.—¡Cuántas escenas—decia yo entonces, dirigiendo mi fantasía á tantas generaciones de frailes,—cuántas escenas habrán ocurrido bajo este naranjo! *Sic transit gloria mundi*, «así pasa la gloria del mundo», quiere decir esto, ya que no sabes latin—me añadia en mis meditaciones bajo el naranjo.

—¡Señorito Eduardo, por la Vírgen Santísima!—dijo al fin el fámulo todo aterrado,—no me pierda usted.

—¿Qué es eso de perderte? Por hacerme yo romántico ¿te vas á perder? Cada uno se hace lo que quiere. Tú te has hecho beato, y yo filósofo.

—¡Por Dios señorito Eduardo! V. es un caballero, y me fio á usted.

—¡A tu hidalguía Eduardo.,.—dijo éste como si representara un drama—á tu hidalguía se

entrega la desgraciada Raimunda! ¡Fiáos en mí bella señora! Pero el cuento es, que eres muy feo, aún cuando pertenecieras á otro sexo...

Raimundo no contestaba ya. Estaba en el colmo del desfallecimiento.

—Está bien,—dijo de pronto Eduardo—vénte mañana por aquí, y nos entenderemos.

Estas últimas palabras fueron un rayo de luz en el espantoso caos en que se hallaba sumergido el atribulado fámulo.

—Hasta mañana, señorito Eduardo.

—Adios, piadoso Raimundo—contestó Eduardo, tirándose en la cama.

XXX

Las máscaras de la Alameda

El Carnaval se celebra con grande animacion en Gaudencia, apesar del levitismo de esta capital eclesiástica.

Todos, beatos y no beatos, van á solazarse al paseo de la Alameda, que es un sitio deliciosísimo; lo cual prueba, que en cosas, por ejemplo, que no son de fé, se transige con la aficion á los placeres, y se hacen compatibles las Cuarenta Horas, con las funciones de desagravio que se verifican en tales dias.

Allí están en la tarde á que nos referimos Adelaida y su madre, así como las principales familias de la poblacion.

Se halla el paseo literalmente cuajado de gente, entre máscaras y los que no llevan careta, aún cuando tambien sean máscaras sociales.

Los seminaristas de San Gervasio, que ya han asistido á los ejercicios piadosos de la tarde, se hallan tambien en la Alameda, pero más retira-

dos del bullicio, y vigilados, al parecer, por el vice-rector, que sufre lo que no es decible, cuando sus deberes le fuerzan á dejar el hábito para vestir el manteo, lo cual acontece siempre que ha de salir del colegio con los seminaristas.

Hemos dicho vigilados al parecer, porque el padre Martin tenia la cabeza sepultada entre las manos, y se hallaba sentado en un banco de piedra, abstraido completamente de todo lo que ocurria en la Alameda.

Una de las máscaras atravesó junto á él, pronunciando palabras extrañas que no eran castellanas, y quizás de ningun idioma. Llevaba un traje raro, y preparado de tal modo, que no podia adivinarse si era hombre ó mujer. Solo por un cartelon en el pecho, donde se leía en gruesos caractéres «La Sibila» pudiera tal vez presumirse que perteneciera al sexo femenino. Por lo demás, los movimientos no le denunciaban; tanto se parecian á los del uno como á los del otro sexo. Con una varita negra, que agitaba constantemente, iba de un lado para otro, pronunciando palabras misteriosas, y ya habia sacado más de cuatro colores al rostro en el paseo.

Al llegar junto al P. Martin dijo con claridad:

—No medites vice-rector.

El padre no se movió. Murmuró allá entre dientes cuatro palabras, que terminaban con las de «Bacanales inmundas», y continuó en la misma postura.

—Lo que meditas de Raimundo, no tiene salida—volvió á decir el máscara.

Esta vez el vice-rector levantó la cabeza espantado.

La Sibila habia desaparecido.

En otro lugar del paseo, acaecia al mismo tiempo otro episodio.

Paseaban doña Teresa y su hija, y se les acercó uno en traje de penitente.

—Te juro que no te olvidaré nunca, Cárlos, suceda lo que suceda,—dijo el máscara al pasar junto á ellas.

Adelaida se cogió á su madre, y comenzó á temblar.

—¿Te pones mala, hija mia? Vámonos.

—No mamá; no me quiero ir. Ese máscara me ha llenado de terror.

—Será alguno que conociese tus relaciones con Cárlos; al fin no estaban ya tan secretas...

La madre y la hija procuraron seguir con la vista al máscara; pero éste no se veía ya.

La Sibila pasaba á poco rato al lado del padre Martin y decia:

—Ya veremos lo que informas de Raimundo despues de lo que sabes.

El vice-rector se levantó convulso, y despidiendo fuego por los ojos.

Quiso marcharse, pero una fuerza superior le detenia.

—¿Me estará castigando ya Dios?—dijo para sí.

—«Jueves 25.—Me das miedo Cárlos»—decia el penitente al pasar otra vez junto á Adelaida y su madre.

La infeliz se paró, cogiéndose con más fuer-

za á su madre, y cambió súbitamente de color.

—Adelaida de mi vida, salgamos de aquí.

—No me iré, no, mamá, no puedo.

El P. Martin paseaba con gran agitacion en un espacio de seis varas.

La Sibila se acercó como á dos metros.

—¿Conque ladron, sacrílego y calumniador, resulta ahora el fámulo?

El vice-rector rugió cavernosamente, y avanzó unos pasos en direccion del máscara.

Éste se retiraba moviendo su varita.

—Pecador desventurado, no huyas. Salva tu alma. ¿Qué me denuncias de Raimundo?

La Sibila desapareció.

Adelaida y su madre, se habian sentado porque la primera estaba desfallecida.

El penitente negro cruzó tres ó cuatro veces. La jóven no separaba la vista de él.

En una de ellas se acercó el máscara cuanto pudo al oido de Adelaida, y le dijo:

—Hasta del corredor de la cárcel te has olvidado.

—¡Cárlos!—exclamó la infortunada, levantándose y queriendo asir al máscara.

Este se perdió entre la gente.

—Es Cárlos, mamá, es Cárlos; le he conocido—decia haciendo por contener su agitacion.

Algunos minutos despues tomaba asiento el penitente en uno de los inmediatos á los ocupados por la madre y la hija, aunque no tan cerca que se pudiese hablar al oido, puesto que habia dos personas en medio.

Adelaida no podia contenerse. Tenia la vis-

ta fija en el penitente, sin separarla un segundo.

El máscara no se movia.

A los pocos minutos se retiraron las dos personas intermedias y el penitente se trasladó al lado de las dos señoras.

Adelaida temblaba. Los latidos de su corazon se podrian percibir con claridad. La infeliz madre no sabia qué hacer.

El máscara guardaba una inmovilidad y un silencio absolutos.

Parecia que no las conocía.

Así trascurrieron muchos instantes.

Adelaida no podia soportar aquella situacion, ni se levantaba del asiento como su madre queria.

—¡Cárlos! dijo al fin con voz tímida y desfallecida.

El máscara no contestó.

—Hija mia, no seas imprudente. Sabe Dios quien será.

—¡Cárlos! —volvió á decir Adelaida, sin oir á su madre.

La misma inmovilidad en el penitente.

Adelaida se llevó el pañuelo á los ojos para contener y ocultar las lágrimas que le asomaban.

El máscara se volvió inmediatamente y dijo con voz emocionada, pero perfectamente natural:

—Adelaida mia, te adoro. ¡No me abandones por Dios. Estoy loco por tu amor.

La jóven no pudo sostenerse más, y perdió el sentido en los brazos de su madre.

Cárlos Rafal comprendió que no podia prestarle auxilios sin grave peligro para él, pues la gente se aglomeraba á aquel lugar; y por otra

parte, habia ya terminado de hacer y decir lo que se proponia. Esperó, pues, cerca de allí á que volviese en si la jóven, y cuando la vió retirarse apoyada en su madre y la condesa que habia acudido del sitio donde estaba en la Alameda, marchó tambien á entrar en la cárcel por el punto y hora convenidos con el alcaide.

XXXI

El segundo informe del P. Martin

El vice-rector habia esperado en vano que su penitente cumpliera el encargo hecho en confesion, de evitar por medios exclusivamente suyos, sin peligro personal, y fuera de Sacramento, los males que sobrevendrian no descubriendo los crímenes de Raimundo. La penitente no daba señales de vida, ni se notaban indicios por otra parte de que alguien estuviese enterado de la vida íntima del fámulo. El P. Martin no dudaba sin embargo de la culpabilidad de aquél, y esto le tenia colocado en una situacion de ánimo especialísima, pero terrible, dada su rigidez de conciencia. Para mayor amargura, el ayudante de cocina habia sido despedido por el Administrador del colegio, y éste, queriendo prestar un servicio al vice-rector, y cumpliendo á la vez con su obligacion de dar cuenta al superior encargado de estos asuntos, que era el P. Martin, le habia dicho confidencialmente, que despedia al sirviente, por habérsele

denunciado, en secreto, algunos faltas de éste, entre ellas el robo verificado en la celda del benedictino, abusando de la debilidad de Raimundo.

El P. Martin tenia, si nos es permitida la frase, rugiendo la conciencia, ante la perfidia del fámulo, á quien atribuía la denuncia. Indudablemente el tal Raimundo trataba de desorientar á unos y á otros.

—¿Se puede saber, Sr. Administrador,—dijo el padre—el nombre de la persona que le ha denunciado?

—Para V. no debo tener secretos: Raimundo, su fámulo.

—Sin pruebas, no obstante, es siempre peligroso condenar.

—¡Quiere V. que dude de Raimundo!

—No es infalible.

—Pero en el caso presente, tendría que ser calumniador si se equivocara.

El P. Martin comprendia que se iba entrando en un camino muy escabroso.

—Además—añadió el mayordomo—el mismo Raimundo me ha confesado que se lo ha dicho á V. y que no esperaba que tomase una providencia, por sus exagerados sentimientos humanitarios.

El infeliz vice-rector estaba anegado en un mar de horribles dudas.

—No hablemos más de esto, Sr. Administrador,—dijo por fin—páseme V. el oficio escrito, como es de reglamento, dándome cuenta de ese acto, y haciendo constar que V. ha despedido al cocinero, porque creía que faltaba á su deber, á fin de que yo pueda hacerlo en la misma forma al Ilmo. Sr. Rector.

—¿Por qué creo que falta á su deber, ha dicho usted? ¿No considera V. prueba bastante el dicho de hombre tan piadoso como su fámulo?

—Yo no considero nada—dijo roncamente el padre—soy el vice-rector y V. el Mayordomo. Obre como le inspiren sus deberes.

El Mayordomo salió confuso de la celda vicerectoral. Habia creido dar una buena noticia al padre Martin y éste casi le habia despedido. El buen Administrador, que era hombre honrado vacilaba ya, y temía haber procedido con ligereza despidiendo al ayudante.

Entró de paso en el cuarto Rectoral, y refirió todo lo sucedido á D. Víctor.

El Rector, al contrario de su segundo, recibió estas noticias con alegría.

—No despida V. ó envíele un recado para que vuelva al ayudante, y que continúe en la cocina hasta mi órden.

El Administrador salió confundido.

A poco era llamado el P. Martin á la celda del Rector por el fámulo de éste.

El vice-rector se presentó en el acto.

—¿Trae V. el informe pedido?—le preguntó don Víctor.

—Aquí está—contestó lacónicamente el padre.

El Rector tomó en sus manos un pequeño cuadernito que el benedictino habia colocado sobre la mesa. Eran notas de la Secretaría privada de la vice-rectoral y decian así:

«D. Raimundo Berrueco y Redondo, alumno del último año de carrera breve.—Los antecedentes

que obran en esta Secretaría indican buena conducta en este seminarista.»

«Notas particulares.—Asiste con frecuencia á los actos piadosos y visita con la misma los sacramentos.»

«Informe secreto, segun conciencia del que suscribe.—No ha podido formar concepto.»

«Opinion del Superior que informa respecto á Órdenes Sagradas.—La que tenga el Ilmo. Señor Rector.»

—Señor vice-rector—dijo D. Víctor con una severidad inusitada en él—con éste, son ya dos los informes extravagantes, y permítame V. lo duro de la frase, que me ha traido: el del señor Rafal, y el del Sr. Berrueco hoy. Con el primero, tuvimos un disgusto, que terminó por la expulsion de aquel jóven, á quien la rigidez de conciencia de V., que no censuro, ha envuelto por circunstancias complejas en un proceso grave. Respecto del segundo va V. exclusivamente á resolverlo, puesto que desde hoy queda V. encargado de la Rectoral en mi ausencia. Pase V. dentro de dos horas, á hacerse cargo de ella, y resuelva las solicitudes pendientes.

El P. Martin estaba abrumado. Salió con una pena infinita del cuarto de D. Víctor y aquella misma tarde se encargó de la Rectoral por órden del Obispo, que habia dado licencia al Magistral para un viaje.

A las cinco de la tarde siguiente, entraba en la Cámara Episcopal á despachar con el Prelado, llevando entre otras solicitudes de Órdenes la de su fámulo. A cada una de ellas acompañaba un in-

forme marginal, pero en papel diverso, para poder separarlo, donde constaban, de letra del vice-rector los antecedentes y circunstancias del candidato. El relativo á Raimundo contenia estas breves palabras. «Conducta literaria y moral, segun las notas de Secretaría, buena.—Deben, no obstante, suspenderse estas órdenes.—El Rector interino, fray Martin del Espiritu-Santo.»

El Obispo miró al vice-rector, como queriendo preguntar la explicacion del enigma. El benedictino permaneció impasible.

Despues de unos segundos de contemplacion muda por parte de uno y otro, el P. Martin se arrodilló besando el anillo del Prelado y solicitó de éste que le oyera en confesion.

Su Ilustrísima se levantó indicando al padre que le siguiera. A poco se hallaban en la capilla y principiaba la confesion del P. Martin.

. . . . . .

Grave y laboriosa debió de ser aquella. El Obispo salió muy agitado y los profesores del Seminario, el Secretario de cámara del Obispo y algunas otras personas que querian con sincero afecto al padre Martin, acudieron inmediatamente. Su desconsuelo fué inmenso. El P. Martin habia dejado de existir. Todos los que apreciaban con desinterés las cualidades del vice-rector lloraron sobre el cadáver de aquel hombre, víctima, segun decian, de la más desastrosa de todas las preocupaciones: el fanatismo religioso.

El Secretario del Obispo recitó las oraciones de los agonizantes, quedando solos en la celda, éste, el médico y don Víctor.

—Tremendo ha debido ser el ataque, doctor— decia el Magistral al médico.

—Asfixia instantánea: no ha pronunciado más que pocas palabras, y éstas por cierto, de una manera horrible, que me ha aterrado.

—¿Habló, dice V?—exclamaron á un tiempo el Secretario y el Magistral.

—Sí; pronunció estas palabras, «¡condenado! el Prelado me niega la absolucion.»

—¿La absolucion?—interrumpieron en el colmo del espanto, el Magistral y su amigo.

—Eso ha dicho.

—¡Pero es posible, Dios mio!—dijo D. Víctor, sin poder ocultar la emocion que le agitaba— ¡es posible que el P. Martin!...

—Hace un momento estaba confesándose con el Prelado en la capilla de Palacio, despues de haber puesto al despacho unas solicitudes que llevaba del colegio.

—¿Solicitudes al despacho?—preguntó D. Víctor con interés.

—Sí; solicitudes de Órdenes.

—¡Oh gran Dios, gran Dios!—exclamó don Víctor con acento solemne.

—¿Qué pasa Magistral?—preguntó el Secretario.

—A ver al instante esas solicitudes.

Uno de los familiares de Cámara, salió al punto, y trajo las solicitudes que se hallaban aún sobre la mesa de despacho del Obispo, donde las dejara el P. Martin al entrar en la capilla.

El Magistral se apresuró á examinarlas y al

llegar á la de Raimundo la dejó caer desfallecido.

—¡Dios mio, perdonadle!—dijo vertiendo lágrimas—ahora lo comprendo todo. Era una conciencia inmaculada.

El Secretario no comprendia nada de esto. Don Víctor le condujo á un gabinete interior, y le refirió lo sucedido, que era lo siguiente, como habrá podido sospecharse:

Eduardo, por consejo de Rafal, se presentó al Rector y le dió cuenta del robo, así como de cuanto se habia relacionado con éste, entregándole á la par la cantidad que tenia en su poder. Llevado de su natural espontaneidad, ya en este camino, reveló asimismo á D. Víctor sus relaciones con la antigua amante de Raimundo, sin omitir los detalles de su travesura al aconsejar á ésta la confesion con el P. Martin, hácia quien declaró Eduardo, sentia grandísima prevencion desde lo acontecido á Rafal en el salon de Grados. Pretendia, segun dijo, poner en un compromiso grave al P. Martin; y saber hasta qué punto llegaba su rigidez. Dijo, además, que no habia entregado el dinero inmediatamente, porque deseó salvar del presidio á Cárlos, y se decidió á tomar una parte de aquél, mientras Escobedo lo traía de su pueblo, como le aseguró firmemente. Concluyó, por último, pidiéndole consejo para su conducta ulterior.

El Rector censuró con gran severidad del proceder ligero de Eduardo, especialmente en lo que se relacionaba con el P. Martin; y le aconsejó que intentara cerca de Raimundo el medio

de hacerle volver á sus deberes, por lo doloroso que le seria en otro caso, llevar el asunto á los tribunales. Eduardo lo prometió así.

Coincidia con esto, la solicitud de Órdenes que presentó el fámulo. D. Víctor discurria el medio hábil de negarla, sin consecuencias escandalosas, y sin el peligro de que éste, descubierto ya, arrojara la careta de una vez y se convirtiera en un malvado procaz, cuando el padre Martin, avisado por el Rector, se presentó con el informe.

El interés del Magistral, al pedir éste, se comprende bien: queria provocar con el pretexto de la solicitud la solucion rápida del negocio y la salida de Raimundo del colegio.

Su primer impulso fué referirlo todo al vicerector, pero recordando lo acontecido con Rafal y la rigidez de procedimientos del padre, temió que éste, quisiera á todo trance llevar el asunto hasta sus últimos límites, en cuyo caso, ni evitaba el escándalo, ni proporcionaba el medio de regeneracion al culpable. Pensó, pues, hablar al Obispo, y que éste en consecuencia denegara la peticion, indicando al fámulo con cualquier pretexto, que saliera del Seminario. Pero el informe que llevó el P. Martin, informe que no esperaba D. Víctor, dió nuevo rumbo á sus pensamientos. Si obligaba al padre á extenderle más claro, le ponia en un durísimo trance: si lo resolvia *ab irato*, y sin dar más explicaciones, iba á correr el riesgo de un nuevo conflicto con el vice-rector. Optó, de consiguiente, por dejar la solucion íntegra, ya que el pa-

dre Martin le colocaba espontáneamente en este terreno, y de aquí el abandonar la Rectoral aquel dia, pretextando una ausencia.

—¿Qué ha sucedido despues?—añadia D. Víctor, continuándole al Secretario la narracion,—está bien claro: el P. Martin, conciencia escrupulosa hasta lo inverosímil, ha luchado con ella, independiente de la Religion, no viendo sino al criminal empedernido, que va á recibir el Sacramento del Órden estando casado, y este espantoso sacrilegio le asustó. De aquí la nota marginal que V. ve unida á esta solicitud. Mas la Religion volvió instantáneamente á recuperar su dominio, y el P. Martin entonces se acusó ante el Prelado, su confesor, de haber violado el sigilo sacramental. Como seguramente, él expuso su culpa sin atenuantes, el confesor no le absolvió, y esto le ha matado. Vea V. pues, qué rarisímo fenómeno. Un esclavo de la Religion toda su vida, muere al fin victíma de sus deberes religiosos, ¡juicios impenetrables de Dios! ¿Qué podia más en el padre Martin, la conciencia ó la religion? Ciertamente que bien dirigidas una y otra, deben darse en perfecta é indisoluble armonía, pero como el exagerar extremos que tienden casi por naturaleza á separarse...

El Secretario movió la cabeza en señal de disentimiento.

—A separarse en este sentido—se apresuró á decir el Magistral—en cuanto la conciencia significa la concepcion espontánea de su propia esencia y virtualidad, sin pauta ó motivo exterior que no sea ella misma, y la Religion es el símbolo de estas mismas concepciones, encerradas

concreta, taxativa, detallada y casuisticamente en el articulado de un código. Exagerar la primera es quizás llegar al racionalismo; ceñirse extrictamente á la segunda, no viendo en ella más que la letra, es parar sin remedio en el fanatismo ciego y cruel de una falsa moral. Sobre todo se corre el peligro de poner en frente, y dentro de una misma Religion, Moral contra Moral y esto es precisamente lo que le ha acontecido al padre Martin, y le acontece por desgracia, á todos los que en nombre de un mal entendido catolicismo, quieren regular la vida en pequeños programas escritos. Si la lucha del P. Martin, hubiera venído por conflicto entre su modo de ver y la Religion, lo habria salvado con facilidad. Pero como víno entre dos Religiones, que aparentaban ser una misma, el hombre entero é inflexible sucumbió... Y, vamos á otro punto grave, ya que hablamos de esto. Me tiene algo preocupado.

—¿Qué es?

—El P. Martin ha muerto sin absolucion y en estado de culpa, segun todos los Teólogos moralistas. ¿No ha tenido tiempo para borrar este estado, ó suponemos, por ejemplo, que no le ha borrado. En semejante caso: ¿se condenará?

—Seguramente, si existe el caso: es la doctrino ordotoxa.

—Se trata de una conciencia recta, de una vida sin mancha, y habria que confesar, lo cual me parece terrible, que una falta de conciencia que es á la vez la equidad suprema tambien...

—Es peligroso el terreno Magistral...

Y los dos amigos se separaron.

XXXII

Expiacion

Dos dias después de la muerte del P. Martin entraba Eduardo, pálido, excitado, en la prision de Rafal.

—¿Qué te pasa?—preguntó éste alarmado

—Ahí trae la guardia civil á Raimundo.

—¿La guardia civil? ¿qué ha sucedido?

—Déjame respirar; estoy muy turbado.

—¡Pues no me digiste anteayer que D. Víctor te aconsejó, y yo mismo aplaudí el consejo, que procuráras arreglarlo sin escándalo!

—Te diré lo sucedido, Cárlos.

—Seguramente has cometido alguna imprudencia que te puede costar cara.

—La imprudencia ha sido la vuestra, con esas teorías extravagantes de regeneracion...

—Pero hombre cuenta de una vez.

—Ya te dije que mi primer propósito, y ojalá lo hubiera realizado, habia sido proporcionarme prueba de criminalidad y llevarle á los tribuna-

les, despues de haber devuelto á sus dueños la cantidad robada. Vosotros me hicísteis ver otra cosa invocando, repito, yo no sé qué teoría de regeneracion que es música celestial tratándose de esta clase de pillos, y le cité á mi casa.

Harto convencido estaba yo de que el tal fámulo seria capaz de todo, ménos del arrepentimiento aún cuando éste le hubiese de producir su impunidad en la ocasion presente por medio de mi silencio. Sin embargo; emprendí su conversion en la forma que vosotros me habíais indicado. ¡Qué risa! ¡Tu amigo Eduardo disertando sobre moral como un misionero! Le hice ver lo grave de su falta, las desastrosas consecuencias que hubiera podido tener para él, si otro que yo, le hubiese sorprendido, la facilidad de que todo se arreglase sin que persona alguna sufriera detrimento en su reputacion, la obligacion en que estabamos de devolver la cantidad sustraida, valiéndonos de... no me dejó continuar: con la agilidad de un gato montés se plantó á mi lado, y blandiendo un puñal que llevaba oculto, me dijo con una voz destemplada: «Suelta el dinero ahora mismo, ó eres muerto.» Te confieso amigo Cárlos que esta salida me desconcertó algo, apesar de haber entrado en mis previsiones. Mi primer impulso, irreflexivo, sin duda, como lo es siempre toda primera impresion fué lanzarme sobre él y desarmarlo; pero en el acto me dí cuenta de lo peligroso de este intento, que seguramente me hubiera costado la vida y repuse con aparente sorpresa mirándole fijamente:

—¿Conque no te arrepientes?

—No. El dinero pronto si no quieres morir—ahulló guturalmente, más bien que murmuró el empedernido beato.

—Ahí lo tienes en esa cómoda toma la llave y sácalo—dije yo llevándome la mano al bolsillo del pantalon, y apuntándole con un rewólver que tenia prevenido por lo que pudiera ocurrir.

El efecto fué soberbio. Retrocedió aterrado cuatro ó cinco pasos, dejó caer el puñal de sus manos, cerró los ojos de miedo sin duda, de que la bala saliera, y exclamó prosternándose de rodillas.

—¡Por Dios no me mate V. señorito Eduardo! Haré todo lo que quiera.

La Providencia veló por mí en aquel instante. De un segundo dependió su salvacion y la mia, dispuesto, como estaba, á disparar sobre él. No sé por qué sucedió; dejé el rewólver que me tentaba á la muerte de aquel malvado con fascinacion irresistible, y le dije precipitadamente.

—¡Levántate de ese sitio, miserable! Sal al momento de aquí si no quieres que te mate.

—Señorito Eduar.....—balbuceó en el colmo del pavor.

—Fuera te digo—y volví á coger el arma casi ciego ya. El miedo, sin duda, le dió fuerzas, y escapó como alma que lleva el diablo.

—Es un malvado sin enmienda. ¿Y qué más ha sucedido?

—Desde allí, y bajo la impresion que me dominaba, he ido á casa del Juez.....

—Eres un atolondrado. Sin consultar y sin.....

—Confieso que no medité, ni aún en las consecuencias que pudiera traer para mí; pero ya está hecho. Fuí, como te digo, á ver al Juez, y éste me aconsejó que citara á Raimundo á mi casa, y le propusiera la particion de lo robado, á fin de que me refiriera, no desconfiando él, los detalles del robo y declarara, por tanto, su criminalidad.

—Observo...—interrumpió Rafal.

—Déjame continuar: ya sé lo que vas á decir: que el medio es algo violento.

—En efecto, violento é infame.

—Mas el primer paso estaba dado, y el Juez me dijo que saldríamos mal los dos de otro modo.

—¡Ay Eduardo, en qué laberintos!...

—Bien; no me vengas con sermones ahora. Hice lo que me ordenó el Juez, y Raimundo concurrió á mi casa sin sospechar lo más mínimo. Nos encerramos en el gabinete, y contestó á todas las preguntas que por indicacion del Magistrado le hice yo, las cuales patentizaban su culpabilidad. En el acto se abrió la puerta de la alcoba desde donde escuchaban el Escribano, un Inspector de Órden público y dos agentes, é intimaron estos á Raimundo que les siguiese á la cárcel.

—Las asechanzas innobles, no me gustan ni aún para vindicar los intereses de la justicia.

—Ni á mí tampoco Cárlos; por eso estoy tan atribulado; pero lo hecho no tiene remedio.

Despues de discurrir largo rato sobre varios asuntos, Cárlos exclamó:

—Bueno; procura en lo sucesivo, no ser ligero. Habla de una vez á tu padre sobre la carrera, y acaba por ser un hombre, ya que tienes talento para ello. Vamos á otra cosa:

—¿Qué es?

—Se hace necesario que entregues hoy esta carta á Adelaida.

Y puso en manos de Eduardo un pequeño billetito que decia así:

«Me urge hablar contigo esta noche, Adelaida; espérame en la puerta del jardin á las doce, si conservas un resto de amor ó de compasion para el hombre que tanto te adora. Si me has de esperar, dí á Eduardo, cuando vuelva á pasar, despues de entregada ésta, «que se hará» y será bastante para que yo entienda, y salga.—Cárlos.»

—¿Cuándo he de volver?—preguntó Eduardo.

—En el momento en que recibas la contestacion.

XXXIII

Un incendio oportuno

Procurando apagar el ruido de sus pisadas, y resguardándose cuanto podia entre las sombras producidas por las paredes, avanzaba un hombre á las doce de la noche por las calles que desembocan en el callejon donde termina el jardin de la casa del Magistral, y se paraba en el sitio en que hemos visto otra vez al fámulo Raimundo.

A un golpecito dado con suavidad en la puerta, contestó una voz femenina desde dentro:

—¿Eres tú Cárlos?

—Sí; no tengas cuidado.

La puerta se abrió con lentitud, y el hombre de la calle, ó sea Cárlos Rafal, entró en el jardin donde le esperaba Adelaida.

—¿Cárlos, que he hecho?—fueron las primeras palabras de la jóven.

Cárlos estrechó fuertemente las manos de su amada, y no pudo contestar en unos momentos.

—¡Cuánto te quiero, Adelaida de mi vida!—exclamó por fin, besando las manos de aquella.

—¡Cárlos, Cárlos! ¿Qué querrá Dios de nosotros?—¡Ay, Jesús mio, á lo que me atrevo!

—¡Adelaida, estás temblando!

—Verdad, no puedo contenerlo; es el primer paso que doy en mi vida sin consultarlo con mi pobre mamá.

—No temas nada; estás conmigo, con el hombre que se dejaria matar mil veces por su Adelaida. ¿Me quieres mucho?—añadió mirándola con arrobamiento y casi confundiendo su respiracion con la de la jóven.

—¿Por quién en el mundo, si no fueras tú, haria yo esto?

—Al tenerte junto á mí, me parece un sueño fantástico que hayas pensado un solo instante en unirte á otro hombre, y que.....

—¡Cárlos por Dios!—interrumpió ella, cubriendo con una de sus manos la boca de su amante—no me hables de eso, no sigas, que me haces daño.

—Sin embargo, por ahí se dice.....

—Todo lo que quieran; me importa nada. Nunca, nunca te he olvidado.

—Quien no te ha olvidado jamás, he sido yo.

—No hablemos de eso ya Cárlos. ¿Te pones triste?—añadió con una ternura dulcísima cogiendo entre las suyas una de las manos del jóven.

—¡No puedo ya estar triste!

—Ven, sentémonos en aquel banco, y hablemos de nuestra situacion.

Los dos jóvenes se trasladaron al asiento indicado por Adelaida.

—¡Qué feliz soy á tu lado!—dijo ésta contemplando á Cárlos, sin apartar un instante la vista de él.—Dios mio, ¿porqué nos han de separar queriéndonos tanto? ¿Qué mal hacemos á nadie?

—Y quién nos ha de separar—exclamó él sobresaltado.

—¿Qué sé yo? Estas cosas de la sociedad que cada vez las encuentro más desarregladas.

—¿Lo dices por mi prision? Pues te advierto que saldré un dia de estos.

—¿De veras, Cárlos?—exclamó con alegría infantil Adelaida.

—Sí; ya te diré, pero, contéstame antes...

—¿Qué es?

—Has hablado, de no sé qué de separacion y de sociedad.....

—No te preocupes, ni me pongas triste. Si yo, aunque quiera no puedo pensar en otra cosa, más que en tí. Creélo, me tienes loca.

—Adelaida, me ocultas algo.

—No dés importancia á nada, Cárlos mio. En no ocultándote mi amor, que está bien claro: ¿qué te significa lo demás?

—¿Ves? Me lo acabas de confirmar. Quiero saber todo lo que pasa; estoy dispuesto á no perderte, suceda le que suceda. Dime ¿qué hay?

—Prométeme que no te preocuparás.

—Te lo prometo.

—Mira que me enfadaré, si te pones triste.

—Habla.

—¡Cómo eres tan susceptible por cualquier cosa!...

—Grave debe de ser, cuando tomas tantas precauciones.

—No lo creas; es porque me duele mucho, muchísimo, el más insignificante disgusto tuyo.

—¿Luego supones que le he de llevar?

—Vamos, te lo diré de una vez. Miráme antes.

—¿Separo acaso la vista de tí?

—Bien; ¿y qué ves en mí?

—Lo que he visto siempre: una mujer por quien estoy loco.

—Y una mujer que te querrá siempre, y que te jura no ser de otro.

—Entonces, por qué.....

—Es que mi mamá se opone ahora con una tenacidad increible, á que volvamos á nuestras relaciones.

—¡Tú mamá!

—Sí; pero no te alarmes; la pobre ha sufrido mucho al verme siempre tan triste, y siente perder la tranquilidad que disfruta hoy.

—¿Y por qué la habia de perder?

—No lo sé; mas como supone terminado esto..... Además, en dos ó tres visitas, una de ellas, en casa de la condesa, le han llenado la cabeza de cuentos.

—¿Sobre mí?

—Sí; sobre esas cosas que dicen, ó te atribuyen sobre religion.

—Lo sospechaba.

—Pero, es verdad, que no crees en Dios, ni en la Religion.

—Con muchísimo más fervor que muchos de los que me censuran.

—Yo no podia creer eso de tí; lo mismo se lo he dicho á mamá.

—De modo que habeis discutido sobre esto.

—Ya te digo que la han mareado por ahí fuera.

—¡Y tu mamá que se ha resignado á todo hasta ir á la cárcel!.....

—Cierto; pues ahí tienes: vence por lo mucho que me quiere todas las preocupaciones, y no se aviene de ningun modo á que me case con un hombre que duda, ó no cree en la Religion.

—No me sorprende; asi son la mayor parte en este desgraciado país. Encuentran un jóven digno, laborioso, moral, decente y honrado, pero que duda en materias religiosas, ó no le da una importancia de primer órden, á los actos de la Religion, y esto basta para que se le impida á todo trance entrar en una familia que blasona de católica; y se acepta en cambio, muchas veces, las más, uno de estos seres prostituidos, gangrenados, sin conciencia, sin aptitudes para cosa útil, sino es consumir en cuatro dias la dote de sus mujeres, solo porque asisten con puntualidad á los jubileos y cofradias, y son miembros de tal ó cual congregacion religiosa.

—Y por cierto—añadió Adelaida—que la mayor parte, hasta facha de sacristanes tienen. ¡Qué ridículo me parece ver á un beato con escapulario en una procesion!

—Pues tal es la moral de España.

—Dime Cárlos: ¿no puede la mujer tener la Religion en que haya nacido, y al mismo tiempo ser la esposa digna de un marido, que no tenga ninguna, por ejemplo?

—Precisamente iba á decirte eso. Si se tratara aquí de Religion en frente de Religion, representadas una y otra por el marido y mujer respectivamente, no tendria en efecto el problema fácil solucion, porque las Religiones son fanáticas, y una de ellas habria de capitular. Pero en España se presenta por punto general de otro modo. El emancipado en estas materias no se hace luterano, ni judío, ni mahometano, sino racionalista, pero racionalista tolerante, conciliador, que vive al lado de todas las Religiones positivas, porque no da importancia á ninguna de ellas, ni hace tampoco cuestion de gabinete que su mujer vaya, ó no á misa.

—¿Entónces, porque hay protestantes?

—Ríete de los protestantes de este país. El que deja de ser católico, no es nada: en este punto la reforma va más lenta, pero más en firme. Y se comprende: proclamar el libre exámen y atribuir á la par, orígen divino á la Religion, que la proclama es el más grande de todos los absurdos.

—Yo no anhelo entender de esas cosas ni dudar nada, Cárlos; pero te quiero, tal como eres.

—¿Sabes á quién teme el catolicismo aquí? A los racionalistas que salen de la Universidad y plantan sus estandartes en el Ateneo, ó á los

políticos emancipados, que arrastran un partido por iguales caminos. De las sectas disidentes se rie todo el mundo y hace bien.

—¿Por qué se habian de dividir los hombres en estas cuestiones, siendo todos buenos?

—Es cierto. ¿Con que me decias que tu mamá se va mostrando hostil ahora que la mia principia á ceder?

—¿Sí? ¿De veras cede la tuya?

—Parece. Escobedo y el médico, han trabajado como misioneros, y al fin ha dicho que lo va á consultar con un confesor: éste será tu tio probablemente por indicacion de ellos mismos. Creo que seremos felices, Adelaida mia.

La jóven movió la cabeza. Cárlos tembló al ver esto.

—¿No tienes fé?

—La tengo mucha, pero me causa pena dar un disgusto á mi pobre madre, despues de tantos.

—¿Es decir que no me quieres?

—¡Qué no te quiero! ¡Y tú me lo dices!

—Pues me parecía claro.

—Lo que yo deseo, es que dejemos pasar algun tiempo..... y despues.....

Rafal permaneció callado dos ó tres minutos.

—¡No te calles por Dios, Cárlos; haré todo lo que tu quieras.

El jóven vacilaba como si meditase algo grave.

—De repente levantó la cabeza, y se acercó á su amada cuanto pudo.

—¿Harias tú lo que yo te dijera Adelaida?

—Sí.

—¿Y no temerias?.....—añadió, tocando casi con su semblante el de la jóven..... que yo.....

—¡Ay Cárlos, qué agitacion tengo!

—¿Qué te pasa, pobre Adelaida mia?

La jóven intentaba separarse: Cárlos rodeó con uno de sus brazos la cintura de ella.

—Cárlos, vete ya, que es muy tarde.

—¡Te adoro, Adelaida de mi vida, no huyas de mí!

—Por la Vírgen Santísima, Cárlos.....

Rafal se acercó más á su amante, y..... sus lábios tocaron los de Adelaida.

—¡Madre mia, vela por mí!—dijo ya la infeliz, reclinando desfallecida su cabeza en el hombro de Cárlos.

—¿Lloras Adelaida de mi vida?

—¡Ten piedad de mí por Dios, y no abuses de lo mucho que te quiero!

El toque de una campana, y la repeticion de este mismo por las demás de las parroquias, trajo á los dos amantes á su verdadero estado de ánimo.

—¡Fuego, fuego!—exclamaron á la vez.

—Adios Cárlos, que se van á levantar en casa. Te adoro. Habla á mi tio en cuanto salgas de la prision.

—¡Adios—dijo Rafal, como despertando de un letargo—habla tu á Fernando y á tu mamá, y que termine esto.

—Un incendio oportuno que me ha salvado—murmuró para sí—hay incendios que apagan.

Y se encaminó á la prision.

XXXIV

Conclusion

Tres dias despues de los anteriores sucesos, salia Rafal absuelto y libre de su prision, merced á las influencias del P. Déspi, secundadas hábilmente por D. Víctor, á los buenos oficios del abogado Fernando, y á recomendaciones de Madrid.

Inmediatamente se trasladó á casa del buen padre, que le recibió con inusitada alegría.

—¡Mi querido seminarista! Aquí le tengo preparada una Cátedra de Teología—fueron sus primeras palabras, mostrando una credencial firmada por el Arzobispo de D...

—Y yo vengo á participarle mi enlace próximo con la señorita Adelaida y á ofrecerle para entonces mi bufete de abogado.

El Jesuita palideció.

—¡Diablo!—exclamó, rugiendo de ira—¿qué significa esto?

—Esto significa, respetable padre, que *similia*

similibus curantur. Que nos hemos batido con las mismas armas.

—Pero.....

—Que no soy partidario de la separacion de la Iglesia y el Estado—añadió sonriendo Rafal;—deben vivir en íntimo consorcio para que se conozcan bien y puedan explotar los mismos procedimientos. Sobre todo, para no concederles á VV. el derecho de llorar, que es el peor y el más terrible de todos los derechos.

—Es decir, que me ha dado una leccion un colegialito.

—Un colegialito y un aprendiz de Jesuita, puesto que Escobedo, con quien V. se ha entendido, como futuro hijo de la Compañía, es el autor de todo.

El P. Déspi se quedó enfurecido.

Desde allí, fué Cárlos á visitar á D. Víctor, y le pidió la mano de Adelaida, que le fué concedida.

Al salir de aquella casa encontró á Fernando, á quien abrazó; diciéndole:

—Perdóname, querido Fernando.

—Tu me has de perdonar. Lo sé ya todo por Adelaida. No hablemos más de eso, y estima á tu amigo, como él te quiere, y sé feliz.

—No hablemos; acompáñame á casa y acabaremos de convencer á mi madre.

A poco entraban en la casa que habitaba doña Lucía y esta salia á abrazar á su hijo, entregándole una carta del que habia sido su tutor antes de Fernando, recibida en aquel correo.

Decia así: «Mi respetable señora: por los periódicos primero y por el Notario despues, he sabido la muerte del vice-rector de San Gervasio, á quien solo conocí siempre por el nombre fray

Martin del Espíritu-Santo. Hoy sé que se llamaba D. Martín de Beraza, natural de Navarra, y que era monje exclaustrado de San Benito. Debo dar á V. una explicacion para que se prevenga un daño, si no se ha consumado aún. La razon que tuvo su marido de V. para el voto de dedicar su hijo á la carrera eclesiástica, fué el haber arrancado violentamente de su casa paterna, á un jóven profeso que se hallaba á la sazon disfrutando licencia al lado de su madre, en uno de los pueblos de Navarra durante la anterior guerra civil. El mismo señor Rafal, mi antiguo amigo me ha referido muchas veces estos detalles. Marchaba él con su compañía á ocupar dicho pueblo y una nutrida descarga que recibió desde la torre de la Iglesia, le hizo ver que la poblacion se defendia: la lucha fué sangrienta, quedando al fin el campo por los liberales que mandaba Rafal. Esto era el año 34. Al entrar en la poblacion supo el valiente que la defensa habia sido organizada y sostenida por un fraile de San Benito, natural de allí. Le hizo prisionero uniéndole á sus fuerzas, y en la primer escaramuza que sostuviera despues con los carlistas, colocó Rafal al fraile en los puestos de vanguardia, donde recibió un balazo á los primeros fuegos.

»La pena que le produjo esto al Sr. Rafal y las noticias que adquirió más tarde, de ser hijo único el benedictino, trajeron sobre mi amigo una misantropía tal, que, concluida la guerra, pidió su licencia, é hizo á la vez el voto de dedicar el primer hijo varon que tuviese algun dia al

ministerio sacerdotal, en desagravio del otro que habia robado á su madre y á la Religion. Murió su señor esposo en la persuasion de que el fraile habia dejado de existir en los campos de Navarra, y yo tambien estaba en lo mismo. Mas al publicar los periódicos el verdadero apellido del padre Martin, que es el mismo que me reveló mi amigo muchas veces, he tomado informes, y resulta en efecto, que el vice-rector de San Gervasio (Q. D. H.) el fraile de Navarra, recogido en un estado grave y curado en su casa, era don Martin de Beraza.

»Me apresuro á poner estos detalles en su conocimiento para lo que le pueda importarle.

»Continúo gestionando la libertad y absolucion de Cárlos, y creo conseguirla segun todas las probalidades.

»He hablado antes del Notario, porque tengo que dar á V. otra gran noticia. El P. Martin deja por heredero á Cárlos Rafal, para subsanar en lo que pueda, dice en su testamento, los daños y amarguras causadas, por un acto suyo de justicia. Encarga en otra cláusula algo sobre materias de Religion, que Cárlos ha de cumplir.

»Los bienes ascenderán á diez mil duros, que disfrutan hoy el Hospital provincial, por tenerlos cedidos el P. Martin hace muchos años.

»Solo me resta decir, que el Notario se me ha dirigido, por considerarme aún, tutor de Cárlos. Como éste salió de la menor edad, le envio el testamento, y dentro de poco iré á esa. Madrid etc.»

Cárlos se apresuró á leer el testamento. La cláu-

sula de ruego á que se referia la carta de su ex-tutor era ésta.

«Suplico de todo mi corazon á mi heredero el Sr. D. Cárlos Rafal, que tome la inspeccion y vigilancia más escrupulosa sobre la escuela de adultos que yo fundé en Gaudencia, para que no pueda enseñarse en ella doctrina alguna contraria al dogma de nuestra Santa Madre la Iglesia, en cuyo seno pienso morir. Lo dejo á su conciencia».

Rafal vertió lágrimas sobre el testamento de aquel hombre, que le habia puesto con su puritanismo y rigidez á las puertas del presidio, y se dispuso á cumplir su voluntad, consultando antes con D. Víctor, si debia aceptar los bienes.

—¿Cumplirá V. con el testamento?—preguntó el Magistral.

—Esto, sin duda alguna, aún cuando no acepte los bienes. Veo en esa cláusula, simplemente una disposicion civil que respeto y acataré.

—Pues entonces no encuentro razon para rechazarlos.

. . .

Algunos dias despues, se verificaba en la capilla del Palacio Episcopal, el matrimonio de Cárlos y Adelaida, á quienes, por indicacion de D. Víctor bendijo el Prelado.

La condesa de Delavilla decia al mismo tiempo al P. Déspi:

—Hemos perdido la partida, padre.

. . .

La doncella Margarita restaurada de su buena fama, se casó al fin con el escribiente Críspulo, protegidos por el Magistral.

Raimundo fué condenado á seis años de presidio.

Eduardo y Escobedo marcharon á Madrid, á cursar el primero la carrera de ingeniero, y estudiar otra cualquiera para ilustrarse, el segundo, que habia conseguido humanizar un poco á su padre.

Don Víctor y doña Teresa eran felices, al ver llena de gozo á su idolatrada Adelaida.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos.		Páginas.
I	Fray Martin.	1
II	La Perla del Cabildo	6
III	La primera conferencia	10
IV	El informe del P. Martin. . .	15
V	La visita del señor Serante. ·	21
VI	La celda número 7.	28
VII	Las amarguras del Rector. . .	45
VIII	Una justicia de Seminario. . .	53
IX	Otro género de Cánones..	60
X	El fámulo de Fray Martin . .	69
XI	El punto negro para Cárlos. .	75
XII	El Alcalde Don Bruno.	84
XIII	Las primeras lágrimas..	91
XIV	Dos nuevos personajes.	103
XV	En la cárcel.	116
XVI	Eduardo no se enmienda. . . .	125
XVII	Levitismo.	133
XVIII	Ante el Juez.	142
XIX	La comunion de un beato. . .	151

CAPÍTULOS.		PÁGINAS.
XX	Todo se conjura.	156
XXI	No es la palanca de Arquímedes.	166
XXII	El dinero de Eduardo	177
XXIII	Los salvadores de conciencias.	182
XXIV	Indagatorias.	193
XXV	Las congregacionistas.	197
XXVI	Complicaciones.	208
XXVII	Influencias del amor.	214
XXVIII	El sacrificio.	221
XXIX	La sombra del fámulo.	227
XXX	Las máscaras de la Alameda. .	233
XXXI	El 2.° informe del P. Martin. . .	239
XXXII	Expiacion.	249
XXXIII	Un incendio oportuno.	254
XXXIV	Conclusion.	262

OBRAS DE H. GINER DE LOS RIOS.—EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

El Colegio de Bolonia (en colaboracion), obra ilustrada, ptas. 6,50.

Filosofía y Arte, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron, 3,50.

Elementos de Filosofía moral, para la segunda enseñanza.—(Agotada).

Biología y Ética (2.ª edicion), para la segunda enseñanza, 3.

Programa de Filosofía moral.—(Agotada).

Programa Psicología, Lógica y Ética, 1.

Programa de Biología y Antropología 1.

Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre etc.—(Agotada).

Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la Antigüedad, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.

La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª edicion), 2,50.

Moral Elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.

Krause y Spencer, id de id., con una biografía del autor, 2.

Mendelssohn, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.

París en América, por Laboulaye, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.

Obras de Maistre, id., 2.

Discordia entre la Iglesia y la Italia, traduccion del italiano, 2,50.

Pío IX y su sucesor, por Bonghi, id. de id., 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.
Poesía de Ríos Rosas. Nueva ed., con una biografía del autor, 1,50.
Fragmentos retazos y traduciones por H. G.—(Agotada).
Amicis.—*Constantinopla*; 2 tomos, ptas. 5.
Amicis.—*Holanda*; (en colab.), un vol., 4.
Amicis,—*Novelas*, un vol., 3.
Amicis.—1870 y 1871, *Recuerdos*; un vol., 3.
Amicis.—*La vida militar*, *Bocetos*; un vol., 3.
Amicis.—*La vida militar Nuevos bocetos* un vol., 3.
Amicis.—*Páginas sueltas*; un vol., 3.
Amicis.—*Retratos literarios*; un vol., 3.
Amicis.—*España*; un vol., 3,50.
Amicis.—*El vino*; un foll., 1.
Amicis.—*Italia*; 2 tomos, 6.
Amicis.—*Los amigos*; 3 vol., 9.
Amicis.—*Poesías;* traducidas en verso castellano; un vol., 3,50.
Amicis.—«Cuore» *Corazón;* diario de un niño, con un prólogo de D. Isidoro Fernandez Florez, 3,50.

Millon, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
Teresa Raquín, drama en cuatro actos y en prosa, 2.
Por ir al baile, comedia en dos actos y en prosa, 1.
Á tiempo, comedia en un acto y en verso (en colaboracion), 1.

El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de proteccion, juguete original y en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION

Artículos en venta, con un anuncio de D. R. M. de Labra.
Obras completas de Ríos Rosas.
Portugal, estudios.

12842
LS.
R2926m
Author Rebollo Parras, Francisco
Title Mar de fondo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU